

Edouard Schure

**LOS GRANDES INICIADOS III
ORFEO – PITÁGORAS – PLATÓN**



**Digitalización y Arreglos
BIBLIOTECA UPASIKA
“Colección Esoterismo II”**

ÍNDICE

Libro V: ORFEO (Los Misterios de Dionisos)

- I. La Grecia Prehistórica - Las Bacantes - Aparición de Orfeo, *página 4.*
- II. El Templo de Júpiter, *página 12.*
- III. Fiesta Dionisiaca en el Valle de Tempe, *página 17.*
- IV. Evocación, *página 23.*
- V. La Muerte de Orfeo, *página 28.*

Libro VI: PITÁGORAS (Los Misterios de Delfos)

- I. Grecia en el Siglo VI, *página 36.*
- II. Los Años de Viaje. Samos, Memfis, Babilonia, *página 40.*
- III. El Templo de Delfos. La Ciencia Apolínea. Teoría de la Adivinación. La Pitonisa Teoclea, *página 49.*
- IV. La Orden y la Doctrina, *página 65.*
 1. El Instituto Pitagórico.- Las Pruebas, *página 67.*
 2. Preparación (*Paraskeie*) - Preparación de la Juventud para una Vida Mejor, *página 70.*
 3. Purificación (*Katharsis*) - La Teogonía o la Ciencia de los Números Sagrados, *página 74.*
 4. Perfección (*Teleiothes*) - La Cosmogonía. La Ciencia del Alma. Historia Terrestre y Celeste de Psiquis, *página 82.*
 5. Vista desde la altura (*Epifanía*) - La Doctrina Resumida. El Mago Completo, *página 102.*
- V. Matrimonio de Pitágoras. Revolución en Crotona. El Fin del Maestro. La Dispersión de la Escuela. Su destino, *página 114.*

Libro VII: PLATÓN (Los Misterios de Eleusis)

- I. La Juventud de Platón y la Muerte de Sócrates, *página 125.*
- II. La Iniciación de Platón y la Filosofía Platónica, *página 132.*
- III. Los Misterios de Eleusis, *página 139.*

LIBRO V

ORFEO

LOS MISTERIOS DE DIONISOS

¡Cómo se agitan en el inmenso universo, cómo se arremolinan y se buscan esas almas innúmeras que brotan de la grande alma del Mundo!. Ellas van de un planeta a otro y lloran en el abismo la patria perdida... Son tus lágrimas, Dionisos... ¡Oh gran Espíritu!, ¡Oh libertador!, vuelve tus hijas a tu seno de luz.

Fragmento órfico.

¡Eurydice! ¡Oh Luz divina!, dijo Orfeo al morir. — ¡Eurídice!, gimieron al romperse las siete cuerdas de su lira.— Y su cabeza, que rueda para siempre por el río de los tiempos, clama aún: —¡Eurídice!, ¡Eurídice!

Leyenda de Orfeo.

I LA GRECIA PREHISTÓRICA - LAS BACANTES APARICIÓN DE ORFEO

En los santuarios de Apolo, que poseían la tradición órfica, una fiesta misteriosa se celebraba en el equinoccio de la primavera. Era el momento en que los narcisos florecían al lado de la fuente de Gastaba. Los trípodas, las liras del templo vibraban por sí mismos y el Dios invisible se decía volver del país de los Hiperbóreos, sobre un carro tirado por cisnes. Entonces la gran sacerdotisa vestida (la Musa, coronada de laureles, la frente ceñida por cintas sagradas, cantaba ante los iniciados solos el *nacimiento de Orfeo*, hijo de Apolo y de una sacerdotisa del Dios. Ella invocaba el alma de Orfeo, padre de los mitos, salvador melodioso de los hombres: Orfeo, soberano inmortal y tres veces coronado, en los infiernos, en la tierra y en el cielo; el que marcha con una estrella en la frente por entre los astros y los dioses.

El canto místico de la sacerdotisa de Delfos aludía a uno de los numerosos secretos guardados por los sacerdotes de Apolo e ignorados por la multitud. Orfeo fue el genio animador de la Grecia sagrada, el despertador de su alma divina. Su lira de siete cuerdas abarca el universo. Cada una de ellas responde a una modalidad del alma humana, contiene la ley de una ciencia y de un arte. Hemos perdido la clave de su plena armonía, pero los modos diversos no han cesado de vibrar en nuestros oídos. La impulsión teúrgica y dionysíaca que Orfeo supocomunicar a Grecia, se transmitió por ella a toda Europa. Nuestro tiempo no cree va en la belleza, en la vida. Si a pesar de todo guarda de ella una profunda reminiscencia, una secreta e invencible esperanza, lo debe a aquél sublime Inspirado. Saludemos en él al gran iniciador de Grecia, al Patriarca de la Poesía y de la Música, concebidas como reveladoras de la verdad eterna.

Pero antes de reconstituir la historia de Orfeo, por el fondo mismo de los santuarios, digamos qué era Grecia cuando él apareció.

Era en tiempo de Moisés, cinco siglos antes de Homero, trece siglos antes de Jesucristo. La India se hundía en su *Kali-Yuga*, en su ciclo de tinieblas, y no ofrecía más que una sombra de su antiguo esplendor. Asiria, que por la tiranía de Babilonia había desencadenado sobre el mundo el azote

de la anarquía, continuaba tiranizando al Asia. Egipto, muy grande por la ciencia de sus sacerdotes y por sus faraones, resistía con todas sus fuerzas a esta descomposición universal; pero su acción se detenía en el Eufrates y el Mediterráneo. Israel iba a levantar en el desierto el principio del Dios masculino y de la unidad divina por la voz tonante de Moisés; pero la tierra no había aún oído sus ecos.

Grecia estaba profundamente dividida por la religión y por la política.

La península montañosa que muestra sus finos cortes en el Mediterráneo y rodean millares de islas, estaba poblada hacía miles de años por un brote de la raza blanca, emparentada con los Getas, los Escitas y los Celtas primitivos. Aquella raza había sufrido las mezclas, las impulsiones de todas las civilizaciones anteriores. Colonias de la India, de Egipto y Palestina habían enjambrado en aquellas orillas, poblado sus promontorios y sus valles de razas, de costumbres, de divinidades múltiples. Las flotas pasaban a velas des-plegadas bajo las piernas del coloso de Rodas, colocado sobre los dos diques del puerto. El mar de las Cíclades, donde, en los días claros, el navegante ve siempre alguna isla o ribera en el horizonte, era surcado por las proas rojas de los Fenicios y las proas negras de los piratas de Lidia. Ellos llevaban en sus naves todas las riquezas de Asia y África: marfil, objetos pintados de cerámica, telas de Siria, vasos de oro, púrpura y perlas; frecuentemente, mujeres arrebatadas de alguna costa salvaje.

Por medio de aquel cruzamiento de razas se había moldeado un idioma armonioso y fácil, mezcla de celta primitivo, del zend, del sánscrito y del fenicio. Esa lengua, que pintaba la majestad del Océano en el nombre de Poseidón y la serenidad del cielo en la de *Urano*, imitaba todas las voces de la Naturaleza, desde el canto de los pajarillos hasta el choque de las espadas y el estruendo de la tempestad. Era multicolor como su mar de un intenso azul de matices cambiantes; multisonante como las olas que murmuran en sus golfos o mugen sobre sus innumerables arrecifes, *poluphlosboio Thalasa*, como dice Homero.

Con aquellos comerciantes o aquellos piratas, iban con frecuencia sacerdotes que les dirigían o les mandaban como dueños. Escondían ellos en sus barcas una imagen de madera de una divinidad cualquiera. La imagen estaba sin duda groseramente tallada, y los marineros de entonces tenían por ella el mismo fetichismo que muchos de nuestros marinos tienen por su madona. Pero aquellos sacerdotes no dejaban de estar en posesión de ciertas ciencias, y la divinidad que llevaban de su templo a un país extranjero representaba para ellos una concepción de la naturaleza, un conjunto de leyes,

una organización civil y religiosa. Porque en aquellos tiempos toda la vida intelectual descendía de los santuarios. Se adoraba a Juno en Argos; a Artemis en Arcadia; a Paphos en Corinto; la Astarté fenicia se había convertido en la Afrodita nacida de la espuma de las olas. Varios iniciadores habían aparecido en el Atica. Una colonia egipcia había llevado a Eleusis el culto de Isis bajo la forma de Deméter (Ceres), madre de los Dioses. Erectea había establecido entre el monte Hymeto y el Pentélico el culto de una diosa virgen, hija del cielo azul, amiga del olivo y de la sabiduría. Durante las invasiones, a la primera señal de alarma, la población se refugiaba en el Acrópolis y se agrupaba alrededor de la diosa como alrededor de una viviente victoria.

Sobre las divinidades locales reinaban algunos dioses masculinos y cosmogónicos. Pero relegados a las altas montañas, eclipsados por el cortejo brillante de las divinidades femeninas, tenían poca influencia. El Dios solar, Apolo délfico, *(Según la antigua tradición de los Tracios, la poesía había sido inventada por Olen. Este nombre quiere decir en fenicio el Ser universal. Apolo tiene la misma raíz. Ap Olen o Ap Wholón significa Padre universal. Primitivamente se adoraba en Delfos al Ser universal bajo el nombre de Olen. El culto de Apolo fue introducido por un sacerdote innovador, bajo el impulso de la doctrina del verbo solar que recorría entonces los santuarios de la India y de Egipto. Este reformador identificó al Padre universal con su doble manifestación: la luz hiperfísica y el sol visible. Pero esta reforma no salió casi de las profundidades del santuario. Orfeo fue quien dio un poder nuevo al verbo solar de Apolo, reanimándolo y electrizándolo por medio de los misterios de Dionisos. (Véase Fabre d'Olivet: Les Vers dorés de Pythagore)*, existía ya, pero sólo jugaba un papel secundario y borroso. Había sacerdotes de Zeus el Altísimo al pie de las cimas nevadas del Ida, en las alturas de la Arcadia y bajo las encinas de Dodona. Pero el pueblo prefería al Dios misterioso y universal, las diosas que representaban a la naturaleza en sus potencias seductoras o terribles. Los ríos subterráneos de la Arcadia, las cavernas de las montañas que descienden hasta las entrañas de la tierra, las erupciones volcánicas en las islas del mar Egeo, habían llevado desde remotos tiempos a los griegos hacia el culto de las fuerzas misteriosas de la tierra. En sus alturas como en sus profundidades, la naturaleza era presentida, temida y venerada. Como todas aquellas divinidades no tenían centro social ni síntesis religiosa, se hacían entre sí una guerra encarnizada. Los templos enemigos, las ciudades rivales, los pueblos divididos por el rito, por la ambición de los sacerdotes y de los reyes, se odiaban, desconfiaban unos de otros y se combatían en sangrientas luchas.

Pero tras la Grecia estaba la Tracia salvaje y ruda. Hacia el Norte, enfiladas de montañas cubiertas de robles gigantescos y coronadas de peñascos, se seguían en grupos ondulantes, se desarrollaban en circos enormes o se enmarañaban en macizos nudosos. Los vientos del Septentrión desgastaban sus flancos y un cielo, con frecuencia tempestuoso, barría sus cimas. Los pastores de los valles y los guerreros de las llanuras pertenecían a la fuerte raza blanca, a la gran reserva de los Dorios de Grecia. Raza varonil por excelencia, que se marca en la belleza por la acentuación de los rasgos, la decisión del carácter, y en la fealdad, por lo terrible y grandioso que se encuentra en la careta de las medusas y de las antiguas Gorgonas.

Como todos los pueblos antiguos que recibieron su organización de los Misterios, como Egipto, como Israel, como la Etruria, Grecia tuvo su geografía sagrada, en que cada comarca venía a ser el símbolo de una región puramente intelectual y supraterránea del espíritu. ¿Por qué la Tracia fue siempre considerada por los griegos como el país santo por excelencia, el país de la luz y la verdadera patria de las Musas?. *(Thrakia, según Fabre d'Olivet, deriva del fenicio Rakhiwa, el espacio etéreo o el firmamento. Lo que hay de cierto es que, para los poetas y los iniciados de Grecia, como Píndaro, Esquilo o Platón, el nombre de la Tracia tenía un sentido simbólico y significaba el país de la pura doctrina y de la poesía sagrada que de ella procede. Esta palabra tenía, pues, para ellos un sentido filosófico e histórico. — Filosóficamente, designaba una región intelectual: el conjunto de las doctrinas y de las tradiciones que hacen proceder al mundo de una inteligencia divina. — Históricamente, aquel nombre recordaba al país y la raza donde la doctrina y la poesía dóricas, este vigoroso brote del antiguo espíritu ario, habían aparecido al principio para florecer en seguida en Grecia por el santuario de Apolo. — El uso de este género de simbolismo está probado por la historia posterior. En Delfos había una clase de sacerdotes tracios. Eran los guardianes de la alta doctrina. El tribunal de los Anficiones estaba antiguamente defendido por una guardia tracia, es decir, por una guardia de guerreros iniciados. La tiranía de Esparta suprimió aquella falange incorruptible y la reemplazó por los mercenarios de la fuerza bruta. Más tarde, el verbo tracisar fue aplicado irónicamente a los devotos de la antigua doctrina).* Es porque aquellas altas montañas tenían los más antiguos santuarios de Kronos, de Zeus y de Uranos. De allí habían descendido en ritmos eumólpicos la Poesía, las Leyes y las Artes sagradas. Los poetas fabulosos de la Tracia dan de ello fe. Los nombres de Thamyris, de Linos y de Amphión responden quizá a personajes reales; pero ante todo

personifican, según el lenguaje de los templos, otros tantos géneros de poesía. Cada uno de ellos consagra la victoria de una teología sobre otra. En los templos de entonces sólo alegóricamente se escribía la historia. El individuo no era nada; la doctrina y la obra, todo. Thamyris que cantó la guerra de los Titanes y fue cegado por las Musas, anuncia la derrota de la poesía cosmogónica por nuevas modas. Linos, que introdujo en Grecia los cantos melancólicos del Asia y fue muerto por Hércules, revela la invasión en Tracia de una poesía emocionante, desolada y voluptuosa, que rechazó al principio el viril espíritu de los Dorios del Norte. Significa al mismo tiempo la victoria de un culto lunar sobre un culto solar. Amfión, por el contrario, que según la leyenda alegórica movía las piedras con sus cantos y construía templos a los sonos de su lira, representa la fuerza plástica que la doctrina solar y la poesía dórica ortooxa ejercieron sobre las artes y sobre toda la civilización helénica. *(Estrabón asegura positivamente que la poesía antigua sólo era el lenguaje de la alegoría. Dionisio de Halicarnaso lo confirma y confiesa que los misterios de la naturaleza y las más sublimes concepciones de la moral han sido cubiertos con un velo. No es, pues, por metáfora por lo que la antigua poesía se llamó la Lengua de los Dioses. Ese sentido secreto y mágico, que constituye su fuerza y su encanto, está contenido en su nombre mismo. La mayor parte de los lingüistas han derivado la palabra poesía del verbo griego poiein, hacer, crear. Etimología simple y muy natural en apariencia, pero poco conforme a la lengua sagrada de los templos, de donde salió la poesía primitiva. Es más lógico admitir con Fabre d'Olivet que poiesis viene del fenicio phohe (boca, voz, lenguaje, discurso) y de ish (Ser superior, ser principio, o, en sentido figurado, Dios). El etrusco Aes o Aesa, el galo Aes, el escandinavo Ase, el concepto Os (Señor), el egipcio Osiris tienen la misma raíz).*

Bien distinta es la luz con que relumbra Orfeo. Brilla él a través de las edades con el rayo personal de un genio creador, cuya alma vibra de amor, en sus viriles profundidades, por el Eterno-Femenino — y en sus últimas profundidades le respondió ese Eterno-Femenino que vive y palpita bajo una triple forma en la Naturaleza, en la Humanidad y en el Cielo. La adoración de los santuarios, la tradición de los iniciados, el grito de los poetas, la voz de los filósofos — y más que todo su obra, la Grecia orgánica — atestiguan su viviente realidad.

En aquellos tiempos, la Tracia era presa de una lucha profunda, encarnizada. Los cultos solares y los cultos lunares se disputaban la supremacía. Esta guerra entre los adoradores del sol y de la luna, no era, como

podría creerse, la fútil disputa de dos supersticiones. Estos dos cultos representaban dos teologías, dos cosmogías, dos religiones y dos organizaciones sociales absolutamente opuestas. Los cultos uránicos y solares tenían sus templos en las alturas y las montañas; sacerdotes varones; leyes severas. Los cultos lunares reinaban en las selvas, en los valles profundos; tenían sacerdotisas-mujeres, ritos voluptuosos, la práctica desarreglada de las artes ocultas y el gusto de la orgía. Había guerra a muerte entre los sacerdotes del sol y las sacerdotisas de la luna. Lucha de sexos, lucha antigua, inevitable, abierta o escondida, pero eterna entre el principio masculino y el principio femenino entre el hombre y la mujer, que llena la historia con sus alternativas y en la que se juega el secreto de los mundos. Del mismo modo que la fusión perfecta del masculino y del femenino constituye la esencia misma y el misterio de la divinidad, así el equilibrio de estos dos principios puede únicamente producir las grandes civilizaciones.

En toda Tracia, como en Grecia, los dioses masculinos, cosmogónicos y solares habían sido relegados a las altas montañas, a los países desiertos. El pueblo les prefería el cortejo inquietante de las divinidades femeninas que evocaba las pasiones peligrosas y las fuerzas de la naturaleza. Estos últimos cultos atribuían a la divinidad suprema del sexo femenino.

Espantosos abusos comenzaban a resultar de este estado de cosas. — Entre los Tracios las sacerdotisas de la luna o de la triple Hécate habían hecho acto de supremacía apropiándose el viejo culto de Baco, dándole un carácter sangriento y temible. En signo de su victoria, habían tomado el nombre de Bacantes, como para marcar su dominio, el reino soberano de la mujer, su poder sobre el hombre.

Alternativamente magas, seductoras y sacrificadoras sangrientas de víctimas humanas, tenían su santuario en valles salvajes y recónditos. ¿Por qué sombrío encanto, por qué ardiente curiosidad hombres y mujeres eran atraídos hacia aquellas soledades de vegetación tropical y grandiosa?. Formas desnudas — danzas lascivas en el fondo de un bosque..., luego risas, un gran rito — y cien Bacantes se lanzaban sobre el profano que debía jurarles sumisión o perecer. Las Bacantes domesticaban panteras y leones, que hacían aparecer en sus fiestas. Por la noche, con serpientes enroscadas en los brazos, se prosternaban ante la triple Hécate; luego, en rondas frenéticas, evocaban a Baco subterráneo, de doble sexo y de cabeza de toro. Pero desgraciado del extranjero, desgraciado del sacerdote de Júpiter o de Apolo que fuera a espiarlas. Inmediatamente era descuartizado. *(El Baco con cabeza de toro se vuelve a encontrar en el XXIX himno órfico. Es un recuerdo del antiguo*

culto que en ningún modo pertenece a la pura tradición de Orfeo. Porque éste depuró completamente y transfiguró el Baco popular en Dionisos celeste, símbolo del espíritu divino que evoluciona a través de todos los reinos de la naturaleza. — Cosa curiosa, volvemos a encontrar el Baco infernal de las Bacantes en el Satán de cabeza de toro que adoraban las brujas de la Edad Media en sus aquelarres nocturnos. Es el famoso Baphomet; la Iglesia, para desacreditar a los templarios, les acusó de pertenecer a la secta que le adoraba).

Las Bacantes primitivas fueron pues las druidesas de Grecia. Muchos jefes tracios continuaban fieles a los viejos cultos varoniles. Pero las Bacantes se habían insinuado entre algunos de sus reyes que reunían a las costumbres bárbaras el lujo y los refinamientos del Asia. Ellas les habían seducido por la voluptuosidad y dominado por el terror. De este modo los Dioses habían dividido la Tracia en dos campos enemigos. Pero los sacerdotes de Júpiter y de Apolo, sobre sus cimas desiertas, acompañados por el rayo, eran impotentes contra Hécate, que vencía en los valles ardientes y que desde sus profundidades comenzaba a amenazar a los altares de los hijos de la luz.

En esta época había aparecido en Tracia un hombre joven, de raza real y dotado de una seducción maravillosa. Se decía que era hijo de una sacerdotisa de Apolo. Su voz melodiosa tenía un encanto extraño. Hablaba de los dioses en un ritmo nuevo y parecía inspirado. Su blonda cabellera, orgullo de los Dorios, caía en ondas doradas sobre sus hombros y la música que fluía de sus labios prestaba un contorno suave y triste a las comisuras de su boca. Sus ojos, de un profundo azul, irradiaban fuerza, dulzura y magia. Los feroces Tracios evitaban su mirada; pero las mujeres versadas en el arte de los encantos decían que aquellos ojos mezclaban en su filtro de azul las flechas del sol con las caricias de la luna. Las mismas Bacantes, curiosas de su belleza, merodeaban con frecuencia a su alrededor como panteras amorosas, y sonreían a sus palabras incomprensibles.

De repente, aquel joven, que llamaban *el hijo de Apolo*, desapareció. Se dijo que había muerto, descendiendo a los infiernos. Había huido secretamente a Samotracia, luego a Egipto, donde había pedido asilo a los sacerdotes de Memphis. Después de atravesar sus Misterios, volvió al cabo de veinte años bajo un nombre de iniciación que había conquistado por sus pruebas y recibido de sus maestros, como un signo de sumisión. Se llamaba ahora *Orfeo* o *Arpha*, (*Palabra fenicia, compuesta de aur, luz, y de rophae, curación*), lo que quiere decir: *Aquel que cura por la luz*.

El más viejo santuario de Júpiter se elevaba entonces sobre el monte

Kaukaión. En otro tiempo sus hierofantes habían sido grandes pontífices. Desde la cumbre de aquella montaña, al abrigo de un golpe de mano, habían reinado sobre toda la Tracia. Pero desde que las divinidades de abajo habían dominado, sus adeptos eran escasos, su templo estaba casi abandonado. Los sacerdotes del monte Kaukaión acogieron como a un salvador al iniciado de Egipto. Por su ciencia y por su entusiasmo, Orfeo arrastró tras sí a la mayor parte de los Tracios, transformó completamente el culto de Baco y subyugó a las Bacantes. Pronto su influencia penetró en todos los santuarios de Grecia. Él fue quien consagró la majestad de Zeus en Tracia, la de Apolo en Delfos, donde instituyó las bases del tribunal de los anficiones que llegó a ser la unidad social de la Grecia. En fin: por la creación de los misterios, formó el alma religiosa de su patria. Porque, en la cumbre de la iniciación, fundió la religión de Zeus con la de Dionisos en un pensamiento universal. Los iniciados recibían por sus enseñanzas la pura luz de las verdades sublimes; y aquella luz llegaba al pueblo más templada, pero no menos bienhechora, bajo el velo de la poesía y de fiestas encantadoras.

De este modo Orfeo había llegado a ser pontífice de Tracia, gran sacerdote del Zeus olímpico, y, para los iniciados, el revelador del Dionisos celeste.

II EL TEMPLO DE JÚPITER

Cerca de las fuentes del Ebro se eleva el monte Kaukaión. Espesas selvas de encinas le sirven de cintura. Un círculo de rocas y de piedras ciclópeas le coronan. Hace millares de años que aquel lugar es una montaña santa. Los Pelasgos, los Celtas, los Escitas y los Getas, expulsándose unos a otros, han ido allí a adorar a sus Dioses diversos. Pero, ¿No es siempre al mismo Dios a quien busca el hombre cuando sube tan alto?. Sino, ¿Por que construirle tan penosamente una morada en la región del rayo y de los vientos?.

Un templo de Júpiter se eleva ahora en el centro del sagrado recinto, macizo, inabordable como una fortaleza. A la entrada, un peristilo de cuatro columnas dóricas destaca sus fustes enormes sobre un pórtico sombrío.

En el cenit el cielo está sereno; pero la tormenta retumba aún sobre las montañas de la Tracia, que desenvuelven a los lejos sus hondonadas y sus cimas, negro océano convulsionado poderosamente por la tempestad y surcado de luz.

Es la hora de sacrificio. Los sacerdotes de Kaukión no hacen otro más que el del fuego. Ellos descienden los escalones del templo y encienden la ofrenda de madera aromática con una antorcha del santuario. El pontífice sale del templo. Vestido de lino blanco como los otros, va coronado de mirtos y de ciprés. Lleva un cetro de ébano con cabeza de marfil y una cintura de oro en la cual varios cristales incrustados lanzan fuegos sombríos, símbolos de una majestad misteriosa. Es Orfeo.

Llevaba él de la mano a su discípulo, hijo de Delfos, que pálido, tembloroso y encantado, espera las palabras del gran inspirado con el escalofrío de los misterios. Orfeo lo ve y para calmar al novicio elegido de su corazón, pone dulcemente sus brazos sobre sus hombros. Sus ojos sonríen; pero de repente resplandecen. Y mientras que a sus pies los sacerdotes giran alrededor del altar y cantan el himno del fuego, Orfeo, solemnemente, dice al novicio amado palabras de iniciación que caen en el fondo de su corazón como un licor divino.

He aquí las palabras aladas de Orfeo al joven discípulo:

“Repliégate hasta el fondo de ti mismo para elevarte al principio de las

cosas, a la grande Triada que resplandece en el Éter inmaculado. Consume tu cuerpo por el fuego de tu pensamiento; sal de la materia como la llama de la madera que ella devora. Entonces tu espíritu se lanzará en el puro éter de las Causas eternas, como el águila en el trono de Júpiter”.

“Voy a revelarte el secreto de los mundos, el alma de la naturaleza, la esencia de Dios. Escucha por lo pronto al gran arcano. Un solo ser reina en el cielo profundo y en el abismo de la tierra, Zeus tonante, Zeus etéreo. Él es consejo profundo, el poderoso odio y el amor delicioso. Él reina en la profundidad de la tierra y en las alturas del cielo estrellado. Soplo de las cosas, fuego indómito, varón y hembra, un Rey, un Poder, un Dios, un gran Maestro”.

“Júpiter es el Esposo y la Esposa divina, Hombre y Mujer, Padre y Madre. De su matrimonio sagrado, de sus eternos esponsales salen incesantemente el Fuego y el agua, la Tierra y el Éter, la Noche y el Día, los fieros Titanes, los Dioses inmutables y la semilla flotante de los hombres”.

“Los amores del Cielo y de la Tierra no son conocidos de los profanos. Los misterios del Esposo y de la Esposa sólo a los hombres divinos son revelados. Pero yo voy a declararte lo que es verdadero. Hace un momento el trueno conmovía estas rocas, el rayo caía en ellas como un fuego viviente, una llama movible; y los ecos de las montañas retumbaban de gozo. Pero tú temblabas no sabiendo de dónde viene ese fuego ni a dónde hiere. Es el fuego viril, simiente de Zeus, el fuego creador. Él sale del corazón y del cerebro de Júpiter; se agita en todos los seres. Cuando cae el rayo, él brota de su diestra. Pero nosotros, sus sacerdotes, sabemos su esencia; nosotros evitamos y a veces dirigimos y desviamos sus dardos”.

“Y ahora, mira el firmamento. Ve aquel círculo brillante de constelaciones sobre el cual está lanzada de banda ligera de la vía láctea, polvo de soles y de mundos. Mira cómo flamea Orión, chispan los Gemelos y resplandece la Lira. Es el cuerpo de la Esposa divina que gira en un vértigo armonioso bajo los cantos del Esposo. Mira con los ojos del espíritu, tú verás su cabeza, sus brazos extendidos y levantarás su velo sembrado de estrellas”.

“Júpiter es el Esposo y la Esposa divina. He aquí el primer misterio”.

“Pero ahora, hijo de Delfos, prepárate a la segunda iniciación. ¡Estremécete, llora, goza, adora!; porque tu espíritu va a sumergirse en la zona ardiente donde el gran Demiurgo hace la mezcla del alma y del mundo en la copa de la vida. Y saciando la sed en esta copa embriagadora, todos los seres olvidan la mansión divina y descienden al doloroso abismo de las generaciones”.

“Zeus es el gran Demiurgo. Dionisos es su hijo, su verbo manifestado. Dionisos, espíritu radiante, inteligencia viva, resplandecía en las mansiones de su padre, en el palacio del Éter inmutable. Un día que contemplaba los abismos del cielo a través de las constelaciones, vio reflejada en la azul profundidad su propia imagen que le tendía los brazos. Pero la imagen huía, huía siempre y le atraía al fondo del abismo. Por fin se encontró en un valle umbroso y perfumado, gozando de las brisas voluptuosas que acariciaban su cuerpo. En una gruta vio a Perséfone. Maia, la bella tejedora, tejía un velo, en el que se veían ondear las imágenes de todos los seres. Ante la Virgen divina se detuvo mudo de admiración. En este momento, los fieros Titanes, las libres Titánidas le vieron. Los primeros, celosos de su belleza, las otras, llenas de un loco amor, se lanzaron sobre él como los elementos furiosos y le despedazaron. Luego, habiéndose distribuido sus miembros, los hicieron hervir en el agua y enterraron su corazón. Júpiter aniquiló con sus rayos a los Titanes, y Minerva llevó al éter el corazón de Dionisos, que allí se convirtió en un sol ardiente. Pero del humo del cuerpo de Dionisos han salido las almas de los hombres que suben hacia el cielo. Cuando las pálidas sombras se hayan unido al corazón flameante del Dios, se encenderán como llamas y Dionisos entero resucitará más vivo y poderoso que nunca en las alturas del Empíreo”.

“He aquí el misterio de la muerte de Dionisos. Ahora escucha el de su resurrección. Los hombres son la carne y la sangre de Dionisos; los hombres desgraciados son sus miembros esparcidos, que se buscan retorciéndose en el crimen y el odio, en el dolor y el amor, a través de millares de existencias. El color ígneo de la tierra, la sima de las fuerzas de abajo, les atrae siempre más hacia el abismo, les desgarran más y más. Pero nosotros los iniciados, nosotros que sabemos lo que hay arriba y lo que está abajo, somos los salvadores de las almas, los Hermes de los hombres. Como imanes les atraemos, atraídos nosotros por los Dioses. De este modo, por celestes encantamientos reconstituimos el cuerpo viviente de la divinidad. Hacemos llorar al cielo y regocijamos a la tierra; y como preciosas joyas llevamos en nuestros corazones las lágrimas de todos los seres para cambiarlas en sonrisas. Dios muere en nosotros, en nosotros renace”.

Así habló Orfeo. El discípulo de Delfos se arrodilló ante su maestro, levantando los brazos con el ademán de los suplicantes. Y el pontífice de Júpiter extendió la mano sobre su cabeza, pronunciando estas palabras de consagración:

“Que Zeus inefable y Dionisos tres veces revelador, en los infiernos, en la tierra y en el cielo, sea propicio a tu juventud y que vierta en tu corazón la

ciencia profunda de los Dioses”.

Entonces, el Iniciado, dejando el peristilo del templo, fue a echar styrax al fuego del altar e invocó tres veces a Zeus tonante. Los sacerdotes giraron en un círculo a su alrededor cantando un himno. El pontífice-rey había quedado pensativo bajo el pórtico, el brazo apoyado sobre una estela. El discípulo volvió a él.

— Melodioso Orfeo — dijo —, hijo amado de los Inmortales y dulce médico de las almas: desde el día que te oí cantar los himnos de los Dioses en la fiesta del Apolo délfico, has encantado mi corazón y te he seguido siempre. Tus cantos son como un licor embriagador, tus enseñanzas como un amargo brebaje que alivia el cuerpo fatigado y reparte en sus miembros una fuerza nueva.

— Áspero es el camino que conduce desde aquí a los Dioses — dijo Orfeo, que parecía responder a voces internas, más bien que a su discípulo — Una florida senda, una pendiente escarpada y después rocas frecuentadas por el rayo con el espacio inmenso alrededor: he aquí el destino del Vidente y el Profeta sobre la tierra. Hijo mío, quédate en los senderos floridos de la vasta llanura y no busques más allá.

— Mi sed aumenta a medida que tú quieres calmarla — dijo el joven Iniciado —. Me has instruido en lo que respecta a la esencia de los Dioses. Pero dime, gran maestro de los misterios, inspirado del divino Eros, ¿Podré *verlos* alguna vez?

— Con los ojos del espíritu — dijo el pontífice de Júpiter —, pero no con los del cuerpo. Tú, aún no sabes ver más con estos últimos. Preciso es un gran trabajo y grandes dolores para abrir los ojos internos.

— Tú sabes abrirlos, Orfeo. Contigo ¿Qué puedo temer?

— ¿Lo quieres?. ¡Escucha pues!. En Tesalia, en el valle encantado de Tempé se eleva un templo místico, cerrado a los profanos. Allí es donde Dionisos se manifiesta a los novicios y a los videntes. Para dentro de un año te invito a su fiesta, y sumergiéndote en un sueño mágico, abriré tus ojos sobre el mundo divino. Sea hasta entonces casta tu vida y blanca tu alma. Pues, sábelo, la luz de los Dioses espanta a los débiles y mata a los profanadores.

“Mas ven a mi morada. Te daré el libro necesario a tu preparación”.

El Maestro entró con el discípulo délfico en el interior del templo y le condujo a la gran sala que le estaba reservada. Allí ardía una lámpara egipcia siempre encendida, que sostenía un genio alado de metal forjado. Allí estaban, encerrados, en cofres de cedro perfumado, numerosos rollos de papiros cubiertos de jeroglíficos egipcios y caracteres fenicios, así como también los

libros escritos en lengua griega por Orfeo y que contenían su ciencia mágica y su doctrina secreta. *(Entre los numerosos libros perdidos que los escritores órficos de Grecia atribuían a Orfeo, había los Argonáuticos, que tartaban de la grande obra hermética; una Demetreida, un poema sobre la madre de los Dioses al que correspondía una Cosmogonía; los cantos sagrados de Baco o el Espíritu puro, que tenían por complemento una Teogonía; sin hablar de otras obras como el Velo o la red de las almas, el arte de los misterios de los ritos; el libro de las mutaciones, química y alquimia; los Corybantos, o los misterios terrestres, y los temblores de tierra; la anomoscopía, ciencia de la atmósfera; una botánica natural y mágica, etc., etc).*

El maestro y el discípulo se entretuvieron en la sala durante una parte de la noche.

III

FIESTA DIONISIACA EN EL VALLE DE TEMPÉ

(Pausanias cuenta que todos los años una teoría iba desde Delfos al valle de Tempe, para coger el laurel sagrado. Esta usanza significativa recordaba a los discípulos de Apolo su relación con las iniciaciones órficas y que la inspiración primera de Orfeo era el tronco antiguo y vigoroso, del que el templo de Delfos cogía las ramas siempre jóvenes y vivas. Esta fusión entre la tradición de Apolo y la tradición de Orfeo se señala de otro modo en la historia de los templos. En efecto, la célebre disputa entre Apolo y Baco por el trípode del templo no tiene otro sentido. Baco, dice la leyenda, cedió el trípode a su hermano y se retiró al Parnaso. Esto quiere decir que Dionisos y la iniciación órfica quedaron como privilegio de los iniciados, mientras que Apolo daba sus oráculos al exterior).

Estamos en Tesalia, en el fresco valle de Tempé. Había llegado la noche santa consagrada por Orfeo a los misterios de Dionisos. Guiado por uno de los servidores del templo, el discípulo de Delfos marchaba por un desfiladero estrecho y profundo, bordeado por rocas a pico. En la noche sólo se oía el murmullo del río que fluía entre sus verdes orillas. Por fin, la luna llena se mostró tras una montaña. Su disco amarillento salió entre las rocas sumidas en la oscuridad. Su luz sutil y magnética se difundió en las profundidades; y de repente, el valle encantado apareció en una claridad paradisíaca. Por un momento se reveló por completo con sus hondonadas cubiertas de césped, sus quecillos de fresnos y de álamos, sus cristalinos manantiales, sus grutas veladas por hiedras colgantes y su río sinuoso rodeando islotes de árboles o corriendo bajo bóvedas de ramaje. Un vapor amarillento, un sueño voluptuoso envolvía a las plantas. Suspiros de ninfas parecían hacer palpitar el espejo de las fuentes y vagos sonidos de flautas se escapaban de los rosales inmóviles. Sobre todas las cosas se cernía el silencioso encanto de Diana.

El discípulo de Delfos caminaba como en un ensueño. A veces se detenía para respirar el delicioso perfume de la madreselva y del laurel. Pero la mágica claridad sólo duró su instante. La luna quedó cubierta por una nube. Todo se volvió negro; las rocas tomaron de nuevo sus formas amenazadoras; y

luces errantes brillaron por todas partes bajo la espesura de los árboles, a la orilla del río y en las profundidades del valle.

— Son los mistos que se ponen en camino — dijo el anciano guía del templo —. Cada cortejo tiene su guía portaantorcha. Vamos a seguirles.

Los viajeros encontraron coros que salían de los bosques y se ponían en marcha. Primero vieron pasar a *los mistos del Baco joven*, adolescentes vestidos con largas túnicas de finísimo lino y coronados de hiedra. Llevaban copas de madera tallada, símbolo de la copa de la vida. Luego llegaron hombres jóvenes, robustos y vigorosos. Eran *los devotos de Hércules luchador*; llevaban cortas túnicas, piernas desnudas, cubiertas las espaldas por una piel de león y coronas de olivo sobre su cabeza. Después vinieron los inspirados, *los mistos de Baco sacrificado*, llevando alrededor del cuerpo una piel cebrada de pantera, cintas de púrpura en los cabellos y el tirso en mano.

Al pasar cerca de una caverna, vieron prosternados a los *devotos de Aedón y de Eros subterráneo*. Eran hombres que lloraban a parientes o amigos muertos y cantaban en voz baja: “¡Aedón! ¡Aedón! Devuélvenos los seres que nos has arrebatado o haznos descender a tu reino”. El viento se abismaba en la caverna y parecía prolongarse bajo tierra con risas y sollozos fúnebres. De repente, un mysto se volvió hacia el discípulo de Delfos y le dijo: “Has franqueado el umbral de Aedón; no volverás a ver la luz de los vivos”. Otro, al pasar, le deslizó estas palabras al oído: “Sombra, a la sombra volverás; tú que vienes de la Noche, vuelve al Erebo”. Y se alejó corriendo. El discípulo de Delfos se sintió helado de espanto y murmuró a su guía: “¿Qué quiere decir esto?”. El servidor del templo pareció no haber oído y solamente dijo: “Es preciso pasar el puente. Nadie puede evitarlo”.

A poco atravesaron un puente de madera sobre el río Peneo.

— ¿De dónde vienen — dijo el neófito — esas voces lastimeras y esa lamentosa melopea?. ¿Quiénes forman esas largas filas de sombras blancas que marchan bajo los álamos?.

— Son mujeres que van a iniciarse en los misterios de Dionisos.

— ¿Sabes sus nombres?.

— Aquí nadie conoce el nombre de los demás, y cada uno olvida el suyo propio. Porque, del mismo modo que a la entrada del sagrado recinto los devotos dejan sus vestiduras sucias para bañarse en el río y vestirse con limpias ropas de lino, así también cada uno deja su nombre para tomar otro. Durante siete noches y siete días es preciso transformarse, pasar a otra vida. Mira esas multitudes de mujeres. No están agrupadas por familias o patria, sino por el Dios que las inspira.

Vieron desfilar jóvenes coronadas de narcisos, con peplos azulados, que el guía llamaba las *ninfas compañeras de Perséfone*. Llevaban castamente en sus brazos, cofrecillos, urnas, vasos votivos. Luego venían, con peplos rojos, *las amantes místicas, las esposas ardientes y buscadoras de Afrodita*, que se internaron en un bosque sombrío; de allí oyeron salir apremiantes voces de llamadas mezcladas con lánguidos sollozos, que poco a poco se amortiguaron. Luego un coro apasionado se elevó del oscuro bosquecillo, y subió al cielo en palpitaciones lentas: “¡Eros, nos has herido!. ¡Afrodita, has quebrado nuestros miembros!. Hemos cubierto nuestro seno con la piel del cervatillo, pero en nuestros pechos llevamos la púrpura sangrienta de nuestras heridas. Nuestro corazón es un brasero devorador. Otras mueren en la pobreza; el amor nos consume. Devóranos, ¡Eros!, ¡Eros!; ¡Eros!, o libértanos, ¡Dionisos!, ¡Dionisos!”.

Otro grupo avanzó. Aquellas mujeres iban por completo vestidas de lana negra con largos velos, que arrastraban tras ellas, y todas profundamente afligidas por algún pesar. El guía dijo que eran las *desconsoladas de Perséfone*. En aquel lugar se encontraba un gran mausoleo de mármol cubierto de hiedra. Se arrodillaron ellas a su alrededor, deshicieron sus tocados y lanzaron grandes gritos. A la estrofa del deseo respondieron por la antiestrofa del dolor: “¡Perséfone, — decían —, has muerto, arrebatada por Aedón; has descendido al imperio de la muerte!. ¡Nosotras, que lloramos el bien amado, somos unas muertas en vida!. ¡Que no renazca el día!. ¡Que la tierra que te cubre, Oh gran Diosa, nos de el sueño eterno, y que mi sombra vague abrazada a la sombra querida!. Escúchanos, ¡Perséfone!, ¡Perséfone!”.

Ante aquellas escenas extrañas, bajo el delirio contagioso de aquellos profundos dolores, el discípulo de Delfos se sintió invadido por mil sensaciones contrarias y atormentadoras. Le parecía que no era él mismo; los deseos, los pensamientos, las agonías de todos aquellos seres se habían convertido en sus agonías y deseos. Su alma se hacía pedazos para pasar a mil cuerpos. Una angustia mortal le penetraba. Ya no sabía si era un hombre o una sombra.

Entonces, un iniciado de elevada estatura que por allí pasaba, se detuvo y dijo: “¡Paz a las afligidas sombras!. Mujeres dolientes, ¡anhelad la luz de Dionisos!. ¡Orfeo os espera!”. Todas le rodearon en silencio, deshojando sus coronas de asfodelos, y él, con su tirso, les mostró el sendero. Las mujeres fueron a beber a una fuente vecina, con copas de madera. Las teorías se volvieron a formar y el cortejo continuó la marcha. Las jóvenes habían tomado la delantera. Cantaban un treno con este estribillo: “¡Agitad las adormideras!.

¡Bebed en la corriente del Leteo!. ¡Dadnos la flor deseada, y que florezca el narciso para nuestras hermanas!. ¡Perséfone!. ¡Perséfone!”.

El discípulo caminó mucho tiempo aún, acompañado por el guía. Atravesó praderas de asfodelos, y pasó bajo la sombra negra de los álamos de triste murmullo. Oyó canciones lúgubres que flotaban en el aire y venían sin saber de donde. Vio, suspendidas a los árboles, horribles caretas y figuritas de cera figurando niños en pañales. Aquí y allá, las barcas atravesaban el río con gentes silenciosas como muertos. Por fin el valle se ensanchó, el cielo se fue iluminando sobre las altas cimas, y apareció la aurora. A lo lejos se divisaban las sombrías gargantas del monte Ossa, surcadas de abismos en que se amontonaban las rocas desplomadas. Más cerca, en medio de un anfiteatro de montañas, sobre una colina cubierta de bosque, brillaba el templo de Dionisos.

El sol doraba ya las altas cimas. A medida que se aproximaron al templo, veían llegar de todas partes cortejos de devotos, multitudes de mujeres, grupos de iniciados. Estas gentes, graves en apariencias, mas agitadas interiormente por una tumultuosa esperanza, se reunieron al pie de la colina y subieron al santuario. Todos se saludaban como amigos, agitando los ramos y los tirso. El guía había desaparecido, y el discípulo de Delfos se encontró, sin saber cómo, en un grupo de iniciados de brillantes cabellos adornados con coronas y cintas de colores diversos. Jamás los había visto, sin embargo creía reconocerlos por una reminiscencia llena de felicidad. Ellos también parecían esperarle, pues le saludaban como a un hermano y le felicitaban por su feliz llegada. Conducido por su grupo y como transportado sobre alas, subió hasta los más altos escalones del templo, cuando un rayo de luz deslumbradora entró en sus ojos. Era el sol naciente que lanzaba su primera flecha en el valle e inundaba con sus rayos brillantes aquella multitud de devotos e iniciados, agrupados en las escalinatas del templo y por toda la colina.

En seguida un coro entonó el peón. Las puertas de bronce del templo se abrieron por sí mismas y seguido del Hermes y del porta antorcha, apareció el profeta, el hierofante, Orfeo. El discípulo de Delfos le reconoció con un estremecimiento de alegría. Vestido de púrpura, con su lira de marfil y oro en la mano, Orfeo irradiaba una eterna juventud. Habló de este modo:

— ¡Paz a todos los que habéis llegado para renacer después de los terrestres dolores y que en este momento renacéis!. ¡Venid a ver la luz del templo, vosotros que de la noche salís, devotos, mujeres, iniciados!. Venid a regocijaros, vosotros que habéis sufrido; venid a reposar los que habéis luchado. El sol que evoco sobre vuestras cabezas y que va a brillar en vuestras almas, no es el sol de los mortales; es la pura luz de Dionisos, el gran sol de

los iniciados. Venceréis por vuestros pasados sufrimientos, por el esfuerzo que aquí os trae, y si creéis en las palabras divinas, habéis vencido ya. Porque después del largo circuito de las existencias tenebrosas, saldréis por fin del círculo doloroso de las generaciones y os reconoceréis como un solo cuerpo, como una sola alma, en la luz de Dionisos.

“La divina brasa que nos guía en la tierra, en nosotros está; ella se convierte en antorcha del templo, estrella en el cielo. Así se difunde la luz de la Verdad. Escuchad como vibra la Lira de siete cuerdas, la Lira de Dios... Ella hace mover los mundos. ¡Escuchad bien!; que el sonido os atraviese... y las profundidades de los cielos se abrirán”.

“¡Auxilio de los débiles, consuelo de los que sufren, esperanza de todos!. Pero desdichados de los malvados, de los profanos, pues serán confundidos. Porque en el éxtasis de los Misterios, cada uno ve hasta el fondo del alma de los demás. ¡Los malvados se aterrorizan y los profanos mueren!”.

“Y ahora que Dionisos ha brillado sobre vosotros, invoco al Eros celeste y todopoderoso. Que ti esté en vuestros amores, en vuestros llantos y en vuestras alegrías. Amad; pues todo ama, los Demonios del abismo y los Dioses del Eter. Amad; pues todo ama. Pero amad la luz y no las tinieblas. Recordad el objeto de vuestro viaje. Cuando las almas vuelven a la luz, ellas llevan como asquerosas manchas, sobre su cuerpo sideral, todas las faltas de su vida... Y para borrarlas, es preciso que expíen y que vuelvan a la tierra... Pero los puros, los fuertes, marchan hacia el sol de Dionisos”.

“Y ahora, cantad el Evohé!”.

¡Evohé!, gritaron los heraldos en las cuatro esquinas del templo, ¡Evohé!, y los címbalos comenzaron a tocar. ¡Evohé!, respondió la entusiasta asamblea agolpada en las escaleras del santuario. El grito de Dionisos, el llamamiento sagrado al renacimiento, a la vida, retumbó en los valles repetidos por mil pechos, reforzado por los ecos de las montañas. Y los pastores de las gargantas salvajes del Ossa, que con sus rebaños se hallaban a lo largo de las altas selvas, cerca de las nubes, respondieron: ¡Evohé!.

(El grito ¡Evohé!, que se pronunciaba en realidad: He-Vau-He, era la voz sagrada de todos los iniciados del Egipto, de Judea, de la Fenicia, del Asia Menor y de la Grecia. Las cuatro letras sagradas pronunciadas: Iod-He, Vau-He, representaban a Dios en su fusión eterna con la Naturaleza; ellas abarcaban la totalidad del Ser, el Universo viviente. Iod (Osiris) significaba la divinidad propiamente dicha, el intelecto creador, el Eterno Masculino que está en todo, en todo, en todas partes y sobre todo. He-Vau-He representaba el Eterno Femenino, Eva, Isis, la Naturaleza, bajo todas

las formas visibles e invisibles, fecundadas por él. La más alta iniciación, la de las ciencias teogónicas y de las artes teúrgicas, correspondía a cada una de las letras Evé. Como Moisés, Orfeo reservó las ciencias que corresponden a la letra Iod (Jove, Zeus, Júpiter), y la idea de la unidad de Dios a los iniciados del primer grado, tratando de dar esta idea al pueblo por medio de la poesía, por las artes y sus vivientes símbolos. Por eso la palabra ¡Evohé! era abiertamente proclamada en las fiestas de Dionisos, en las que se admitía, además de los iniciados, a los simples aspirantes a los misterios).

(Aquí aparece toda la diferencia entre la obra de Moisés y la de Orfeo. Ambas parten de la iniciación egipcia y poseen la misma verdad, pero, la aplican en opuesto sentido. Moisés, ásperamente, celosamente, glorifica al Padre, al Dios masculino, confía su custodia a un sacerdocio cerrado, y somete al pueblo a una disciplina implacable, sin revelación. Orfeo, enamorado de un modo divino del Femenino eterno, de la Naturaleza, la glorifica en nombre de Dios que la penetra, y a quien quiere hacer surgir en la humanidad divina. Y he aquí por qué el grito de ¡Evohé! se convirtió en el grito sagrado por excelencia en todos los misterios de Grecia).

IV EVOCACIÓN

La fiesta había huido como un sueño; había llegado la noche. Las danzas, los cánticos y las plegarias, se habían desvanecido en una niebla de rocío. Orfeo y su discípulo descendieron por una galería subterránea a la cripta sagrada que se prolongaba en el corazón de la montaña, y de la cual únicamente el hierofante conocía la entrada. Allí era donde el inspirado de los Dioses se dedicaba a sus solitarias meditaciones, o perseguía con sus adeptos la realización de las altas obras de la magia y de la teurgia.

A su alrededor se extendía un espacio vasto y cavernoso. Dos antorchas plantadas en tierra, sólo iluminaban vagamente los muros agrietados y las profundidades tenebrosas. A algunos pasos de allí, una grieta negra se abría en el suelo; un viento cálido salía de ella, y aquel abismo parecía descender a las entrañas de la tierra. Un pequeño altar, donde ardía un fuego de laurel seco, y una esfinge de pórfito, guardaban sus bordes. Muy lejos, a una altura inconmensurable, la caverna dejaba ver el cielo estrellado por una hendidura oblicua. Aquel pálido rayo de luz azulado parecía el ojo del firmamento sumergiéndose en aquel abismo.

— Has bebido en las fuentes de la luz santa — dijo Orfeo —, has entrado con corazón puro en el seno de los misterios. Ha llegado la hora solemne en que voy a hacerte penetrar hasta los manantiales de la vida y de la luz. Los que no han levantado el espeso velo que recubre a los ojos de los hombres las maravillas invisibles, no han llegado a ser hijos de los Dioses.

“Escucha, pues, las verdades que es preciso callar a la multitud y que constituyen la fuerza de los santuarios”.

“Dios es uno y siempre semejante a sí mismo. Él reina en todas partes. Pero los Dioses son innumerables y diversos; porque la divinidad es eterna e infinita. Los más grandes son las almas de los astros. Soles, estrellas, tierras y lunas, cada astro tiene la suya, y todas han salido del fuego celeste de Zeus y de la luz primitiva. Semiconscientes, inaccesibles, incambiables, ellas rigen al gran todo de sus movimientos regulares. Más cada astro arrastra en su esfera etérea falanges de semidioses que fueron en otro tiempo hombres y que, después de haber descendido la escala de los reinos, han remontado gloriosamente los cielos para salir por fin del círculo de las generaciones. Por

estos divinos espíritus Dios respira, obra, aparece; ¿Qué digo?: ellos son el soplo de su alma viviente, los rayos de su conciencia eterna. Ellos gobiernan a los ejércitos de los espíritus inferiores, que vigorizan a los elementos; ellos dirigen los mundos. De lejos, de cerca, ellos nos rodean, y aunque de esencia inmortal, revisten formas siempre cambiantes, según los pueblos, los tiempos y las regiones. El impío que los niega, los teme; el hombre piadoso, los adora sin conocerlos; el iniciado los conoce, los atrae y los ve. Si he luchado para encontrados, si he desafiado a la muerte, si, como se dice, he descendido a los infiernos, fue para dominar a los demonios del abismo, para atraer a los dioses de las alturas sobre mi Grecia amada, para que el cielo profundo se una con la tierra, y la tierra encantada escuche las voces divinas. La belleza celeste se encarnará en la carne de las mujeres, el fuego de Zeus circulará a través de la sangre de los héroes; y mucho antes de remontarse a los astros, los hijos de los Dioses resplandecerán como Inmortales”.

“¿Sabes lo que es la Lira de Orfeo?. Es el sonido de los templos inspirados. Ellos tienen por cuerdas a Dios. A su música, Grecia se armonizará como una lira, y el mármol mismo cantará en brillantes cadencias, en celestes armonías”.

“Y ahora evocaré a mis Dioses, para que te aparezcan vivos y te muestren, en una visión profética, el místico himeneo que preparo al mundo y que verán los iniciados”.

“Acuéstate al abrigo de aquella roca. Nada temas. Un sueño mágico va a cerrar tus párpados, temblarás al pronto y verás cosas terribles; pero en seguida, una luz deliciosa, una felicidad desconocida, inundará tus sentidos y tu ser”.

El discípulo se acostó en el nicho excavado en la roca en forma de lecho. Orfeo lanzó algunos perfumes sobre el fuego del altar. Luego cogió su cetro de ébano, provisto en el extremo de un cristal flameante, se colocó cerca de la esfinge y, llamando con voz profunda, comenzó la evocación:

“¡Cibeles !, ¡Cibeles!, Gran madre, óyeme. Luz original, llama ágil, etérea y siempre movable a través de los espacios, que contiene los ecos y las imágenes de todas las cosas. Yo llamo a tus corrientes fulgurantes de luz. ¡Oh alma universal, incubadora de los abismos, sembradora de soles, que dejas arrastrar en el Éter tu manto estrellado; luz sutil, oculta, invisible a los ojos de carne; gran madre de los Mundos y de los Dioses, tú que encierras los tipos eternos!. ¡Antigua Cibeles!. ¡A mí!. ¡A mí!... Por mi cetro mágico, por mi pacto con las Potencias, por el alma de Eurídice... Yo te evoco, Esposa multiforme, dócil y vibrante, bajo el fuego del Varón eterno. De lo más alto de

los espacios, de lo más profundo de tus efluvios. Rodea al hijo de los Misterios con una muralla de diamante, y hazle ver en tu seno profundo los Espíritus del Abismo, de la Tierra y de los Cielos”.

A estas palabras, un trueno subterráneo conmovió las profundidades del abismo, y toda la montaña tembló. Un sudor frío heló el cuerpo del discípulo. Ya no veía a Orfeo más que a través de una humareda creciente. Por un instante, trató de luchar contra un poder formidable que le dominaba. Pero su cerebro quedó sumergido; su voluntad, aniquilada. Tuvo las angustias de un ahogado que traga el agua a pleno pecho, y cuya horrible convulsión termina en las tinieblas de la inconsciencia.

Cuando volvió al conocimiento, la noche reinaba a su alrededor; una noche mitigada por un semidía tortuoso, amarillento y de cieno. Miró largo tiempo sin ver nada. Por momentos sentía su piel rozada como por invisibles murciélagos. Por fin, vagamente creyó ver moverse en aquellas tinieblas formas monstruosas de centauros, de hidras, de gorgonas. Pero la primera cosa que divisó distintamente, fue una gran figura de mujer sentada sobre un trono. Estaba envuelta en un largo velo de fúnebres pliegues, sembrado de estrellas pálidas, y llevaba una corona de adormideras. Sus grandes ojos abiertos velaban inmóviles. Masas de sombras humanas se movían a su alrededor como pajarillos fatigados y murmuraban a media voz: “Reina de los muertos, alma de la tierra. ¡Oh Perséfone!. Nosotras somos hijas del cielo. ¿Por qué estamos sumidas en el reino de las sombras?. ¡Oh segadora del cielo!. ¿Por qué has cogido nuestras almas que volaban antes felices en la luz, entre sus hermanas, en los campos del éter?.

Perséfone respondió: “He cogido el narciso, he entrado en el lecho nupcial. He bebido la muerte con la vida. Como vosotras, yo gimo en las tinieblas.

— ¿Cuándo seremos libertadas? — dijeron las almas gimiendo.

— Cuando llegue mi esposo libertador — respondió Perséfone.

Entonces aparecieron mujeres terribles. Sus ojos estaban inyectados de sangre, sus cabezas coronadas de plantas venenosas. Alrededor de sus brazos, de sus talles medio desnudos, se retorcían serpientes que manejaban a su guisa de fustas: “¡Almas, espectros, larvas! — decían con voz silbante —, no creáis a la reina insensata de los muertos. Somos las sacerdotisas de la vida, tenebrosas, siervas de los elementos y de los monstruos de abajo, Bacantes en la tierra, Furias en el Tártaro. Somos nosotras vuestras reinas eternas, almas infortunadas. No saldréis del círculo maldito de las generaciones; nosotras os haremos entrar en él con nuestros látigos. Torceos para siempre entre los

anillos sibilantes de nuestras serpientes, en los nudos del deseo, del odio y del remordimiento”. Y se precipitaron, desgredadas, sobre el rebaño de las almas asustadas, que se pusieron a girar en los aires bajo sus latigazos como un torbellino de hojas secas, lanzando grandes gemidos.

A esta vista, Perséfone palideció; parecía un fantasma lunar. Murmuró: “El cielo..., la luz..., los Dioses..., ¡un sueño!... Sueño, sueño eterno”. Su corona de adormideras se secó; sus ojos se cerraron con angustia. La reina de los muertos cayó en letargo sobre su trono, y luego todo desapareció en las tinieblas.

La visión cambió. El discípulo de Delfos se vio en un valle espléndido y verdeante. El monte Olimpo en el fondo. Ante un antro negro, dormitaba sobre un lecho de flores la bella Perséfone. Una corona de narcisos reemplazaba en sus cabellos a la corona de las adormideras fúnebres, y la aurora de una vida renaciente esparcía sobre sus mejillas un tinte ambrosiaco. Sus trenzas negras caían sobre sus hombros de un blanco brillante, y las rosas de su seno, suavemente elevadas, parecían llamar los besos de los vientos. Las ninfas danzaban en una pradera. Pequeñas nubes blancas viajaban por el azul del cielo. Una lira cantaba en un templo...

A su voz de oro, a sus ritmos sagrados, el discípulo oyó la música íntima de las cosas. Porque de las hojas, de las ondas, de las cavernas, salía una melodía incorpórea y tierna; y las voces lejanas de las mujeres iniciadas que guiaban sus coros a las montañas, llegaban a su oído en cadencias quebradas. Unas, desesperadas, llamaban al Dios; las otras creían divisarlo al caer, medio muertas de fatiga, en el borde de las selvas.

Por fin el cielo se abrió en el cenit para engendrar en su seno una nube brillante. Como un ave que un instante se cierne y luego cae a tierra, el Dios, con su tirso, bajó y vino a posarse ante Perséfone. Estaba radiante; sus cabellos sueltos; en sus ojos se insinuaba el delirio sagrado de los mundos por nacer. Por largo tiempo la contempló; luego extendió su tirso sobre ella. El tirso rozó su seno; ella sonrió. El tocó su frente; ella abrió los ojos, se levantó lentamente y miró a su esposo. Aquellos ojos, llenos aún del sueño del Erebo, brillaron como estrellas. “¿Me reconoces? —dijo el Dios—. ¡Oh Dionisos! —Dijo Perséfone—, Espíritu divino, Verbo de Júpiter, Luz celeste que resplandece bajo la forma humana..., cada vez que me despiertas, creo vivir por la vez primera, los mundos renacen en mi recuerdo; el pasado, el futuro, se vuelve el inmortal presente; y siento en mi corazón irradiar el Universo”.

Al mismo tiempo, sobre las montañas, en un lindero de las nubes plateadas, aparecieron los Dioses curiosos e inclinados hacia la tierra.

Abajo, grupos de hombres, de mujeres y de niños salidos de los valles, de las cavernas, miraban a los Inmortales en un embeleso celeste. Himnos inflamados subían de los templos con oleadas de incienso. Entre la tierra y el cielo se preparaba uno de esos esponsales que hacen concebir a las madres héroes y dioses. Ya un matiz rosáceo se había difundido por el paisaje; ya la reina de los muertos, transformada en la divina segadora, subía hacia el cielo arrebatada en los brazos de su esposo. Una nube purpúrea los envolvió, y los labios de Dionisos se posaron sobre la boca de Perséfone... Entonces, un inmenso grito de amor salió del cielo y de la tierra, como si el estremecimiento sagrado de los Dioses, pasando sobre la gran lira, quisiera desgarrar todas sus cuerdas, lanzar sus sonidos a todos los vientos. Al mismo tiempo, brotó de la divina pareja una fulguración, un huracán de luz cegadora... Y todo desapareció.

Por un momento, el discípulo de Orfeo se sintió como abismado en la fuente de todas las vidas, sumergido en el sol del Ser. Pero sumergido en su brasa incandescente, volvió a subir con sus alas celestes y, como relámpago, atravesó los mundos para alcanzar en los límites el sueño extático del Infinito.

Cuando volvió a sus sentidos corporales, estaba sumido en la negra oscuridad. Una lira luminosa brillaba sola en las tinieblas. Ella huía, huía, y se convirtió en estrella. Entonces, únicamente, el discípulo vio de que estaba en la cripta de las evocaciones, y que aquel punto luminoso era la hendidura lejana de la caverna abierta, hacia el firmamento.

Una gran sombra estaba en pie ante él. Reconoció a Orfeo en sus largos bucles y en el cristal flamígero de su cetro.

— Hijo de Delfos, ¿de dónde vienes? — dijo el hierofante.

— ¡Oh maestro de los iniciados, celeste encantador, maravilloso Orfeo!, he tenido un sueño divino. ¿Habrá sido un encanto, o un don de los Dioses?. ¿Qué ha pasado?. ¿Ha cambiado el mundo?. ¿Dónde estoy ahora?.

— Has conquistado la corona de la iniciación y has vivido en mi sueño: ¡la Grecia inmortal!. Pero, salgamos de aquí; porque para que todo se cumpla es preciso que yo muera y que tú vivas.

V LA MUERTE DE ORFEO

Los robles de la selva bramaban fustigados por la tempestad en las faldas del monte Kaukaión; el trueno rugía a golpes redoblados sobre las rocas desnudas y hacía temblar el templo de Júpiter hasta en sus cimientos. Los sacerdotes de Zeus estaban reunidos en una cripta consagrada del santuario, y, sentados en sus asientos de bronce, formaban un semicírculo. Orfeo estaba en el centro, como un acusado. Estaba más pálido que de costumbre; pero una llama profunda salía de sus ojos serenos.

El más anciano de los sacerdotes elevó su voz grave como la luz de un juez:

— Orfeo, tú el llamado hijo de Apolo, a quien hemos nombrado pontífice y rey, a quien hemos dado el cetro místico de los hijos de Dios, reinas sobre la Tracia, por el arte real y sacerdotal. Has elevado en esta comarca los templos de Júpiter y de Apolo, y has hecho relucir en la noche de los misterios el sol divino de Dionisos. Más ¿Sabes bien el peligro que nos amenaza?. Tú que conoces los terribles secretos, tú que más de una vez nos has predicho el porvenir y que de lejos has hablado a tus discípulos apareciéndote en sueños, ¿Ignoras lo que pasa a tu alrededor?. En tu ausencia, las salvajes Bacantes, las sacerdotisas malditas, se han reunido en el valle de Hécate. Guiadas por Aglaonice, la maga de Tesalia, han persuadido a los jefes de las orillas del Ebro para que restablezcan el culto de la sombría Hécate, y amenazan con destruir el templo de los Dioses viriles y todos los altares del Altísimo. Excitados por sus bocas ardientes, guiados por sus antorchas incendiarias, mil guerreros tracios acampan al pie de esta montaña y mañana asaltarán el templo, excitados por el aliento de esas mujeres vestidas con la piel de pantera, ávidas de la sangre masculina. Aglaonice, la gran sacerdotisa de la tenebrosa Hécate, las conduce; es la más terrible de las magas, implacable y encarnizada como una Furia. Debes conocerla. ¿Qué dices de esto?

— Lo sabía todo — dijo Orfeo —, y todo ello tenía que llegar.

— Entonces, ¿Por qué no has hecho nada para defendernos?. Aglaonice ha jurado degollarnos sobre nuestros altares, cara al cielo viviente que adoramos. ¿Qué va a ser de este templo, de sus tesoros, de tu ciencia y de

Zeus mismo, si nos abandonas?.

— ¿No estoy con vosotros? — continuó Orfeo con dulzura.

— Has llegado; pero demasiado tarde — dijo el anciano —. Aglaonice conduce a las Bacantes y las Bacantes conducen a los Tracios. ¿Les rechazarás con el rayo de Júpiter y con las flechas de Apolo?. ¿Por qué no has llamado a este recinto a los jefes tracios fieles a Zeus para aplastar la rebelión?.

— No es con las armas, sino con la palabra, como se defiende a los Dioses. No hay que combatir a los jefes, sino a las Bacantes. Iré yo solo. Quedad tranquilos. Ningún profano franqueará este sagrado recinto. Mañana terminará el reino de las sanguinarias sacerdotisas. Y sabedlo bien, vosotros que tembláis ante la horda de Hécate, vencerán los dioses celestes y solares. A ti, anciano, que dudabas de mí, dejo el cetro de pontífice y la corona de hierofante.

— ¿Qué vas a hacer? — dijo el anciano asustado. —Voy a unirme a los Dioses... ¡Hasta la vista todos!.

Orfeo salió dejando a los sacerdotes mudos sobre sus asientos. En el templo encontró al discípulo de Delfos, y cogiéndole con fuerza la mano, le dijo:

— Voy al campo de los Tracios. Sígueme.

Marchaban bajo las encinas; la tempestad se había alejado; entre las espesas ramas brillaban las estrellas.

— ¡Ha llegado para mí la hora suprema! — dijo Orfeo —.

Otros me han comprendido, tú me has amado. Eros es el más antiguo de los Dioses, dicen los iniciados; él contiene la clave de todos los seres. También te he hecho penetrar en el fondo de los Misterios; los Dioses te han hablado, tú les has visto!... Ahora, lejos de los hombres, solos ambos, a la hora de su muerte, Orfeo debe dejar a su discípulo amado el enigma de su destino, la inmortal herencia, la pura antorcha de su alma.

— ¡Maestro!: escucho y obedezco — dijo el discípulo de Delfos.

— Caminemos — dijo Orfeo — por ese sendero que desciende. La hora se aproxima. Quiero sorprender a mis enemigos. Sígueme y escucha: graba mis palabras en tu memoria, pero guárdalas como un secreto.

— Se imprimirán en letras de fuego sobre mi corazón; los siglos no las borrarán.

— Tú sabes ahora que el alma es hija del cielo. Has contemplado su origen y su fin y comienzas a recordarlo. Cuando desciende a la carne, ella continúa, aunque débilmente, recibiendo la influencia de arriba. Por nuestras madres, ese soplo potente nos llega al principio. La leche de su seno alimenta

nuestro cuerpo; pero de su alma se nutre nuestro ser angustiado por la ahogada prisión de la materia. Mi madre era sacerdotisa de Apolo, mis primeros recuerdos son los de un bosque sagrado, un templo solemne, una mujer que me lleva en sus brazos envolviéndome en su suave cabellera como en un cálido vestido. Los objetos terrestres, los semblantes humanos me llenaban de horrible terror. Pero en seguida mi madre me apretaba en sus brazos, encontraba su mirada y ella me inundaba de una divina reminiscencia del cielo. Pero aquel rayo murió en el gris sombrío de la tierra. Un día mi madre desapareció: había muerto. Privado de su mirada, apartado de sus caricias, quedé espantado de mi soledad. Habiendo visto correr la sangre en un sacrificio, tomé horror al templo y descendí a los valles tenebrosos.

“Las Bacantes asombraron mi juventud. Entonces ya Aglaonice reinaba sobre esas mujeres voluptuosas y refoces. Hombres y mujeres, todos la temían. Ella respiraba un sombrío deseo y aterrorizaba. Esta hija de Tesalia ejercía sobre quienes se aproximaban a ella un atractivo fatal. Por las artes de la infernal Hécate, atraía a las jóvenes a su valle embrujado y las instruía en su culto. Aglaonice había puesto sus ojos sobre Eurídice; se había obstinado en atraer a aquella virgen con un designio perverso, con un amor desenfrenado, maléfico. Quería arrastrar a aquella joven al culto de las Bacantes, dominarla, entregarla a los genos infernales después de haber marchitado su juventud. Ya ella la había envuelto en sus promesas seductoras, en sus encantos nocturnos.

“Atraído yo por no sé qué presentimiento al valle de Hécate, caminaba un día por las altas hierbas de una pradera llena de plantas venenosas. Reinaba el horror en las proximidades de los bosques frecuentados por las Bacantes. Pasaban por ellos bocanadas de perfumes, como el cálido soplo del deseo. Vi a Euridice, que caminaba lentamente, sin verme, hacia un antro, como fascinada por un objeto invisible. A veces una frívola risa salía del bosque de las Bacantes, otras un extraño suspiro. Euridice se detenía temblorosa, incierta, y luego continuaba su marcha, como atraída por mágico poder. Sus bucles de oro flotaban sobre sus hombros blancos, sus ojos de narciso nadaban en la embriaguez, mientras marchaba a la boca del Infierno. Pero yo había visto el cielo latente en su mirada. — ¡Eurídice! — exclamé, cogiendo su mano. — ¿A dónde vas? — Como despierta de un sueño, lanzó un grito de horror y de salvación, y cayó en mi seno. Entonces el divino Eros nos dominó; y por una mirada, Eurídice y Orfeo, fueron esposos para siempre”.

“Entre tanto, Euridice, que me había abrazado en su temor, me mostró la gruta con un gesto de espanto. Me aproximé, y vi allí una mujer sentada. Era Aglaonice. Cerca de ella, una pequeña estatua de Hécate en cera pintada

de rojo, de blanco y de negro, que tenía un látigo. Ella murmuraba palabras encantadas haciendo mover su rueca mágica, y sus ojos fijos en el vacío parecían devorar su presa. Rompí la rueca, pisoteé la Hécate, y atravesando a la maga con la mirada, exclamé: “¡Por Júpiter!. ¡Te prohíbo pensar en Euridice, bajo pena de muerte!. Porque, sábelo, los hijos de Apolo no te temen”.

“Aglaonice, suspensa, se retorció como una serpiente bajo mi gesto y desapareció en su caverna, lanzándome una mirada de odio mortal”.

“Conduje a Euridice a las proximidades del templo. Las vírgenes del Erebo, coronadas de jacinto, cantaron: ¡Himeneo!, ¡Himeneo! a nuestro alrededor, y conocí la felicidad”.

“La luna sólo tres veces había cambiado, cuando una Bacante, empujada por la hija de Tesalia, presentó a Euridice una copa de vino, que le daría, a su decir, la ciencia de los filtros y de las hierbas mágicas. Euridice, curiosa, la bebió y cayó muerta. La copa contenía un veneno mortal”.

“Cuando vi la hoguera que consumía a Euridice; cuando vi la tumba cubrir sus cenizas; cuando el último recuerdo de su forma viviente hubo desaparecido, exclamé: “¿Dónde está su alma?”. Partí desesperado y erré por toda Grecia. Pedí su evocación a los sacerdotes de Samotracia; la busqué en las entrañas de la tierra, en el cabo Tenaro; en vano. Por fin llegué al antro de Trofonio. Allí, ciertos sacerdotes conducían a algunos visitantes temerarios por una grieta del suelo, hasta los lagos de fuego que hierven en el interior de la tierra, y haciéndoles ver lo que allí pasa. Durante el descenso, se entra en éxtasis, y la segunda vista se abre. Se respira apenas, la voz se apaga, no se puede hablar más que por signos. Unos se vuelven a la mitad del camino, otros persisten y mueren asfixiados; la mayor parte de los que salen vivos se vuelven locos. Después de haber visto lo que ninguna boca debe decir, subí a la gruta y caí en profundo letargo. Durante aquel sueño de muerte se me apareció Euridice. Ella flotaba en un nimbo, pálida como un rayo lunar, y me dijo: “Por mí has desafiado al infierno, me has buscado entre los muertos. Heme aquí; vengo a verte a tu voz. No habito el seno de la Tierra, sino la región del Erebo, el cono de sombra entre la Tierra y la Luna. Giro en torbellinos en ese limbo, llorando como tú. Si quieres libertarme, salva a Grecia dándole la luz. Entonces yo, volviendo a encontrar mis alas, subiré hacia los astros, y me volverás a encontrar en la luz de los Dioses. Hasta entonces me es preciso errar en la esfera turbia y dolorosa...”. Por tres veces la quise coger; por tres veces se desvaneció en mis brazos como una sombra. Oí únicamente como un sonido de cuerda que se desgarrar; luego una voz débil

como un soplo, triste como un beso de adiós, murmuró: ¡Orfeo!”.

“A esta voz me desperté. Aquel nombre, dado por un alma, había transformado mi ser. Sentí pasar por mí el sagrado escalofrío de un deseo inmenso con el poder de un amor sobrehumano. Euridice, viva, me hubiese dado la embriaguez de la dicha; Euridice, muerta, me hizo encontrar la Verdad. Por amor he revestido yo el hábito de lino, dedicándome a la grande iniciación y a la vida ascética; por amor he penetrado en la magia y buscado la ciencia divina; por amor he atravesado las cavernas de Samotracia, los pozos de las Pirámides y las tumbas de Egipto. He rebuscado en la muerte para encontrar la vida, y sobre la vida he visto los limbos, las almas, las esferas transparentes, el Éter de los Dioses. La tierra me ha abierto sus abismos, el cielo sus templos flameantes. He arrancado la ciencia, oculta bajo las momias. Los sacerdotes de Isis y de Osiris me han entregado sus secretos. Ellos sólo tenían aquellos Dioses; yo tenía a Eros. Por él he hablado, he cantado, he vencido. Por él he deletreado el verbo de Hermes y Zoroastro; por él he pronunciado el de Júpiter y Apolo”.

“Mas la hora ha llegado de confirmar mi misión por mi muerte. Otra vez me es preciso descender a los infiernos para subir de nuevo al cielo. Escucha, hijo querido: tú llevarás mi doctrina al templo de Delfos y mi ley al tribunal de los Anficiones. Dionisos es el sol de los iniciados; Apolo será la luz de la Grecia; los Anficiones los guardianes de su justicia”.

El hierofante y su discípulo habían llegado al fondo del valle. Ante ellos, un claro, grandes macizos de bosques sombríos, tiendas y hombres echados. Orfeo marchaba tranquilamente por medio de los Tracios dormidos y fatigados de una orgía nocturna. Un centinela que vela aún, le pidió su nombre.

— Soy un mensajero de Júpiter; llama a tus jefes — le respondió Orfeo.

“¡Un sacerdote del templo!...”. Este grito, lanzado por el centinela, se reparte como una señal de alarma en todo el campo. Se arman; se llaman; las espadas brillan; los jefes acuden asombrados y rodean al pontífice.

— ¿Quién eres?. ¿Qué vienes a hacer aquí?.

— Soy un enviado del templo. Vosotros todos, reyes, guerreros de Tracia, renunciad a luchar con los hijos de la luz y reconoced la divinidad de Júpiter y de Apolo. Los Dioses de las alturas os hablan por mi boca. Vengo como amigo si me escucháis; como juez si rehusáis oírme.

— Habla — dijeron los jefes.

En pie, bajo un gran olmo, Orfeo habló. Habló de los beneficios de los Dioses, del encanto de la luz celestial, de la vida pura que llevaba en la cima

con sus hermanos iniciados, bajo el ojo del Gran Uranos, y lo que quería comunicar a todos los hombres, prometiendo apaciguar las discordias, curar a los enfermos, mostrar las simientes que producen los mejores frutos de la tierra, y aquéllas aún más preciosas que producen los divinos frutos de la vida: la alegría, el amor, la belleza.

Y mientras así hablaba, su voz grave y dulce vibraba como las cuerdas de una lira, y penetraba más y más en el corazón de los Tracios sobresaltados. Del fondo de los bosques, las Bacantes curiosas, con sus antorchas en mano, habían llegado también, atraídas por la música de una voz humana. Apenas vestidas con la piel de panteras, vinieron a mostrar sus pechos morenos y sus talles soberbios. Al resplandor de las nocturnas antorchas, sus ojos brillaban de lujuria y de crueldad. Pero, calmadas poco a poco por la voz de Orfeo, se agruparon a su alrededor o se sentaron a sus pies como bestias feroces domadas. Unas, sobrecogidas de remordimiento, fijaban en tierra una sombría mirada; otras escuchaban como encantadas. Y los Tracios emocionados, murmuraban entre ellos: “Es un Dios el que habla; es el mismo Apolo que encanta a las Bacantes”.

Entre tanto, desde el fondo del bosque, Aglaonice espiaba. La gran sacerdotisa de Hécate, viendo a los Tracios inmóviles y a las Bacantes encadenadas por una magia más fuerte que la suma, sintió la victoria del cielo sobre el infierno, y su poder maldito hundirse en las nieblas, de donde había salido, bajo la palabra del divino seductor. Ella enrojeció, y lanzándose ante Orfeo con un esfuerzo violento, dijo:

— ¿Decís que es un Dios?. Y yo es digo que es Orfeo, un hombre como vosotros, un mago que os engaña, un tirano que se ciñe vuestras coronas. ¿Decís un Dios?. ¿El hijo de Apolo?. ¿Él?. ¿El sacerdote?. ¿El orgulloso pontífice?. ¡Lanzaos sobre él!. ¡Si es Dios, que se defienda..., y si yo miento, desgarradme en pedazos!.

Aglaonice venía seguida de algunos jefes excitados por sus maleficios e inflamados por su odio. Ellos se arrojaron sobre el hierofante. Orfeo lanzó un gran grito y cayó atravesado por sus espadas. Él tendió la mano a su discípulo, y dijo:

— ¡Yo muero; mas los Dioses viven!.

Luego, expiró. Inclinada sobre su cadáver, la maga de Tesalia, cuyo semblante se parecía ahora al de Tisífona, espiaba con salvaje alegría el último suspiro del profeta, y se preparaba a obtener un oráculo de su víctima. Más, a su grande espanto, aquella faz cadavérica se reanimó al resplandor flotante de la antorcha; una palidez rojiza se esparció por el semblante del muerto; sus

ojos se abrieron agrandados, y una mirada profunda, dulce y terrible, se fijó sobre ella..., mientras una voz extraña — la voz de Orfeo — se escapaba otra vez de aquellos labios temblorosos para pronunciar distintamente estas cuatro sílabas, melodiosas y vengadoras:

— ¡Eurídice!

Ante aquella mirada, ante aquella voz, la sacerdotisa espantada se hizo atrás, exclamando: “¡No ha muerto!. ¡Van a perseguirme!. ¡Para siempre!. ¡Orfeo..., Eurídice!...”. Diciendo estas palabras, Aglaonice desapareció como fustigada por cien Furias. Las Bacantes aterradas y los Tracios, sobrecogidos por el horror de su crimen, huyeron en la oscuridad, lanzando gritos de angustia.

El discípulo quedó solo al lado del cuerpo de su maestro. Cuando un rayo siniestro de Hécate iluminó el lino ensangrentado y la pálida faz del gran iniciador, le pareció que el valle, el río, las montañas y las selvas profundas gemían como una gran lira.

El cuerpo de Orfeo fue quemado por sus sacerdotes, y sus cenizas llevadas a un santuario lejano de Apolo, donde fueron veneradas como las de un Dios. Ninguno de los rebeldes osó subir al templo de Kaukaión. La tradición de Orfeo, su ciencia y sus misterios se perpetuaron allí, y se difundieron por todos los templos de Júpiter y Apolo. Los poetas griegos decían que Apolo estaba celoso de Orfeo, porque se invocaba a éste más frecuentemente. La verdad es que cuando los poetas cantaban a Apolo, los grandes iniciados invocaban el alma de Orfeo, salvador y profeta.

Más tarde, los Tracios convertidos a la religión de Orfeo, contaron que aquél había bajado a los infiernos para buscar allí el alma de su esposa, y que las Bacantes, celosas de su amor eterno, le habían despedazado; su cabeza fue lanzada al Ebro por sus ondas tempestuosas, llamaba aún: “¡Eurídice!. ¡Eurídice!”.

De este modo, los Tracios cantaron como profeta a quien habían matado como criminal, y que por su muerte hubo de convertirles. Así, el verbo órfico se infiltró misteriosamente en las venas de la Helenia por las vías secretas de los santuarios y de la iniciación. Los dioses se armonizaron a su voz como en el templo un coro de iniciados a los sonos de una lira invisible, y el alma de Orfeo se convirtió en el alma de Grecia.

LIBRO VI
PITÁGORAS
LOS MISTERIOS DE DELFOS

Conócete a ti mismo, y conocerás al
Universo y a los Dioses.

Inscripción del templo de Delfos.

El Ensueño, el Sueño y el Éxtasis son
las tres puertas abiertas al Más Allá, de donde
nos viene la ciencia del alma y el arte de la
adivinación.

La Evolución es la ley de la Vida.

El Número es la ley del Universo.

La Unidad es la ley de Dios.

I GRECIA EN EL SIGLO SEXTO

El alma de Orfeo había atravesado como un divino meteoro bajo el cielo tempestuoso de la naciente Grecia. Desaparecido él, las tinieblas la invadieron de nuevo. Después de una serie de revoluciones, los tiranos de la Tracia quemaron sus libros, derribaron sus templos, desterraron a sus discípulos. Los reyes griegos y muchas ciudades, más celosas de su licencia desenfrenada que de la justicia que fluye de las doctrinas puras, los imitaron. Se quiso borrar su recuerdo, destruir sus últimos vestigios, y de tal modo hicieron, que algunos siglos después de su muerte, una parte de la Grecia dudaba de su existencia. En vano los iniciados guardaron su tradición durante más de mil años; en vano Pitágoras y Platón hablaban de él como de un hombre divino; los sofistas y los retóricos sólo veían en él una leyenda sobre el origen de la música. En nuestros días, los sabios aun niegan resueltamente la existencia de Orfeo, apoyándose principalmente en que ni Homero ni Hesiodo han pronunciado su nombre. Pero el silencio de estos poetas se explica por el entredicho en que los gobiernos locales habían puesto su nombre. Los discípulos de Orfeo no perdonaban ocasión alguna de poner todos los poderes en la autoridad suprema del templo de Delfos, y no cesaban de repetir que era preciso someter todas las cuestiones entre los distintos estados de Grecia al arbitraje del consejo de los Anfictiones. Esto molestaba lo mismo a los demagogos que a los tiranos. Homero, que recibió probablemente del santuario de Tiro su iniciación, y cuya mitología es la traducción poética de la teología de Sankoniatón, Homero el Jónico pudo muy bien ignorar al dórico Orfeo, cuya tradición era tanto más secreta cuanto más perseguida. En cuanto a Hesiodo, nacido cerca del Parnaso, debió conocer su nombre y su doctrina por el santuario de Delfos; pero sus iniciadores le impusieron el silencio, y con razón.

Sin embargo, Orfeo vivía en su obra; vivía en sus discípulos y en aquellos mismos que le negaban. ¿Dónde está aquella obra?. ¿Dónde es preciso buscar aquella alma de vida?. ¿Será en la oligarquía militar y feroz de Esparta, donde la ciencia es despreciada, la ignorancia erigida en sistema, la brutalidad erigida como un complemento del valor?. ¿Será en aquellas implacables guerra de Mesenia, en que se vio a los Espartanos perseguir a un

pueblo vecino hasta exterminarlo, y aquellos Romanos de Grecia prelude la roca tarpeya y los laureles sangrientos del Capitolio, precipitando en un abismo a Aristómenes, defensor de su patria?. ¿Será en la democracia turbulenta de Atenas, siempre pronta a derivar hacia la tiranía?. ¿Será en la guardia pretoriana de Pisistrato, o en el puñal de Harmodio y de Aristogitón, oculto bajo una rama de mirto?. ¿Será en las numerosas ciudades de la Hélade, de la Gran Grecia y del Asia Menor, de que Atenas y Esparta ofrecen dos opuestos tipos?. ¿Será en que todas aquellas democracias y aquellas tiranías envidiosas, celosas y siempre prestas a luchar entre sí?. No: el alma de Grecia no está allí. Está en sus templos, en sus Misterios y en sus iniciados. Está en el santuario de Júpiter en Olimpia, de Juno en Argos, de Ceres en Eleusis; reina sobre Atenas con Minerva; irradia en Delfos con Apolo, que domina y penetra a todos los templos con su luz. Ese es el centro de la vida helénica, el cerebro y el corazón de Grecia. Allí van a instruirse los poetas que traducen a la multitud las verdades sublimes en imágenes vivas; los sabios que las propagan en dialéctica sutil. El espíritu de Orfeo circula por todas partes donde palpita la Grecia inmortal. Le volvemos a encontrar en las luchas de la poesía y de la gimnasia, en los juegos de Delfos y de Olimpia; instituciones felices que imaginaron los sucesores del maestro para relacionar y fundir a las doce tribus griegas. Le tocamos con el dedo en el tribunal de los Anficiones en aquella asamblea de los grandes iniciados, corte suprema y arbitral que se reunía en Delfos; gran poder de justicia y de concordia, en el que únicamente Grecia encontró su unidad en las horas de heroísmo y de abnegación. ***(El juramento anficiónico de los pueblos asociados da idea de la grandeza y de la fuerza social de esta institución: “Juramos nunca derribar las ciudades anficiónicas, nunca distraer los recursos preciosos a sus necesidades, sea en paz o en guerra. Si alguna potencia osa amenazarlas, marcharemos contra ella y destruiremos sus ciudades. Si los impíos roban las ofrendas del templo de Apolo, juramos emplear nuestros pies, nuestros brazos, nuestra voz, todas las fuerzas contra ellos y sus cómplices”).***

Sin embargo, aquella Grecia de Orfeo que tenía por intelecto una doctrina pura guardada en los templos; por alma una religión plástica, y por cuerpo un alto tribunal de justicia centralizado en Delfos, aquella Grecia comenzaba a decaer ya en el siglo séptimo. Las órdenes de Delfos no eran ya respetadas; se violaban los territorios sagrados. Era porque la raza de los grandes inspirados había desaparecido. El nivel intelectual y moral de los templos había bajado. Los sacerdotes se vendían a los poderes políticoss; los Misterios mismos comenzaron desde entonces a corromperse El aspecto general de

Grecia había cambiado. A la antigua majestad sacerdotal y agrícola, sucedía la tiranía pura y simple, o la democracia anárquica. Los templos eran ya impotentes para prevenir la disolución amenazadora. Había necesidad de una nueva ayuda. Una vulgarización de las doctrinas esotéricas se había hecho precisa. Para que el pensamiento de Orfeo pudiese vivir y florecer en todo su esplendor, se necesitaba que la ciencia de los templos pasase a las órdenes laicas. Se deslizó ella, pues, bajo diversos disfraces en la corporación de los legisladores civiles, en las escuelas de los poetas, bajo los pórticos de los filósofos. Éstos sintieron, en sus enseñanzas, la misma necesidad que Orfeo había reconocido para la religión: la de dos doctrinas, una pública, otra secreta, que exponían la misma Verdad, en una medida y bajo formas diferentes, apropiadas al desarrollo de sus discípulos. Esta evolución dio a Grecia sus tres grandes siglos de creación artística y de esplendor intelectual. Ella permitió al pensamiento órfico, que es a la vez la impulsión primera y la síntesis ideal de la Grecia, concentrar toda su luz e irradiarla sobre el mundo entero, antes que su edificio político, minado por las disensiones intestinas, se derrumbase bajo los golpes de Macedonia, para hundirse totalmente bajo la mano de hierro de Roma.

La evolución de que hablamos tuvo muchos artífices. Ella suscitó físicos como Thales, legisladores como Solón, poetas como Píndaro, héroes como Epaminondas; pero tuvo un jefe renocido, un iniciado de primer orden, una inteligencia soberana, creadora y ordenatriz. Pitágoras es el maestro de la Grecia laica como Orfeo lo es de la Grecia sacerdotal. Él tradujo, continuó el pensamiento religioso de su predecesor y lo aplicó a los nuevos tiempos. Pero su traducción es una creación. Porque él coordina las inspiraciones órficas en un sistema completo; él da la prueba científica en su enseñanza y la prueba moral en su instituto de educación, en la orden pitagórica que le sobrevive.

Aunque Pitágoras aparezca bajo el pleno día de la historia, Pitágoras es un personaje casi legendario. La razón principal de ello está en la persecución encarnizada de que fue víctima en Sicilia y que costó la vida a tantos pitagóricos. Unos perecieron aplastados bajo los restos de su escuela incendiada, otros murieron de hambre en un templo. El recuerdo y la doctrina del maestro sólo se perpetuaron por los supervivientes que pudieron huir a Grecia. Platón, con gran trabajo y a gran precio, se procuró por medio de Archytas un manuscrito del maestro, que, por otra parte, nunca escribió su doctrina de otro modo que por medio de signos secretos y bajo forma simbólica. Su acción verdadera, como la de todos los reformadores, se ejercía por la enseñanza oral. Pero la esencia del sistema subsiste en los *Versos*

dorados de Lysis, en el comentario de Hierocles, en los fragmentos de Filolaus y de Archytas, así como en el *Timeo* de Platón que contiene la cosmogonía de Pitágoras. Los escritores de la antigüedad, en fin, están llenos del filósofo de Crotona. Ellos no escasean en anécdotas que pintan su sabiduría, su belleza y su poder maravilloso sobre los hombres. Los neoplatónicos de Alejandría, los Gnósticos y hasta los primeros Padres de la Iglesia le citan como una autoridad. Preciosos testimonios, donde siempre vibra la onda poderosa de entusiasmo que la gran personalidad de Pitágoras supo comunicar a Grecia y cuyos últimos remolinos son aún sensibles ocho siglos después de su muerte.

Vista en conjunto, abierta con las claves del esoterismo comparado, su doctrina presenta un magnífico todo, una síntesis solidaria cuyas partes están ligadas por una concepción fundamental. En él encontramos una reproducción razonada de la doctrina esotérica de la India y Egipto, a la que dio la claridad y sencillez helénica, uniendo a ellas un sentimiento más enérgico, una idea más neta de la libertad humana.

En la misma época y en diversos puntos del globo, grandes reformadores vulgarizaban análogas doctrinas. Lao-Tsé salía en China del esoterismo de Fo-Hi; el último Buddha Shakia-Muní predicaba en las orillas del Ganges; en Italia el sacerdocio etrusco enviaba a Roma un iniciado provisto de libros sibilinos, el rey Numa, que intentó refrenar por medio de sabias instituciones la ambición amenazadora del Senado romano. Y no es por pura casualidad por lo que estos reformadores aparecen al mismo tiempo en pueblos tan diversos. Sus misiones diferentes concurren a un objetivo común. Ellas prueban que en ciertas épocas una misma corriente espiritual atraviesa misteriosamente por toda la Humanidad. ¿De dónde viene?. De ese mundo divino que está fuera de nuestra vista, pero del cual los genios y los profetas son enviados y testigos.

Pitágoras atravesó el mundo antiguo antes de predicar a Grecia. Vio el África y el Asia, Memphis y Babilonia, su política y su iniciación. Su vida tempestuosa semeja a un barco lanzado en plena borrasca; velas desplegadas, persigue su fin sin desviarse del camino, imagen de la calma y de la fuerza en medio de los elementos desencadenados. Su doctrina da la sensación de una noche fresca que sucediera a los fuegos agudos de una jornada sangrienta. Ella hace pensar en la belleza del firmamento que desarrolla poco a poco sus archipiélagos chispeantes y sus armonías etéreas sobre la cabeza del vidente.

Tratemos de hacer destacar una y otra de las oscuridades de la leyenda y de los prejuicios de escuela.

II LOS AÑOS DE VIAJE SAMOS – MEMFIS – BABILONIA

Samos era al comienzo del siglo VI antes de nuestra era, una de las islas más florecientes de la Jonia. La rada de su puerto se abría enfrente de las montañas violáceas de la muelle Asia Menor, de donde venían todos los lujos y todas las seducciones. En una ancha bahía se extendía la ciudad sobre la orilla verdeante y se presentaba en anfiteatro sobre la montaña, al pie de un promontorio coronado por el templo de Neptuno. Las columnatas de un templo magnífico la dominaban. Allí reinaba el tirano Policrato. Después de haber privado a Samos de sus libertades, le había dado el lustre de las artes y de un esplendor asiático. Las hetairas de Lesbos, llamadas por él, se habían establecido en un palacio vecino al suyo y convidaban a los jóvenes a fiestas, donde les enseñaban las más refinadas voluptuosidades sazonadas con música, danzas y festines. Anacreonte, llamado a Samos por Policrato, fue traído en un trirreme con velas de púrpura, mástiles dorados, y el poeta, con una copa de plata cincelada en la mano, hizo oír ante aquella alta corte del placer, sus acariciantes odas, perfumadas como una lluvia de rosas. La suerte de Policrato era proverbial en toda Grecia. Tenía por amigo al faraón Amasis que le advirtió varias veces que desconfiara de una felicidad tan continuada y sobre todo que no se alabase de ella. Policrato respondió al consejo del monarca egipcio lanzando su anillo al mar: “Hago este sacrificio a los Dioses”, dijo. Al siguiente día, un pescador trajo al tirano el precioso anillo que había encontrado en el vientre de un pescado. Cuando el faraón lo supo, declaró que rompía su amistad con Policrato, porque una suerte tan insolente le atraería la venganza de los Dioses. Sea lo que fuera de la anécdota, el fin de Policrato fue trágico. Uno de sus sátrapas le atrajo a una provincia vecina, le hizo expirar en medio de tormentos y ordenó que atasen su cuerpo a una cruz sobre el monte Mycale. De este modo los habitantes de Samos pudieron ver en una sangrienta puesta de sol el cadáver de su tirano crucificado sobre un promontorio, frente a la isla donde había reinado en la gloria y los placeres.

Más volvamos al principio del reinado de Policrato. Una clara noche, un joven estaba sentado en una selva de agnus cactus de relucientes hojas, no

lejos del templo de Juno; la luna llena bañaba la fachada dórica y hacía resaltar su mística majestad. Hacía tiempo que un rollo de papiros, que contenía un canto de Homero, había caído a sus pies. Su meditación comenzada en el crepúsculo duraba aún y se prolongaba en el silencio de la noche. Ya hacía mucho que el sol se había puesto; pero su disco flamígero flotaba aún ante la mirada del joven soñador, en una presencia irreal. Porque su pensamiento erraba lejos del mundo visible.

Pitágoras era el hijo de un rico comerciante de sortijas de Samos y de una mujer llamada Parthenis. La Pitonisa de Delfos, consultada en un viaje por los jóvenes esposos, les había prometido: “Un hijo que sería útil a todos los hombres, en todos los tiempos”, y el oráculo había enviado los esposos a Sidón, en Fenicia, a fin de que el hijo predestinado fuese concebido, moldeado y dado a luz, lejos de las perturbadoras influencias de su patria. Antes que naciera, el maravilloso niño había sido dedicado con fervor, por sus padres, a la luz de Apolo, en la luna del amor. El niño nació; cuando tuvo un año de edad, su madre, siguiendo un consejo dado de antemano por los sacerdotes de Delfos, le llevó al templo de Adonai, en un valle del Líbano. Allí el gran sacerdote le había bendecido. Luego, su familia le llevó a Samos. El hijo de Parthenis era muy hermoso, dulce, moderado, lleno de justicia. Sólo la pasión intelectual brillaba en sus ojos y daba a sus actos una energía secreta. Lejos de contrariarle, sus padres habían animado su inclinación precoz por el estudio de la sabiduría. Había podido conferenciar con los sacerdotes de Samos y con los sabios que comenzaban a formar en Jonia escuela donde enseñaban los principios de la Física. A los dieciocho años, había seguido las lecciones de Hermodamas de Samos; a los veinte, las de Pherecide, en Syros; también había conferenciado con Thales y Anaximandro en Mileto. Esos maestros le habían abierto nuevos horizontes, más ninguno le había satisfecho. Entre sus contradictorias enseñanzas buscaba interiormente el lazo, la síntesis, la unidad del gran Todo. Ahora, el hijo de Parthenis había llegado a una de esas crisis en que el espíritu, sobreexcitado por la contradicción de las cosas, concentra en un esfuerzo supremo todas las facultades para entrever el final, para encontrar el camino que conduce al Sol de la Verdad, al centro de la Vida.

En aquella noche cálida y espléndida, el hijo de Parthenis miraba alternativamente la tierra, el templo y el cielo estrellado. Deméter, la tierra madre, la Naturaleza, en que quería penetrar, estaba allí bajo él. Respiraba sus potentes emanaciones, sentía la atracción invencible que a su seno le encadenaba, a él, átomo pesado, como una parte inseparable de ella misma. Aquellos a quienes había consultado, le habían dicho: “De ella todo sale. Nada

viene de nada. El alma viene del agua o del fuego, o de los dos. Sutil emanación de los elementos, no se escapa de ellos más que para penetrarlos de nuevo. La Naturaleza eterna es ciega e inflexible. Resígnate a su ley fatal. Tu único mérito será el de conocerla y someterte a ella”.

Luego miraba al firmamento y a las letras de fuego que forman las constelaciones en la profundidad insondable del espacio. Aquellas letras debían tener un sentido. Porque, si lo infinitamente pequeño de los átomos tiene su razón de ser, ¿Cómo lo infinitamente grande, la dispersión de los astros, cuya agrupación representa el cuerpo del Universo, no lo tendría?. ¡Ah!, sí: cada uno de aquellos mundos tiene su ley propia, y todos en conjunto se mueven por un Número y en una armonía suprema. Pero, ¿Quién descifrará jamás el alfabeto de las estrellas?. Los sacerdotes de Juno le habían dicho: “Es el Cielo de los Dioses, que fue antes que la tierra. Tu alma de él viene. Ora ante ellos, para que ascienda de nuevo”.

Esa meditación fue interrumpida por cánticos voluptuosos que salían de un jardín, a las orillas del Imbrusus. Las voces lascivas de las Lesbianas se armonizaban lánguidamente a los sonos de la cítara; los jóvenes respondían a ellos con aires báquicos. A aquellas voces se mezclaron de repente otros gritos agudos y lúgubres salidos del puerto. Eran rebeldes que Policrato hacía cargar en una barca para venderlos en Asia como esclavos. Les golpeaban con correas armadas de clavo, para amontonarlos bajo los puentes de los remeros. Sus alaridos y sus blasfemias se perdieron en la noche; luego, todo entró en silencio.

El joven tuvo un estremecimiento doloroso, pero lo reprimió para recogerse en sí mismo. El problema estaba ante él, más punzante, más agudo. La Tierra decía: *¡Fatalidad!*; el Cielo decía: *¡Providencia!*, y la Humanidad, que entre ambos flota, respondía: *¡Locura!*, *¡Dolor!*, *¡Esclavitud!*. Más, en el fondo de sí mismo, el futuro adepto oía una voz invencible que respondía a las cadenas de la tierra y a los resplandores del cielo con este grito: *¡Libertad!*. ¿Quién tenía, pues, razón: los sabios, los sacerdotes, los locos, los desgraciados, o él mismo?. Todas aquellas voces decían verdad, cada una triunfaba en su esfera; pero ninguna le revelaba su razón de ser. Los tres mundo existían inmutables como el seno de Demeter, como la luz de los astros y como el corazón humano; pero sólo quien supiera encontrar su acuerdo y la ley de su equilibrio sería un verdadero sabio; sólo aquel que poseyera la ciencia divina y pudiera ayudar a los hombres. ¡En la síntesis de los tres mundos estaba el secreto del *Kosmos!*.

Pronunciando esta palabra que acaba de encontrar, Pitágoras se levantó.

Su vista fascinada se fijó en la fachada dórica del templo. El severo edificio parecía transfigurado bajo los castos rayos de Diana. En él creyó ver la imagen ideal del mundo y la solución del problema que buscaba. Porque la base, las columnas, el arquitrabe y el frontón triangular le representaban repentinamente la triple naturaleza del hombre y del Universo, del microcosmos y del macrocosmos coronados por la unidad divina, que en sí misma es una trinidad. El Cosmos, dominado y penetrado por Dios, formaba:

*La Tétrada sagrada, inmenso y puro símbolo,
Fuente de la Natura, modelo de los dioses.
(Versos dorados de Pitágoras, traducidos por Fabre d'Olivet).*

Sí; estaba allí, oculta en aquellas líneas geométricas, la clave del Universo, la ciencia de los números, la ley ternaria que rige la constitución de los seres, la del septenario que preside a su evolución. Y en una visión gradiosa, Pitágoras vio los mundos moverse según el ritmo y la armonía de los números sagrados. Vio el equilibrio de la tierra y del cielo, cuyo fiel de balanza representa la libertad humana; los tres mundos: natural, humano y divino, sosteniéndose, determinándose uno a otro y jugando el drama universal por un doble movimiento descendente y ascendente. Él adivinó las esferas del mundo invisible, envolviendo lo visible y animándolo sin cesar; él concibió la depuración y liberación del hombre, desde esta tierra, por la triple iniciación. Él vio todo esto: su vida y su obra en una iluminación instantánea y clara, con la certidumbre irrefragable del espíritu que se siente frente a la Verdad. Fue un relámpago. Ahora se trataba de probar por la Razón lo que su pura Inteligencia había penetrado en lo Absoluto; y para ello se precisaba una vida de hombre, un trabajo de Hércules.

Más ¿Dónde encontrar la ciencia necesaria para llevar a cabo tal labor?. Ni los cantos de Homero, ni los sabios de Jonia, ni los templos de Grecia podían bastar.

El espíritu de Pitágoras, que repentinamente había encontrado alas, se sumergió en su pasado, en su nacimiento rodeado de velos y en el misterioso amor de su madre. Un recuerdo de infancia le chocó, con una precisión incisiva. Recordó que su madre le había llevado a la edad de un año a un valle del Líbano, al templo de Adonai. Se volvió a ver como cuando era niño, abrazado al cuello de Parthenis, en medio de montañas colosales, de selvas enormes, donde un río caía en catarata. Ella estaba en pie, sobre una terraza sombreada por grandes cedros. Ante ella un sacerdote majestuoso, de blanca

barba, sonreía a la madre y al niño, diciendo palabras que él no comprendía. Su madre le había recordado con frecuencia las palabras extrañas del hierofante de Adonai: “¡Oh mujer de Jonia!, tu hijo será grande por la sabiduría; pero acuérdate de que si los Griegos poseen aún la **ciencia de los Dioses**; la ciencia de **Dios** no se encuentra más que en Egipto”. Aquellas palabras le volvían a la mente con la sonrisa materna, con el hermoso rostro del anciano y el estruendo lejano de la catarata, dominado por la voz del sacerdote, en un paisaje grandioso como el sueño de otra vida. Por vez primera, adivinaba el sentido del oráculo. Había oído hablar del saber prodigioso de los sacerdotes egipcios y de sus misterios formidables; pero creía poder hacer de ellos caso omiso. Ahora había comprendido que le era precisa aquella “ciencia de Dios” para penetrar hasta el fondo de la Naturaleza, y que no la encontraría más que en los templos de Egipto. ¡Y era la dulce Parthenis quien, con su instinto de madre, le había preparado para aquella obra, le había llevado como una viviente Ofrenda al Dios soberano!

Desde entonces tomó la resolución de ir a Egipto para hacerse iniciar.

Policrato se ufana de proteger a los filósofos así como a los poetas. El se apresuró a dar a Pitágoras una carta de recomendación para el faraón Amasis, que le presentó a los sacerdotes de Memphis. Estos; sólo a duras penas le recibieron y después de muchas dificultades. Los sabios egipcios desconfiaban de los Griegos a quienes juzgaban ligeros e inconstantes, e hicieron todo lo posible por descorazonar al joven Samiano. Pero el novicio se sometió con una paciencia y un valor inquebrantables a las lentitudes y a las pruebas que le impusieron. Sabía de antemano que sólo llegaría al conocimiento por el pleno dominio de la voluntad sobre todo su ser. Su iniciación durante veintidós años bajo el pontificado del sumo sacerdote Sonchis. Hemos contado en el libro de Hermes, las pruebas, las tentaciones, los espantos y los éxtasis del iniciado de Isis, hasta la muerte aparente y cataléptica del adepto y su resurrección en la luz de Osiris. Pitágoras atravesó por todas esas fases que permitían realizar, no como una vana teoría, sino como una cosa vívida, la doctrina del Verbo Luz o de la Palabra universal y la de la evolución humana a través de siete ciclos planetarios. A cada paso de aquella pertinosa ascensión, las pruebas se renovaban más y más terribles. Cien veces se arriesgaba la vida, sobre todo si se quería llegar al manejo de las fuerzas ocultas, a la peligrosa práctica de la magia y de la teurgia.

Como todos los grandes hombres, Pitágoras tenía fe en su estrella. Nada de lo que podía conducir a la ciencia era obstáculo para él y el temor a la muerte no le detenía, porque veía la vida en un más allá. Cuando los sacerdotes egipcios

reconocieron en él una fuerza de alma extraordinaria y esa pasión impersonal de la sabiduría que es la cosa más rara del mundo, le abrieron los tesoros de su experiencia. Entre ellos se formó y se templó. Allí pudo profundizar las matemáticas sagradas, la ciencia de los números o de los principios universales, que fue el centro de su sistema que formuló de una manera nueva. La severidad de la disciplina egipcia en los templos le hizo, por otra parte, conocer el poder prodigioso de la voluntad humana, sabiamente ejercitada y fortificada, sus aplicaciones infinitas tanto al cuerpo como al alma. “La ciencia de los números y el arte de la voluntad son las dos claves de la magia — decían los sacerdotes de Memfis —; ellas abren todas las puertas del universo”. Fue, pues, en Egipto donde Pitágoras adquirió esa vista de las alturas, que permite ver las esferas de la vida y las ciencias en un orden concéntrico, comprender la *involución* del espíritu en la materia por la creación universal, y su *evolución* o vuelo hacia la unidad por esta creación individual que se llama el desarrollo de una conciencia.

Pitágoras había llegado a cumbre del sacerdocio egipcio y pensaba quizá en volver a Grecia, cuando la guerra estalló sobre la cuenca del Nilo con todos sus horrores, arrastrando al iniciado de Osiris en un nuevo torbellino. Hacía largo tiempo que los déspotas del Asia meditaban la pérdida de Egipto. Sus asaltos repetidos durante siglos habían fracasado ante la energía de los faraones. Pero el inmemorial reino, asilo de la ciencia de Hermes, no podía durar eternamente. El hijo del vencedor de Babilonia, Cambises, se lanzó sobre Egipto con sus ejércitos innumerables y hambrientos como nubes de langosta, y puso fin a la institución del faraonado, cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos. A los ojos de los sabios era una catástrofe para el mundo entero. Hasta entonces, Egipto había cubierto a Europa contra el Asia. Su influencia protectora se extendía aún sobre toda la cuenca del Mediterráneo por los templos de Fenicia, de Grecia y de Etruria, con los cuales el alto sacerdocio egipcio estaba en constante relación. Una vez derribada aquella muralla, el Toro iba a lanzarse, con la cabeza baja, sobre las orillas de la Helenia. Pitágoras vio, pues, a Cambises invadir Egipto. Pudo ver al déspota persa, digno heredero de los malvados reyes de Ninive y Babilonia, saquear los templos de Memfis y de Tebas y destruir el de Hammón. Pudo ver al farón Psammético conducido ante Cambises, cargado de cadenas, colocado sobre un montículo alrededor del cual hicieron colocar a los sacerdotes, a las principales familias y a la corte del rey. Pudo ver a la hija del Faraón vestida de harapos y seguida por todas sus damas de honor igualmente disfrazadas; al príncipe real y dos mil jóvenes con la mordaza en la boca y el ronzal al cuello

antes de ser decapitados; al faraón Psammético conteniendo sus sollozos ante aquella horrible escena, y al infame Cambises, sentado en su trono, regocijándose del dolor de su adversario vencido. Cruel, aunque instructiva lección de la historia, después de las lecciones de la ciencia. ¡Qué imagen de la naturaleza animal desencadenada en el hombre, produciendo un tal monstruo del despotismo que pisotea todo e impone a la humanidad el reino del más implacable destino por su repugnante apoteosis!

Cambises hizo transportar a Pitágoras a Babilonia con una parte del sacerdocio egipcio, y le internó en aquel país. (*Jámblico cuenta este hecho en su Vida de Pitágoras*). Aquella ciudad colocal, que Aristóteles compara a un país rodeado de murallas, ofrecía entonces un inmenso campo de observación. La antigua Babel, la gran prostituta de los profetas hebreos, era más que nunca, después de la conquista persa, un pandemonium de pueblo, de lenguas, de cultos y de religiones, en medio de los cuales el despotismo asiático eleva su torre vertiginosa. Según las tradiciones persas, su fundación remontaba a la legendaria Semíramis. Ella fue, se decía, quien había construido su monstruoso recinto de ochenta y cinco kilómetros de perímetro: el Imgum Bel, sus murallas donde dos carros podían correr de frente, sus terrazas superpuestas, sus palacios macizos con relieves policromos, sus templos soportados por elefantes de piedra y rematados por dragones multicolores. Allí se había sucedido la serie de los déspotas que habían tiranizado la Caldea, la Asiria, Persia, una parte de Tartaria, la Judea, la Siria y el Asia Menor. Allí fue donde Nebukadnetzar, el asesino de los magos, había llevado cautivo al pueblo judío, que continuaba practicando su culto en un rincón de la inmensa ciudad en que Londres hubiera cabido cuatro veces. Los judíos habían dado al gran rey un ministro poderoso en la persona del profeta Daniel. Con Baltasar, hijo de Nebukadnetzar, los muros de la vieja Babel se habían derrumbado al fin, bajo los golpes vengadores de Ciro; y Babilonia pasó durante varios siglos bajo la dominación persa. Por esta serie de acontecimientos anteriores al momento en que Pitágoras llegó, tres religiones diferentes se codean en el alto sacerdocio de Babilonia: los antiguos ascerdotes Caldeos, los supervivientes del magismo persa y la flor de la cautividad judía. Lo que prueba que estos diversos sacerdocios se entendían entre sí por el lado esotérico, es precisamente el papel de Daniel, quien, continuando en su afirmación del Dios de Moisés, fue primer ministro bajo Nebukadnetzar, Baltasar y Ciro.

Pitágoras debió ensanchar su horizonte ya tan vasto al estudiar aquellas doctrinas, aquellas religiones y aquellos cultos, cuya síntesis conservaban aún algunos iniciados. Pudo profundizar en Babilonia los conocimientos de los

magos, herederos de Zoroastro. Si los sacerdotes egipcios poseían solos las claves universales de las ciencias sagradas, los magos persas tenían la reputación de haber ido más lejos en la práctica de ciertas artes. Ellos se atribuían el manejo de esos poderes ocultos de la naturaleza que se llaman el fuego pantomorfo y la luz astral. En sus templos, se decía, se originaban las nieblas en plena luz, las lámparas se encendían por sí mismas, se veía irradiar a los Dioses y se oía retumbar el trueno. Los magos llamaban león celeste a aquel fuego incorpóreo, agente generador de la electricidad, que sabían condensar o disipar a placer, y serpientes a las corrientes eléctricas de la atmósfera, magnéticas de la tierra, que pretendían dirigir como flechas sobre los hombres. Ellos habían también hecho un estudio especial del poder sugestivo, atractivo y creador del verbo humano. Empleaban para la evocación de los espíritus formularios graduados y tomados de los más viejos idiomas de la tierra. He aquí la razón que de ello daban: “No cambies nada a los nombres bárbaros de la evocación, porque ellos son los nombres panteísticos de Dios; ellos están imanados por las adoraciones de una multitud y su poder es inefable”. (*Oráculos de Zoroastro recogidos en la teurgia de Proclo*). Estas evocaciones practicadas en medio de las purificaciones y de las oraciones eran, a propiamente hablar, lo que más tarde se llamó magia blanca.

Pitágoras penetró, pues, en Babilonia en los arcanos de la antigua magia. Al mismo tiempo, en aquel antro del despotismo, vio otro espectáculo: sobre los restos de las ruinosas religiones del Oriente, por encima de su sacerdocio degenerado y pobre, un grupo de intrépidos iniciados, unidos en apretado haz, defendían su ciencia, su fe y, tanto como podían, la justicia. En pie frente a los déspotas, como Daniel en el foso de los leones, siempre en peligro de ser devorados, fascinaban y domaban a la bestia feroz del poder absoluto por su poder intelectual, y le disputaban el terreno palmo a palmo.

Después de su iniciación egipcia y caldea, el hijo de Samos sabía mucho más que sus maestros de física y que cualquier otro griego de su tiempo, sacerdote o laico. Conocía los principios eternos del universo y sus aplicaciones. La naturaleza le había abierto sus abismos; los velos groseros de la materia se habían desgarrado a sus ojos para mostrarle las esferas maravillosas de la natura y de la humanidad espiritualizada. En el templo de Neith-Isis en Memfis, en el de Bel de Babilonia había aprendido muchos secretos sobre el pasado de las religiones, sobre la historia de los continentes y de las razas. Había podido comparar las ventajas e inconvenientes del monoteísmo judío, del politeísmo griego, del trinitarismo indio y del dualismo persa. Sabía que todas esas religiones eran rayos de una misma verdad,

tamizados por diversos grados de inteligencia y para diferentes estados sociales. Tenía la clave, es decir, la síntesis de todas esas doctrinas, en la ciencia esotérica. Su mirada abarcaba el pasado y, sumergiéndose en el porvenir, debía juzgar el presente con lucidez singular. Su experiencia le mostraba a la humanidad amenazada por los más grandes azotes, por la ignorancia de los sacerdotes, el materialismo de los sabios y la indisciplina de las democracias. En medio del relajamiento universal, veía engrandecerse el despotismo asiático; y de aquella nube negra un ciclón formidable iba a lanzarse sobre la indefensa Europa.

Era pues tiempo de volver a Grecia, de cumplir su misión, de comenzar su obra.

Pitágoras había estado internado en Babilonia durante doce años. Para salir de allí era preciso una orden del rey de los Persas. Un compatriota, Demócedes, el médico del rey, intercedió en su favor y obtuvo la libertad del filósofo. Pitágoras volvió pues a Samos, después de treinta y cuatro años de ausencia, encontrando a su patria aplastada bajo un sátrapa del gran rey. Escuelas y templos estaban cerrados; poetas y sabios habían huído como una bandada de golondrinas, ante el cesarismo persa. Al menos tuvo el consuelo de recoger el último suspiro de su primer maestro Hermodamas, y de encontrar a su madre Parthenis, la única que no había dudado de su vuelta. Porque todo el mundo había creído en la muerte del hijo aventurero del joyero de Samos. Pero ella nunca había dudado del oráculo de Apolo. Ella comprendía que bajo sus vestiduras blancas de sacerdote egipcio, su hijo se preparaba para una alta misión. Ella sabía que del templo de Neith-Isis saldría el maestro bienhechor, el profeta luminoso con que había soñado en el sagrado bosque de Delfos, y que el hierofante de Adonai le había prometido bajo los cedros del Líbano.

Y ahora, una barca ligera llevaba, sobre las ondas azuladas de las Cíclades, a aquella madre y a aquel hijo hacia un nuevo destierro. Huían con todo su haber de Samos, oprimido y perdido. Se hacían a la vela para la Grecia. No eran las coronas olímpicas ni los laureles del poeta lo que tentaba al hijo de Parthenis. Su obra era más misteriosa y más grande: despertar el alma dormida de los dioses en los santuarios; devolver su fuerza y su prestigio al templo de Apolo; y luego, fundar en alguna parte una escuela de ciencia y de vida, de donde salieran, no políticos y sofistas, sino hombres y mujeres iniciados, madres verdaderas y héroes puros.

III

EL TEMPLO DE DELFOS - LA CIENCIA APOLINEA TEORÍA DE LA ADIVINACIÓN - LA PITONISA TEOCLEA

De la llanura de Fócida se subía a las alegres praderas que bordean las orillas de Plistios y el viajero después se introducía entre altas montañas en un valle tortuoso, que a cada paso se volvía más estrecho; el país, más grandioso y más desolado. Se alcanzaba al fin un circo de montañas abruptas coronadas por picachos salvajes, verdadero embudo de electricidad, cubierto por frecuentes tempestades. Bruscamente, en el fondo de la garganta sombría, aparecía la ciudad de Delfos como un nido de águilas, sobre su roca rodeada de precipicios y dominada por las dos cimas del Parnaso. Desde lejos se veían chispear las Victorias y los caballos de bronce, las innumerables estatuas de oro escalonadas sobre la vía sacra y alineadas como una guarida de héroes y de Dioses alrededor del templo dórico de Phoibos Apolo.

Era el lugar más santo de Grecia. Allí profetizaba la Pitonisa; allí se reunían los Anfictions; allí todos los pueblos helénicos habían elevado alrededor del santuario capillas que contenían tesoros de ofrendas. Allí, teorías de hombres, de mujeres y de niños, llegadas de lejos, subían la vía sacra para saludar al Dios de la Luz. La religión había consagrado Delfos desde tiempo inmemorial a la veneración de los pueblos. Su situación central en Grecia, su peñasco al abrigo de los golpes de mano y fácil de defender, habían contribuido a ello. El lugar era propio para excitar la imaginación: una particularidad le dio su prestigio. En una caverna detrás del templo, se abría una grieta de donde salían vapores fríos que provocaban, a lo que se decía, la inspiración y el éxtasis. Plutarco cuenta que en tiempos muy remotos, un pastor que se había sentado al borde de aquella grieta, se puso a profetizar. Al pronto le creyeron loco; pero habiéndose realizado sus predicciones, se prestó atención al hecho. Los sacerdotes se apoderaron de ello y consagraron el lugar a la divinidad. De ahí la institución de la Pitonisa, que se sentaba sobre la grieta, en un trípode. Los vapores que salían del abismo le producían convulsiones, crisis extrañas, y provocaban en ella esa segunda vista que se comprueba en los casos notables de sonambulismo. Esquilo, cuyas

afirmaciones tienen peso, puesto que era hijo de un sacerdote de Eleusis e iniciado, Esquilo nos dice en *Las Euménides* por boca de la Pitonisa, que Delfos había sido al principio consagrado a la Tierra, después a Temis (la Justicia), luego a Febea (la luna mediadora), y por fin a Apolo, el Dios solar. Cada uno de estos nombres representa en el simbolismo de los templos, largos períodos, y abarca siglos. Pero la celebridad de Delfos data de Apolo. “Júpiter — decían los poetas —, queriendo conocer el centro de la tierra, hizo partir dos águilas del Levante y del Poniente. Ellas se encontraron en Delfos”. ¿De dónde viene ese prestigio, esa autoridad universal e incontestada que hizo de Apolo el Dios griego por excelencia, y hace que haya guardado para nosotros mismos una radiación inexplicable?

La historia nada nos dice sobre este punto importante. Interrogad a los oradores, a los poetas, a los filósofos, y no os darán más que superficiales explicaciones. La verdadera respuesta a esta cuestión quedó en el fondo del templo. Tratemos de penetrar en él.

En el pensamiento órfico, Dionisos y Apolo eran dos revelaciones diversas de la misma divinidad. Dionisos representaba la verdad esotérica, el fondo y el interior de las cosas, abierto a los únicos iniciados. Él contenía los misterios de la vida, las existencias pasadas y futuras, las relaciones del alma y del cuerpo, del cielo y de la tierra. Apolo personificaba la misma verdad aplicada a la vida terrestre y al orden social. Inspirador de la poesía, de la medicina y de las leyes, él era la ciencia por la adivinación; la belleza por el arte; la paz de los pueblos por la justicia, y la armonía del cuerpo y del alma por la purificación. En una palabra: para el iniciado, Dionisos no significaba nada menos que el espíritu divino en evolución en el Universo, y Apolo su manifestación en el hombre terrestre. Los sacerdotes habían hecho comprender esto al pueblo por medio de una leyenda. Ellos le habían dicho que en tiempo de Orfeo, Baco y Apolo se habían disputado el trípode de Delfos. Baco lo había cedido de buen grado a su hermano y se había retirado a una de las cimas del Parnaso, donde las mujeres Tebanas celebraban sus misterios. En realidad, los dos grandes hijos de Júpiter se repartían el imperio del mundo. Uno reinaba sobre el misterioso más allá; otro sobre los vivos.

Volvemos, pues, a encontrar en Apolo el Verbo solar, la Palabra Universal, el Gran Mediador, el Vishnú de los Indos, el Mithras de los Persas, el Horus de los Egipcios. Pero las viejas ideas del esoterismo asiático revistieron en la leyenda de Apolo una belleza plástica, un esplendor incisivo, que las hizo penetrar más profundamente en la conciencia humana, como las flechas del Dios: “serpientes de alas blancas, que saltan de su arco de oro”,

dice Esquilo.

Apolo brotó de la gran noche en Delfos: todas las diosas saludan su nacimiento; él marcha; coge el arco y la lira; sus bucles flotan al aire; su carcaj resuena en sus hombros, y el mar palpita de él, y toda la isla resplandece de él en un baño de llama y oro. Es la epifanía de la luz divina, que por su augusta presencia crea el orden, el esplendor y la armonía, de los que la poesía es un eco maravilloso. El Dios va a Delfos y traspasa con sus flechas a una monstruosa serpiente que desolaba la comarca; sana el país y funda un templo, imagen de la victoria de esta luz divina sobre las tinieblas y el mal. En las religiones antiguas, la serpiente simboliza a la vez el círculo fatal de la vida y el mal que de ello resulta. Y sin embargo, de esta vida comprendida y dominada sale el conocimiento. Apolo, matador de la serpiente, es el símbolo del iniciado que traspasa la naturaleza por la ciencia, la domina por su voluntad, y rompiendo el círculo fatídico de la carne, sube en el esplendor del espíritu, mientras que los trozos quebrados de la animalidad humana se retuercen en la arena. He ahí por qué Apolo es el maestro de las expiaciones, de las purificaciones del alma y del cuerpo. Salpicado por la sangre del monstruo, ha expiado, se ha purificado en un destierro de ocho años, bajo los laureles amargos y salubres del valle de Tempé. Apolo, educador de los hombres, gusta de habitar en medio de ellos; se solaza en las ciudades, entre la juventud masculina, en las luchas de la poesía y de la palestra; pero sólo temporalmente vive en ellas. En otoño vuelve a su patria, al país de los Hiperbóreos. Es el pueblo misterioso de las almas luminosas y transparentes que viven en la eterna aurora de una felicidad perfecta. Allí están sus verdaderos sacerdotes y sus amadas sacerdotisas. Él vive con ellos en una comunidad íntima y profunda; y cuando quiere hacer un don real a los hombres, les trae al país de los Hiperbóreos una de esas grandes almas luminosas, y la hace nacer sobre la tierra para enseñar y encantar a los mortales. Él, entre tanto, vuelve a Delfos todas las primaveras cuando se cantan los himnos. Él llega, visible a los iniciados sólo, en su blancura hiperbórea, sobre un carro arrastrado por cisnes melódicos. Él vuelve a habitar en el santuario, donde la Pitonisa transmite sus oráculos, donde le escuchan los sabios y los poetas. Entonces, los ruseñores cantan; la fuente de Castalia hierve a borbotones de plata; los efluvios de una luz deslumbradora y de una música celeste penetran en el corazón del hombre y hasta en las venas de la Naturaleza.

En esa leyenda de los Hiperbóreos, apunta en rayos brillantes el fondo esotérico del mito de Apolo. El país de los Hiperbóreos es el más allá: el

empíreo de las almas victoriosas, cuyas auroras astrales iluminan las zonas multicolores. Apolo mismo personifica la luz inmaterial e inteligible, de la que el Sol es sólo una imagen física, y de donde fluye toda verdad. Los cisnes maravillosos que le traen, son los poetas, los divinos genios, mensajeros de su grande alma solar, que dejan tras ellos escalofríos de luz y de melodía. Apolo hiperbóreo personifica el descenso del cielo sobre la tierra, la encarnación de la belleza espiritual en la sangre y la carne, el aflujo de la verdad trascendente por la inspiración y la adivinación.

Más es tiempo de levantar el velo dorado de las leyendas y de penetrar en el templo mismo. ¿Cómo se ejercía en él la acción divina?. Tocamos aquí a los arcanos de la ciencia apolónica y de los misterios de Delfos. Un lazo profundo unía en la antigüedad la adivinación a los cultos solares, y ésta es la llave de oro de todos los misterios llamados mágicos.

La adoración del hombre ario fue desde el principio de la civilización hacia el sol, como fuente de la luz, del calor y de la vida. Pero cuando el pensamiento de los sabios se elevó del fenómeno a la causa, concibieron tras aquel fuego sensible y aquella luz visible, un fuego inmaterial y una luz inteligible. Ellos intensificaron al primero con el principio viril, con el espíritu creador o la esencia intelectual del universo, y a la segunda con su principio femenino, su alma formadora, su substancia plástica. Esa intuición se remonta a un tiempo inmemorial. La concepción de que hablo se mezcla a las más viejas mitologías. Circula en los himnos védicos bajo la forma de Agni, el fuego universal que penetra todas las cosas. Florece en la religión de Zoroastro, en la que el culto de Mithras representa la parte esotérica. Zoroastro dice formalmente que el Eterno creó, por medio del Verbo vivo, la luz celeste, simiente de Ormuzd, principio de la luz material y del fuego material. Para el iniciado de Mithras, el sol no es más que un reflejo grosero de aquella luz. En su gruta oscura, cuya bóveda está pintada de estrellas, él invoca al sol de gracia, al fuego de amor vencedor del mal, reconciliador de Ormuzd y de Ahrimán, purificador y mediador, que habita en el alma de los santos profetas. En las criptas del Egipto, los iniciados buscan ese mismo sol bajo el nombre de Osiris. Cuando Hermes pide contemplar el origen de las cosas, se siente al principio sumergido en las ondas etéreas de una luz deliciosa, donde se mueven todas las formas vivientes. Luego, sumido en las tinieblas de la materia espesa, oye una voz y en ella reconoce *la voz de la luz*. Al mismo tiempo un fuego brota de las profundidades; en seguida el caos se ordena y se aclara. En el *libro de los muertos* de los Egipcios, las almas bogan penosamente hacia esa luz en la barca de Isis. Moisés ha adoptado plenamente

esta doctrina en el Génesis: “Aelohím dijo: Hágase la luz, y la luz se hizo”. Luego, la creación de la luz precede a la del sol y las estrellas. Eso quiere decir que en el orden de los principios y de la cosmogonía, la luz inteligible precede a la luz material. Los Griegos, que fundieron en la forma humana y dramatizaron las más abstractas ideas, expresaron la misma doctrina en el mito de Apolo hiperbóreo.

El espíritu humano llegó pues por la contemplación interna del universo, desde el punto de vista del alma y de la inteligencia, a concebir una luz inteligible, un elemento imponderable sirviendo de intermediario entre la materia y el espíritu. Fácil sería el mostrar que los físicos modernos se aproximaron insensiblemente a la misma conclusión por un camino opuesto, es decir, buscando la constitución de la materia y viendo la imposibilidad de explicarla por sí misma. En el siglo XVI, Paracelso, estudiando las combinaciones químicas y las metamorfosis de los cuerpos, había llegado a admitir un agente universal y oculto por medio del que se operan. Los físicos de los siglos XVII y XVIII, que concibieron el universo como una máquina muerta, creyeron en el absoluto vacío de los espacios celestes. Sin embargo, cuando se reconoció que la luz no es la emisión de una materia radiante, sino la vibración de un elemento imponderable, se tuvo que admitir que el espacio entero está lleno de un flúido infinitamente sutil que penetra todos los cuerpos y por el cual se transmiten las ondas del calor y de la luz. Se volvía así a las ideas de la física y de la teosofía griegas. Newton, que había pasado su vida entera estudiando los movimientos de los cuerpos celestes, fue más lejos. El llamó a ese éter *sensorium Dei*, o el cerebro de Dios, es decir, el órgano por el cual el pensamiento divino obra en lo infinitamente grande como en lo infinitamente pequeño. *(Como ya se dijo antes, la ciencia moderna ha desechado por completo la hipótesis del éter. Esto, también se dijo, sin perjuicio de la idea de un éter inmaterial. N. del T.)*. Al emitir esa idea que le parecía necesaria para explicar la simple rotación de los astros, ese gran físico nadaba en plena filosofía esotérica. El éter, que el pensamiento de Newton encontraba en los espacios, Paracelso lo había encontrado en el fondo de sus alambiques y lo había llamado luz astral. Más, ese flúido imponderable, aunque en todas partes presente, que penetra todo, ese agente sutil e indispensable, esa luz invisible a nuestros ojos, pero que está en el fondo de todos los centelleos y de todas las fosforescencias, un físico alemán lo descubrió en una serie de experiencias sabiamente ordenadas. Reichenbach había notado que los sujetos de una fibra nerviosa muy sensible, colocada ante una cámara perfectamente oscura, frente a un imán, veía en sus dos extremos

fuertes rayos de luz roja, amarilla y azul. Esos rayos vibraban a veces con un movimiento ondulatorio. Continuó sus experiencias con toda clase de cuerpos, sobre todo con cristales. Alrededor de todos esos cuerpos, los sujetos sensibles vieron emanaciones luminosas. Alrededor de la cabeza de los hombres colocados en la cámara oscura, vieron rayos blancos; de sus dedos salían pequeñas llamas. En la primera fase de su sueño, los sonámbulos ven a veces a su magnetizador con esos mismos signos. La pura luz astral no aparece más que en el alto éxtasis; pero se polariza en todos los cuerpos, se combina con todos los flúidos terrestres y en el magnetismo animal. **(Reichenbach ha llamado a ese flúido odyle. Su obra ha sido traducida al inglés por Gregory: *Researches on magnetism, electricity, heat, light, cristalization and chemical attraction. Londres, 1850*). El interés de las experiencias de Reichenbach está en haber hecho tocar con el dedo los límites y la transición de la visión física a la visión astral, que puede conducir a la visión espiritual. Ellas hacen también entrever los refinamientos infinitos de la materia imponderable. En esta vía, nada nos priva de concebirla tan flúida, tan sutil y penetrante; que venga a ser en algún modo homogénea al espíritu, y le sirva de vestidura perfecta.**

Acabamos de ver que la física moderna ha tenido que reconocer un agente universal imponderable para explicar el mundo, que ella ha demostrado su existencia y que de este modo ha entrado sin saberlo en las ideas teosóficas antiguas. Tratemos ahora de definir la naturaleza y la función del flúido cósmico, según la filosofía de lo oculto en todos los tiempos. Porque acerca de este principio capital de la Cosmogonía, Zoroastro concuerda con Heráclito, Pitágoras con San Pablo, los Cabalistas con Paracelso. Por todas partes reina Cibeles-Maia, la grande alma del mundo, la substancia vibrante y plástica que maneja a su grado el soplo del Espíritu creador. Sus océanos etéreos sirven de cemento entre todos los mundos. Ella es la grande mediadora entre lo invisible y lo visible. Condensada en masas enormes en la atmósfera, bajo la acción del sol, estalla en el rayo. Bebida por la tierra, por ella circula en corrientes magnéticas. Sutilizada en el sistema nervioso del animal, transmite su voluntad a los miembros, sus sensaciones al cerebro. Aún más: ese flúido sutil forma organismos vivientes semejantes a los cuerpos materiales. Porque sirve de substancia al cuerpo astral del alma, vestidura luminosa que el espíritu se teje sin cesar a sí mismo. Según las almas que reviste, según los mundos que envuelve, ese flúido se transforma, se afina o se espesa. No corporiza solamente el espíritu y espiritualiza la materia, sino que refleja en su seno animado, las cosas, las voluntades y los pensamientos humanos en un perpetuo espejismo. La fuerza y la duración de estas imágenes es

proporcionada a la intensidad de la voluntad que las produce. Y en verdad, no hay otro medio de explicar la sugestión y la transmisión del pensamiento a distancia: ese principio de la magia que hoy consta y es reconocido por la ciencia. (*Véase el boletín de la Sociedad de Psicología fisiológica, presidida por Mr. Charcot, 1885. Véase, sobre todo, el hermoso libro de Mr. Ochorowicz, De la Sugestion mentale, París, 1887*). De este modo, el pasado de los mundos tiembla en la luz astral en imágenes inciertas y el porvenir se pasea en ella con las almas vivientes que el ineludible destino fuerza a descender a la carne. He aquí el sentido del velo de Isis y del manto de Cibeles, en el que están tejidos todos los seres.

Se ve ahora que la doctrina teosófica de la luz astral es idéntica a la doctrina secreta del verbo solar en las regiones del Oriente y de la Grecia. Se ve también cómo esta doctrina se liga a la de la adivinación. La luz astral se revela en ella como el médium universal de los fenómenos de visión y de éxtasis, y los explica. Ella es a la vez el vehículo que transmite los movimientos del pensamiento, y el espejo viviente donde el alma contempla las imágenes del mundo material y espiritual. Una vez transportado a aquel elemento, el espíritu del vidente sale de las condiciones corporales. La medida del tiempo y del espacio cambia para él. Él participa en algún modo de la ubicuidad del flúido universal. La materia opaca se vuelve para él transparente; y el alma, desagregándose del cuerpo, elevándose en su propia luz, llega por el éxtasis a penetrar en el mundo espiritual, a ver las almas revestidas de sus cuerpos etéreos y a comunicar con ellas. Todos los antiguos iniciados tenían la idea neta de esta segunda vista, o vista directa del espíritu. Testigo Esquilo, que hace decir a la sombra de Clytemnestra: “Mira esas heridas, tu espíritu cuando se duerme, tiene ojos más penetrantes; a la luz del día, los mortales no abarcan un vasto campo con su vista”.

Agreguemos que esa teoría de la clarividencia y del éxtasis se armoniza perfectamente con las numerosas experiencias científicas practicadas por sabios y médicos de este siglo sobre sonámbulos lúcidos y clarividentes de todas clases.

(Hay sobre esta materia una literatura abundante, de valor muy desigual, en Francia, Alemania e Inglaterra. Citaremos dos obras en que esas cuestiones son tratadas científicamente por hombres dignos de fe).

(1a. Letters on animal magnetism, de William Gregory; Londres, 1850. — Gregory era profesor de química en la Universidad de Edimburgo. Su libro es un estudio profundo de los fenómenos del magnetismo animal, desde la sugestión hasta la visión a distancia y la clarividencia lúcida, sobre

sujetos observados por él mismo, según el método científico y con una minuciosa exactitud).

(2a. Die mystischen Erscheinungen der menschlichen Natur, de Maximilian Perty; Leipzig, 1872. — Mr. Perty es profesor de filosofía y de medicina en la Universidad de Berna. Su libro ofrece un inmenso repertorio de todos los fenómenos ocultos que tienen algún valor histórico. El capítulo muy notable sobre la clarividencia (Schlafwachen), Volumen 1, contiene veinte historias de sonámbulas y cinco historias de sonámbulos, contadas por médicos que les han tratado. La de la clarividente Weiner, tratada por el autor, es de las más curiosas. — Véanse también los tratados de magnetismo de Dupotet, de Deleuze, y el libro interesantísimo Die Scherin von Prévorst, de Justinus Kerner).

Teniendo en cuenta estos hechos contemporáneos, trataremos de caracterizar brevemente la sucesión de los estados psíquicos, desde la clarividencia simple hasta el éxtasis cataléptico.

El estado de clarividencia, a lo que se deduce de miles de hechos bien comprobados, es un estado psíquico que difiere tanto del sueño como de la vigilia. Lejos de disminuir, las facultades del clarividente aumentan de un modo sorprendente. Su memoria es más precisa, su imaginación más viva, su inteligencia más despierta. En fin, y éste es un hecho capital, un sentido nuevo, que ya no es un sentido corporal, sino un sentido del alma, se ha desarrollado. No solamente los pensamientos del magnetizador se transmiten a él como en el simple fenómeno de la sugestión — que sale ya del plano físico — sino que el clarividente lee en el pensamiento de los que asisten a la experiencia, ve a través de las paredes, penetra a centenares de leguas en interiores donde nunca ha estado y en la vida íntima de gentes que no conocía. Sus ojos están cerrados y no puede ver nada, pero su espíritu ve más lejos y mejor que sus ojos abiertos, y parece viajar libremente en el espacio. *(Ejemplos numerosos en Gregory. Cartas XVI, XVII y XVIII).*

En una palabra, si la clarividencia es un estado anormal desde el punto de vista del cuerpo, es un estado normal y superior desde el punto de vista del espíritu. Porque su conciencia se ha vuelto más profunda, su visión más amplia. El yo continúa siendo el mismo, pero ha pasado a un plano superior, donde su mirada, libre de los órganos del cuerpo, abarca y penetra un más vasto horizonte.

(El filósofo alemán Schelling había reconocido la importancia capital del sonambulismo en la cuestión de la inmortalidad del alma. Él observa que, en el sueño lúcido, se produce una elevación y una liberación relativa

del alma con respecto al cuerpo, tal como nunca tiene lugar en el estado normal. En los sonámbulos, todo anuncia la más elevada conciencia, como si todo su ser estuviera concentrado en un foco luminoso que reúne el pasado, el presente y el porvenir. Lejos de perder el recuerdo, el pasado se ilumina para ellos, el porvenir mismo se revela a veces en radio considerable. Si esto es posible en la vida terrestre — se pregunta Schelling —, ¿No es cierto que nuestra personalidad espiritual que nos sigue en la muerte, está presente ya en nosotros de un modo actual, que ella no nace entonces, que es simplemente libertada y se muestra en el momento en que no está ligada al mundo exterior por los sentidos?. El estado post mortem es, pues, más real que el estado terrestre. Porque, en esta vida, lo accidental, mezclándose a todo, paraliza en nosotros lo esencial. Schelling llama lisamente al estado futuro: clarividencia. El espíritu, desembarazado de todo lo que hay de accidental en la vida terrestre, se vuelve más vívido y más fuerte; el malvado se vuelve más malvado, el bueno mejor).

(Recientemente, Mr. Charles Du Prel ha sostenido la misma tesis con gran riqueza de hechos y puntos de vista, en un hermoso libro: Philosophie der Mystik (1886). El parte de este hecho: “La conciencia del yo no agota su objeto. El alma y la conciencia no son dos términos adecuados; no se cubren, porque no tienen igual extensión. La esfera del alma rebasa con mucho la de la conciencia”. Hay, pues, en nosotros un yo latente. Ese yo latente que se manifiesta en el ensueño y en el sueño, es el verdadero yo, supraterrrestre y trascendente, cuya existencia ha precedido a nuestro yo terrestre, ligado al cuerpo. El yo terrestre es perecedero; el yo trascendente es inmortal. He aquí por qué San Pablo ha dicho: “Desde esta tierra, marchamos por el cielo”).

Hay que notar que ciertos sonámbulos, al sufrir los pases del magnetizador, se sienten inundados de una luz más y más deslumbradora, mientras que el despertar les parece una penosa vuelta a las tinieblas.

La sugestión, la lectura en el pensamiento y la vista a distancia, son hechos que prueban ya la existencia independiente del alma y nos transportan sobre el plano físico del Universo, sin hacernos salir de él por completo. Pero la clarividencia tiene infinitas variedades y una escala de estados diversos mucho más extensa que la de la vigilia. A medida que se asciende, los fenómenos se vuelven más raros y más extraordinarios. No citemos más que las principales etapas. La **retrospección** es una visión de los acontecimientos pasados conservados en la luz astral y reavivados por la simpatía del vidente. La **adivinación** propiamente dicha, es una visión problemática de las cosas

futuras, bien por una introspección del pensamiento de los vivos que contiene en germen las acciones futuras, bien por la influencia oculta de espíritus superiores que desarrollan el porvenir en imágenes vivas ante el alma del clarividente. En los dos casos son proyecciones de pensamientos en la luz astral. En fin, el éxtasis se define como una visión del mundo espiritual, en que espíritus buenos o malos aparecen al vidente bajo forma humana y comunican con él. El alma parece realmente transportada fuera del cuerpo, que la vida casi ha dejado y que se agarrota en una catalepsia vecina de la muerte. Nada puede igualar, según las narraciones de los grandes extáticos, a la belleza y esplendor de esas visiones, ni al sentimiento de inefable fusión con la esencia divina, que de ellas traen, como una embriaguez de luz y de música. Se puede dudar de la realidad esas visiones. Pero es preciso añadir que si en el estado medio de la clarividencia, el alma tiene una percepción justa de los lugares lejanos y de los ausentes, es lógico admitir que, en su más alta exaltación, pueda tener la visión una realidad superior e inmaterial.

Será, según nosotros, la labor del porvenir, devolver a las facultades trascendentes del alma humana su dignidad y su función social, reorganizándolas bajo la fiscalización de la ciencia y sobre las bases de una religión verdaderamente universal, abierta a todas las verdades. Entonces la ciencia, regenerada por la verdadera fe y por el espíritu de caridad, alcanzará, con los ojos abiertos, a esas esferas en que la filosofía especulativa yerra con los ojos vendados y tanteando. Sí, la ciencia se volverá vidente y redentora, a medida que aumente en ella la conciencia y el amor a la humanidad. Y quizá sea por “la puerta del ensueño y de los sueños”, como decía el viejo Homero, por donde la divina Psiquis, desterrada de nuestra civilización y que llora en silencio bajo su velo, vuelva a la posesión sus altares.

Sea de ello lo que quiera, los fenómenos de clarividencia, observados en todas sus fases por sabios y médicos del siglo XIX, lanzan una nueva luz sobre el papel de la adivinación en la antigüedad, y sobre una multitud de fenómenos, en apariencia sobrenaturales, que contienen los anales de todos los pueblos. Ciertamente, es indispensable delimitar la parte que pueda haber de leyenda y de historia, de alucinación o de visión verdadera. Pero la psicología experimental de nuestros días nos enseña a no rechazar en masa hechos que están en la posibilidad de la naturaleza humana, a estudiarlos desde el punto de vista de las leyes comprobadas. Si la clarividencia es una facultad del alma, ya no hay derecho a rechazar pura y simplemente al dominio de la superstición, a los profetas, oráculos y sibilas. La adivinación ha podido ser conocida y practicada en los templos antiguos con principios fijos, con un fin

social y religioso. El estudio comparado de las religiones y de las tradiciones esotéricas, muestra que esos principios fueron los mismos en todas partes, aunque su aplicación haya variado de un modo infinito. Lo que ha desacreditado el arte de la adivinación, es que su corrupción ha dado lugar a los peores abusos, y que sus hermosas manifestaciones sólo son posibles en seres de una grandeza de alma y pureza excepcionales.

La adivinación tal como se ejercía en Delfos, estaba fundada sobre los principios que acabamos de exponer y la organización interior del templo, a ellos correspondía. Como en los grandes templos de Egipto, ella se componía de un arte y de una ciencia. El arte consistía en penetrar en lo lejano, el pasado y el porvenir, por medio de la clarividencia o el éxtasis profético; la ciencia calculaba el porvenir según las leyes de la evolución universal. Arte y ciencia se comprobaban recíprocamente. Nada diremos de aquella ciencia llamada por los antiguos genethialogía de la cual la astrología de la Edad Media no es más que un fragmento imperfectamente comprendido, a no ser que suponía la enciclopedia esotérica aplicada al porvenir de los pueblos y de los individuos. Muy útil como orientación, siempre fue muy problemática en su aplicación y sólo los espíritus de primer orden supieron hacer uso de ella. Pitágoras la había profundizado en Egipto. En Grecia se ejercía la adivinación con datos menos completos y menos precisos. Por el contrario, el arte, la clarividencia y la profecía, habían sido lanzados bastante lejos.

Se sabe que este arte se ejercía en Delfos por medio de mujeres jóvenes y ancianas llamadas Pitias o Pitonisas, que jugaban el papel pasivo de sonámbulas clarividentes. Los sacerdotes interpretaban, traducían, arreglaban sus oráculos, con frecuencia confusos, según sus propias luces. Los historiadores modernos no han visto casi más en la institución de Delfos, que la explotación de las supersticiones por un charlatanismo inteligente. Pero además del asentimiento de toda la filosofía antigua a la ciencia adivinatoria de Delfos, varios oráculos contados por Herodoto, como los de Creso y los de la batalla de Salamina, hablan en su favor. Sin duda aquel arte tuvo su principio, su florecimiento y su decadencia. El charlatanismo y la corrupción terminaron por mezclarse en ellos, testigo el rey Cleomeno que corrompió a la superiora de las sacerdotisas de Delfos para privar del trono a Demarato. Plutarco ha escrito un tratado para buscar las razones de la decadencia de los oráculos, y esa degeneración fue sentida como una desgracia por toda la sociedad antigua. En la época precedente, la adivinación fue cultivada con una sinceridad religiosa y una profundidad científica que la elevaron a la altura de un verdadero sacerdocio. Se leía sobre el frontis del templo la inscripción

siguiente: “Conócete a ti mismo”, y esta otra sobre la puerta de entrada: “No se aproxime aquí quien no sea puro”. Estas palabras decían a quien llegaba, que las pasiones, las mentiras, las hipocresías terrestres no debían pasar el umbral del santuario, y que, en el interior, la verdad divina reinaba con majestad temible. Pitágoras sólo fue a Delfos después que hubo visitado todos los templos de Grecia. Se había detenido con Epiménides en el santuario de Júpiter; había asistido a los juegos olímpicos; había presidido los misterios de Eleusís, donde el hierofante le había cedido su sitio. En todas partes le habían recibido como maestro. Le esperaban en Delfos. El arte adivinatorio languidecía y Pitágoras quería devolverle su profundidad, su fuerza y su prestigio. Iba, pues, a aquel santuario más bien para ilustrar a sus intérpretes que para consultar a Apolo; iba a caldear su entusiasmo y a despertar su energía. Dirigirlos era dirigir el alma de Grecia y preparar su porvenir.

Felizmente encontró en el templo un instrumento maravilloso, que un designio providencia parecía haberle reservado.

La joven Teoclea pertenecía al colegio de las sacerdotisas de Apolo. Procedía de una de esas familias en que la dignidad sacerdotal era hereditaria. Las grandes impresiones del santuario, las ceremonias del culto, los coros, las fiestas de Apolo pítico e hiperbóreo habían alimentado su infancia. Se la imagina como una de esas jóvenes que tienen una aversión innata e intensiva para lo que atrae a las otras. Ellas no aman a Ceres y temen a Venus. Porque la pesada atmósfera terrestre las inquieta, y el amor físico vagamente entrevisto les parece una violación del alma, un rompimiento de su ser intacto y virginal. Por el contrario, ellas son sensibles de una manera extraña a corrientes misteriosas e influencias astrales. Cuando la luna daba en los sombríos bosquecillos de la fuente de Castalia, Teoclea veía deslizarse allí formas blanquecinas. En pleno día, oía voces. Cuando se exponía a los rayos del sol naciente, su vibración la sumergía en una especie de éxtasis, en que oía coros invisibles. Sin embargo, era muy insensible a las idolatrías populares del culto. Las estatuas la dejaban indiferente, tenía horror a los sacrificios de animales. No hablaba a nadie de las apariciones que turbaban su sueño. Ella sentía con el instinto de las clarividentes que los sacerdotes de Apolo no poseían la suprema luz de que tenía necesidad. Éstos, sin embargo, tenían la mirada fija sobre ella para decidirla a ser Pitonisa. Ella se sentía como atraída por un mundo superior, del que no tenía la clave. ¿Qué eran aquellos dioses que se apoderaban de ella y la estremecían?. Quería saberlo antes de entregarse. Porque las grandes almas tienen necesidad de ver claro, aun al abandonarse a las potencias divinas.

¡Qué profundo temblor, qué presentimiento misterioso debió agitar el alma de Teoclea cuando vio por vez primera a Pitágoras y oyó resonar su voz elocuente entre las columnas del santuario de Apolo!. Entonces sintió la presencia del iniciador que esperaba, reconoció a su maestro. Quería saber. Sabría por medio de él, e iba a hacer hablar a aquel mundo interior, aquel mundo que llevaba en sí misma. Él por su parte debió reconocer en ella, con la seguridad y penetración de su golpe de vista, del alma viva y vibrante que buscaba para ser intérprete de su pensamiento en el templo, e infundir en él un nuevo espíritu. Desde la primera mirada cambiada, desde la primera palabra dicha, una cadena invisible unió al sabio de Samos con la joven sacerdotisa, que le escuchaba sin decir nada, bebiendo sus palabras con sus grandes ojos atentos. No sé quién ha dicho que el poeta y la lira se reconocen en una vibración profunda al aproximarse uno al otro. Así se reconocieron Pitágoras y Teoclea.

Desde el amanecer, Pitágoras tenía largas conferencias con los sacerdotes de Apolo llamados santos y profetas. Pidió él que la joven sacerdotisa fuese admitida para iniciarla en su enseñanza secreta y prepararla para su papel. Ella pudo así seguir las lecciones que el maestro daba todos los días en el santuario. Pitágoras estaba entonces en la fuerza de la edad. Llevaba su vestidura blanca ceñida a la egipcia, una banda de púrpura rodeaba su amplia frente. Cuando hablaba, sus ojos graves y lentos se posaban sobre el interlocutor y le envolvían en una cálida luz. El aire a su alrededor parecía volverse más ligero e intelectualizarse todo.

Las conferencias del sabio de Samos con los más altos representantes de la religión griega fueron de la más extrema importancia. Se trataba no solamente de adivinación e inspiración, sino del porvenir de Grecia y de los destinos del mundo entero. Los conocimientos, los títulos y los poderes que había adquirido en los templos de Memphis y de Babilonia, le daban la mayor autoridad. Tenía el derecho de hablar como superior y como guía a los inspiradores de Grecia. Lo hizo con la elocuencia de su genio, con el entusiasmo de su misión. Para ilustrar su inteligencia, comenzó por contarles su juventud, sus luchas, su iniciación egipcia. Les habló de aquel Egipto, madre de Grecia, viejo como el mundo, inmutable como una momia cubierta de jeroglíficos en el fondo de sus pirámides, pero poseyendo en su tumba el secreto de los pueblos, de las lenguas, de las religiones. Desarrolló ante sus ojos los misterios de la grande Isis, terrestre y celeste, madre de los Dioses y de los hombres, y haciéndolos pasar por sus pruebas les sumergió con él en la luz de Osiris. Luego le tocó el turno a Babilonia, con sus magos caldeos, sus

ciencias ocultas, sus templos profundos y macizos donde ellos evocan el fuego viviente en que se mueven los Dioses y los demonios.

Escuchando a Pitágoras, Teoclea experimentaba sorprendentes sensaciones. Todo lo que él decía se grababa con letras de fuego en su espíritu. Aquellas cosas le parecían a la vez maravillosas y conocidas; al aprenderlas creía recordarlas. Las palabras del maestro la hacían hojear las páginas del universo como un libro. Ya no veía a los Dioses en sus efigies humanas, sino en sus esencias que forman las cosas y los espíritus. Ella se remontaba, subía y descendía con ello en los espacios. A veces tenía la ilusión de no sentir los límites de su cuerpo y de disiparse en el infinito. De este modo la imaginación entraba poco a poco en el mundo invisible y las huellas antiguas que de éste encontraba en su propia alma, le decían que aquello era la verdadera, la sola realidad; lo otro no era más que apariencia. Sentía que pronto sus ojos internos iban a abrirse para poder leer directamente.

Desde aquellas alturas, el maestro la volvió a la tierra contándole las desgracias por que pasaba Egipto. Después de haber desarrollado la grandeza de la ciencia egipcia, mostró cómo había sucumbido bajo la invasión persa. Pintó los horrores de Cambises, los templos saqueados, los libros sagrados arrojados a la hoguera, los sacerdotes de Osiris muertos o dispersados y el monstruo del despotismo persa, que reunía bajo su mano de hierro toda la vieja barbarie asiática, las razas errantes medio salvajes del centro del Asia y del fondo de la India, no esperando más que una ocasión propicia para lanzarse sobre Europa. Sí, aquel ciclón creciente debía estallar sobre Grecia, tan seguramente como el rayo debe salir de las nubes que se amontonan en el aire. ¿Estaba preparada la dividida Grecia para resistir aquel choque terrible? Ni tan siquiera lo sospechaba. Los pueblos no evitan su destino, y si no vigilan sin cesar, los Dioses los precipitan. ¿No se había derrumbado la sabia nación de Hermes, Egipto, después de seis mil años de prosperidad? ¡Ay, Grecia, la bella Jonia pasará aún más de prisa!. Día llegará en que el Dios solar abandone aquel templo, los bárbaros derriben sus piedras y los pastores lleven a pacer sus ganados sobre las ruinas de Delfos.

A estas siniestras profecías, el semblante de Teoclea se transformó tomando una expresión de espanto. Se dejó caer en tierra y abrazándose a una columna, con los ojos fijos, sumida en sus pensamientos, parecía el genio del Dolor llorando sobre la futura y lúgubre tumba de Grecia.

“Mas, continuó Pitágoras, éstos son secretos que es preciso enterrar en el fondo de los templos. El iniciado atrae la muerte o la rechaza a voluntad. Formando la cadena mágica de las voluntades, los iniciados prolongan

también la vida de los pueblos. En vosotros está el retrasar la fatal hora, en vosotros hacer brillar a Grecia, en vosotros hacer irradiar en ella el verbo de Apolo. Los pueblos son lo que les hacen ser sus Dioses; pero los Dioses sólo se revelan a quienes a ellos recurren. ¿Qué es Apolo?. El Verbo del Dios único que se manifiesta eternamente en el mundo. La Verdad es el alma de Dios, su cuerpo es la luz. Los sabios, los videntes, los profetas la ven sólo, los hombres no ven más que su sombra. Los espíritus glorificados que llamamos héroes y semidioses, habitan en aquella luz, en legiones, en esferas innumerables. Ése es el verdadero cuerpo de Apolo, el sol de los iniciados, y sin sus rayos nada grande se hace sobre la tierra. Como el imán atrae al hierro, así por nuestros pensamientos, por nuestras oraciones, por nuestros actos, atraemos la inspiración divina. ¡Transmitid a Grecia el verbo de Apolo, y Grecia resplandecerá con luz inmortal!”.

Por medio de tales discursos, Pitágoras logró devolver a los sacerdotes de Delfos la conciencia de su misión. Teoclea absorbía sus ideas con pasión silenciosa y concentrada. Ella se transformaba a la vista bajo el pensamiento y la voluntad del maestro, como bajo un lento encanto. En pie, en medio de los ancianos asombrados, deshacía su negra cabellera y la separaba de su frente como si en ella sintiera correr el fuego. Ya sus ojos, abiertos y transfigurados, parecían contemplar a los genios solares y planetarios, en sus orbes espléndidos y su intensa radiación.

Un día cayó por sí misma en un sueño profundo y lúcido. Los cinco profetas la rodearon, pero permaneció insensible a su voz y a su tacto. Pitágoras se aproximó a ella y la dijo: “Levántate y ve adonde mi pensamiento te envié. Porque ahora eres la Pitonisa”.

A la voz del maestro, un estremecimiento recorrió todo su cuerpo y la levantó en una larga vibración. Sus ojos estaban cerrados; ella veía interiormente.

— ¿Dónde estás?. — Preguntó Pitágoras.

— Subo..., subo continuamente.

— ¿Y ahora?.

— Nado en la luz de Orfeo.

— ¿Qué ves en el porvenir?.

— Grandes guerras..., hombres de bronce, victorias... Apolo vuelve a habitar en su santuario, y yo seré su voz... Pero tú, su mensajero, ¡Oh, desgracia!, vas a dejarme... y llevarás su luz a Italia.

La vidente habló largo tiempo con los ojos cerrados, con su voz musical, jadeante, rítmica; luego, de repente en un sollozo, cayó como muerta.

De este modo, Pitágoras vertía las puras enseñanzas en el espíritu de Teoclea y la templaba como una lira para el soplo de los Dioses. Una vez exaltada a aquella altura de inspiración, ella fue para él mismo una antorcha gracias a la cual pudo sondear su propio destino, penetrar en el posible porvenir y dirigirse en las zonas sin límites de lo invisible. Aquella contraprueba palpitante de las verdades que enseñaba, admiró a los sacerdotes, despertó su entusiasmo y reanimó su fe. El templo tenía ahora una Pitonisa inspirada, sacerdotes iniciados en las ciencias y las artes divinas: Delfos podía volver a ser un centro de vida y de acción.

Pitágoras se detuvo allí un año entero. Sólo después de haber instruido a los sacerdotes en todos los secretos de su doctrina y de haber formado a Teoclea para su ministerio, partió para la Grande Grecia.

IV LA ORDEN Y LA DOCTRINA

La ciudad de Crotona ocupaba la extremidad del golfo de Tarento, cerca del promontorio Laciniano, frente a la alta mar. Era, con Sybaris, la ciudad más floreciente de Italia meridional. Tenía fama su constitución dórica, sus atletas vencedores en los juegos de Olimpia, sus médicos rivales de los Asclepiades. Los Sybaritas debieron su inmortalidad a su lujo y a su vida muelle. Los Crotonios estarían quizá olvidados, a pesar de sus virtudes, si no hubieran tenido la gloria de ofrecer su asilo a la grande escuela de filosofía esotérica conocida bajo el nombre de secta pitagórica, que se puede considerar como la madre de la escuela platónica y como la antecesora de todas las escuelas idealistas. Por nobles que sean las descendientes, ella les sobrepuja con mucho. La escuela platónica procede de una iniciación incompleta; la escuela estoica ha perdido ya la verdadera tradición. Los otros sistemas de filosofía antigua y moderna son especulaciones más o menos felices, mientras que la doctrina de Pitágoras estaba basada sobre una ciencia experimental y acompañada de una organización completa de la vida.

Como las ruinas de la ciudad desaparecida, los secretos de la orden y el pensamiento del maestro se hallan hoy profundamente sepultados bajo tierra. Tratemos, sin embargo, de hacerlos revivir. Ello será para nosotros una ocasión de penetrar hasta el corazón de la doctrina filosófica, arcano de las religiones y de las filosofías, y de levantar una punta del velo de Isis a la claridad del genio griego.

Varias razones determinaron a Pitágoras a elegir aquella colonia dórica como centro de acción. Su objetivo no era únicamente enseñar la doctrina esotérica a un círculo de discípulos elegidos, sino también aplicar sus principios a la educación de la juventud y a la vida del Estado. Aquel plan contenía la fundación de un instituto para la iniciación laica, con la segunda intención de transformar poco a poco la organización política de las ciudades a imagen de aquel ideal filosófico y religioso. Ciertamente es que ninguna de las repúblicas de la Hélada o del Peloponeso hubiese tolerado tal innovación. Hubieran acusado al filósofo de conspirar contra el Estado. Las ciudades griegas del golfo de Tarento, menos minadas por la demagogia, eran más liberales. Pitágoras no se engañó cuando esperaba encontrar una acogida

favorable para sus reformas en el senado de Crotona. Agreguemos que sus miras se extendían más allá de Grecia. Adivinando la evolución de las ideas, preveía la caída del helenismo y pensaba depositar en el espíritu humano los principios de una religión científica. Al fundar su escuela en el golfo de Tarento, esparcía las ideas esotéricas por Italia, y conservaba en el vaso precioso de su doctrina la esencia purificada de la sabiduría oriental, para los pueblos del Occidente.

Al llegar a Crotona, que se inclinaba entonces hacia la vida voluptuosa de su vecina Sybaris, Pitágoras produjo allí una verdadera revolución. Porfirio y Jámblico nos pintan sus principios como los de un mago, más bien que como los de un filósofo. Reunió a los jóvenes en el templo de Apolo, y logró por su elocuencia arrancarles del vicio. Reunió a las mujeres en el templo de Juno, y las persuadió a que llevaran sus vestidos de oro y sus ornamentos a aquel mismo templo, como trofeos de la derrota de la vanidad y del lujo. Él envolvía en gracia la austeridad de sus enseñanzas. De su sabiduría se escapaba una llama comunicativa. La belleza de su semblante, la nobleza de su persona, el encanto de su fisonomía y de su voz, acababan de seducir. Las mujeres le comparaban a Júpiter, los jóvenes a Apolo hiperbóreo. Cautivaba, arrastraba a la multitud, muy admirada al escucharle de enamorarse de la virtud y de la verdad.

El Senado de Crotona, o *Consejo de los mil*, se inquietó de aquel ascendiente. Obligó a Pitágoras a dar razón ante él de su conducta y de los medios que empleaba para dominar los espíritus. Esto fue para él una ocasión de desarrollar sus ideas sobre la evolución, y de demostrar que lejos de amenazar a la constitución dórica de Crotona, no harían más que afirmarla. Cuando hubo ganado a su proveyecto a los ciudadanos más ricos y la mayoría del senado, les propuso la creación de un instituto para él y para sus discípulos. Aquella cofradía de iniciados laicos llevaría la vida común en un edificio construido *ad hoc*, pero sin separarse de la vida civil. Aquellos de entre ellos que merecieran ya el nombre de maestros, podrían enseñar las ciencias físicas, psíquicas y religiosas. En cuanto a los jóvenes, serían admitidos a las lecciones de los maestros y a los diversos grados de iniciación, según su inteligencia y su buena voluntad, bajo la vigilancia del jefe de la orden. Para empezar tenían que someterse a las reglas de la vida común y pasar todo el día en el instituto, vigilados por los maestros. Los que querían entrar formalmente en la orden, debían abandonar su fortuna a un curador con libertad de volver a disfrutarla cuando quisieran. Había en el instituto una sección para las mujeres, con iniciación paralela, pero diferenciada y adaptada

a los deberes de su sexo.

Aquel proyecto fue adoptado con entusiasmo por el Senado de Crotona, y al cabo de algunos años se elevaba en los alrededores de la ciudad un edificio rodeado de vastos pórticos y de jardines bellos. Los Crotonios le llamaron el templo de las Musas; y en realidad había en el centro de aquellos edificios, cerca de la modesta habitación del maestro, un templo dedicado a estas divinidades.

Así nació el instituto pitagórico, que vino a ser a la vez un colegio de educación, una academia de ciencias y una pequeña ciudad modelo, bajo la dirección de un gran maestro iniciado. Por la teoría y la práctica, por las ciencias y las artes reunidas, llegaba lentamente a aquella ciencia de las ciencias, a esa armonía mágica del alma y del intelecto con el universo, que los pitagóricos consideraban como el arcano de la filosofía y de la religión. La escuela pitagórica tiene para nosotros un interés supremo, porque ella fue la más notable tentativa de iniciación laica. Síntesis anticipada del helenismo y del cristianismo, ella injertó el fruto de la ciencia sobre el árbol de la vida; ello reconoció esa realización interna y viviente de la verdad, que únicamente puede dar la fe profunda. Realización efímera, pero de una importancia capital que tuvo la fecundidad del templo.

Para formarnos una idea, penetremos en el instituto pitagórico y sigamos paso a paso la iniciación del novicio.

EL INSTITUTO PITAGÓRICO - LAS PRUEBAS

Brillaba sobre una colina, entre los cipreses y olivos, la blanca morada de los humanos iniciados. Desde abajo, a lo largo de la costa, se distinguían sus pórticos, sus jardines, su gimnasio. El templo de las musas elevaba sobre las dos alas del edificio su columnata circular, de aérea elegancia. Desde la terraza de los jardines exteriores se dominaba la ciudad con su Printaneo, su puerto, su plaza de las asambleas. A lo lejos, el golfo se mostraba entre las escarpadas costas como una copa de ágata, y el mar Jónico cerraba el horizonte con su línea de azul. A veces se veían salir, del ala izquierda del edificio, mujeres con trajes de diversos colores, que descendían en largas filas hacia el mar, por la avenida de los cipreses. Iban a cumplir sus ritos al templo de Ceres. Con frecuencia también, del ala derecha subían hombres con túnicas blancas al templo de Apolo. Y no era el menor atractivo para la imagen curiosa de la juventud, el pensar que la escuela de los iniciados estaba colocada bajo la protección de aquellas divinidades, de las cuales una, la gran

Diosa, contenía los misterios profundos de la Mujer y de la tierra, y la otra, el Dios solar, revelaba los del Hombre y del Cielo.

Se mostraba, pues, esplendorosa, fuera y encima de la urbe populosa, la pequeña ciudad de los elegidos. Su tranquila serenidad atraía los nobles instintos de la juventud, más nada se veía de lo que pasaba dentro, y se sabía que no era cosa fácil el ser admitido. Un sencillo seto vivo circundaba los jardines del instituto de Pitágoras, la puerta de entrada estaba abierta durante el día. Pero allí había una estatua de Hermes, y se leía sobre su zócalo: *Eskato Bebeloi*, ¡atrás los profanos!. Todo el mundo respetaba aquel mandato de los Misterios.

Pitágoras era extremadamente difícil para la admisión de los novicios, diciendo que “no toda la madera sirve para hacer un Mercurio”. Los jóvenes que querían entrar en la asociación, debían sufrir un tiempo de prueba y de ensayo. Presentados por sus padres o por uno de los maestros, les permitían al pronto entrar en el gimnasio pitagórico, donde los novicios se dedicaban a los juegos de su edad. El joven notaba al primer golpe de vista, que aquel gimnasio no se parecía al de la ciudad. Ni gritos violentos, ni grupos ruidosos, ni fanfarronería ridícula, ni la vana demostración de la fuerza de los atletas en flor, desafiándose unos a otros y mostrándose sus músculos, sino grupos de jóvenes afables y distinguidos, paseándose dos a dos bajo los pórticos o jugando en la arena. Le invitaban ellos con gracia y sencillez a tomar parte en su conversación, como si fuera uno de los suyos, sin mirarle de arriba abajo con miradas sospechosas o sonrisas burlonas. En la arena se ejercitaban en la carrera, en el lanzamiento del venablo y del disco. También ejecutaban combates simulados bajo la forma de danzas dóricas, pero Pitágoras había desterrado severamente de su instituto la lucha cuerpo a cuerpo, diciendo que era superfluo y aun peligroso desarrollar el orgullo y el odio con la fuerza y la agilidad, que los hombres destinados a practicar las virtudes de la amistad no debía comenzar por luchar unos con otros y derribarse en la arena como bestias feroces; un verdadero héroe sabría combatir con valor, pero sin furia; porque el odio nos hace inferiores a un adversario cualquiera. El recién llegado oía aquellas máximas del maestro repetidas por los novicios, orgullosos de comunicarle su precoz sabiduría. Al mismo tiempo, le incitaban a manifestar sus opiniones, a contradecirles libremente. Animado por ello, el ingenuo pretendiente mostraba bien pronto a las claras su verdadera naturaleza. Dichoso de ser escuchado y admirado, peroraba y se expansionaba a su gusto. Durante aquel tiempo, los maestros le observaban de cerca sin corregirle jamás. Pitágoras llegaba de improviso para estudiar sus gestos y

palabras. Concedía él una atención particular al aire y a la risa de los jóvenes. La risa, decía, manifiesta el carácter de una manera indudable y ningún disimulo puede embellecer la risa de un malvado. También había hecho un tan profundo estudio de la fisonomía humana que sabía leer en ella el fondo del alma. (*Orígenes pretende que Pitágoras fue el inventor de la fisiognomía*).

Por medio de aquellas minuciosas observaciones, el maestro se formaba una idea precisa de sus futuros discípulos. Al cabo de algunos meses, llegaban las pruebas decisivas, que eran imitaciones de la iniciación egipcia, pero menos severas y adaptadas a la naturaleza griega, cuya impresionabilidad no hubiese soportado los mortales espantos de las criptas de Memphis y de Tebas. Hacían pasar la noche al aspirante pitagórico en una caverna de los alrededores de la ciudad, donde pretendían que había monstruos y apariciones. Los que no tenían la fuerza de soportar las impresiones fúnebres de la soledad y de la noche, que se negaban a entrar o huían antes de la mañana, eran juzgados demasiado débiles para la iniciación y despedidos.

La prueba moral era más seria. Bruscamente, sin preparación, encerraban una mañana al discípulo en una celda triste y desnuda. Le dejaban una pizarra y le ordenaban fríamente que buscara el sentido de uno de los símbolos pitagóricos, por ejemplo: “¿Qué significa el triángulo inscrito en el círculo?”. O bien: “¿Por qué el dodecaedro comprendido en la esfera es la cifra del universo?”. Pasaba doce horas en la celda con su pizarra y su problema, sin otra compañía que un vaso de agua y pan seco. Luego le llevaban a una sala, ante los novicios reunidos. En esta circunstancia, tenían orden de burlarse sin piedad del desdichado, que malhumorado y hambriento comparecía ante ellos como un culpable. — “He aquí, decían, al nuevo filósofo. ¡Qué semblante más inspirado!. Va a contarnos sus meditaciones. No nos ocultes lo que has descubierto. De ese modo meditarás sobre todos los símbolos. Cuando estés sometido un mes a régimen, verás como te vuelves un gran sabio”.

En este preciso momento es cuando el maestro observaba la aptitud y profunda atención. Irritado por el desayuno, con la fisonomía del joven colmado de sarcasmos, humillado por no haber podido resolver el problema, un enigma incomprensible para él, tenía que hacer un gran esfuerzo para dominarse. Algunos lloraban de rabia; otros respondían con palabras cínicas; otros, fuera de sí, rompían su pizarra con furor, llenando de injurias al maestro, a la escuela y a los discípulos. Pitágoras comparecía entonces, y decía con calma, que habiendo soportado tan mal la prueba de amor propio, le rogaba no volviera más a una escuela de la cual tan mala opinión tenía, y en la

que las elementales virtudes debían ser la amistad y el respeto a los maestros. El candidato despedido se iba avergonzado y se volvía a veces un enemigo temible para la orden, como aquel famoso Cylón, que más tarde amotinó al pueblo contra los pitagóricos y produjo la catástrofe de la orden. Los que, al contrario, soportaban los ataques con firmeza, que respondían a las provocaciones con palabras justas y espirituales, y declaraban que estaban prestos a comenzar la prueba cien veces para obtener una sola parcela de la sabiduría, eran solemnemente admitidos en el noviciado y recibían las entusiastas felicitaciones de sus nuevos condiscípulos.

PRIMER GRADO - PREPARACIÓN (PARASKEIE) EL NOVICIADO Y LA VIDA PITAGÓRICA

Únicamente entonces comenzaba el noviciado llamado *preparación* (paraskeíé) que duraba al menos dos años y podía prolongarse hasta cinco. Los novicios u *oyentes* (akusikoi) se sometían durante las lecturas que recibían, a la regla absoluta del silencio. No tenían el derecho de hacer una objeción a sus maestros, ni de discutir sus enseñanzas. Debían recibirlas con respeto y meditar sobre ellas ampliamente. Para imprimir esta regla en el espíritu del nuevo *oyente*, se le mostraba una estatua de mujer envuelta en amplio velo, un dedo sobre sus labios: *la Musa del silencio*.

Pitágoras no creía que la juventud fuese capaz de comprender el origen y el fin de las cosas. Pensaba que ejercitarla en la dialéctica y en el razonamiento, antes de haberla dado el *sentido de la verdad*, formaba cabezas huecas y sofistas pretenciosos. Pensaba él desarrollar ante todo en sus facultades la facultad primordial y superior del hombre: la intuición. Y para ello, no enseñaba cosas misteriosas o difíciles. Partía de los sentimientos naturales, de los primeros deberes del hombre a su entrada en la vida y mostraba su relación con las leyes universales. Al inculcar por el pronto a los jóvenes el amor a sus padres, agrandaba aquel sentimiento asimilando la idea de padre a la de Dios, el gran creador del universo. “Nada más venerable, decía, que la cualidad del padre. Homero ha llamado a Júpiter el rey de los Dioses; más para mostrar toda su grandeza le llama padre de los Dioses y de los hombres”. Comparaba a la madre con la naturaleza generosa y bienhechora; como Cibele celeste produce los astros, como Demeter genera los frutos y las flores de la tierra, así la madre alimenta al hijo con todas las alegrías. El hijo debía, pues, honrar a su padre y a su madre como representantes efigies terrestres de aquellas grandes divinidades. Mostraba

también que el amor que se tiene por la patria procede del amor que se ha sentido en la infancia por la madre. Los padres nos son dados, no por casualidad, como el vulgo cree, sino por un orden antecedente y superior llamado fortuna o necesidad. Es *preciso* honrarles, pero en cuanto a los amigos, es necesario *escoger*. Se aconsejaba a los novicios que se agrupasen dos a dos, según sus afinidades. El más joven debía buscar en el de mayor edad las virtudes que buscaba y los dos compañeros debían excitarse a la vida mejor. “El amigo es un otro yo. Es preciso honrarle como a un Dios”, decía el maestro. Si la regla pitagórica imponía al novicio oyente una absoluta sumisión a los maestros, le devolvía su plena libertad en el encanto de la amistad; de ésta hacía el estimulante de todas las virtudes, la poesía de la vida, el camino del ideal.

Las energías individuales eran así despertadas, la moral se volvía viva y poética, la regla aceptada con amor cesaba de ser una violencia y se volvía la afirmación de una personalidad. Pitágoras quería que la obediencia fuese un asentimiento. Además, la enseñanza moral preparaba la enseñanza filosófica. Porque las relaciones que se establecían entre los deberes sociales y las armonías del Cosmos hacían presentir la ley de las analogías y de las concordancias universales. En esta ley reside el principio de los Misterios, de la doctrina oculta y de toda filosofía. El espíritu del discípulo se habituaba a encontrar la huella de un orden invisible en la realidad visible. Máximas generales, prescripciones sucintas abrían perspectivas sobre aquel mundo superior. Mañana y tarde *los versos dorados* sonaban al oído del discípulo con los acentos de la lira:

*Da a los inmortales Dioses el culto consagrado,
Guarda firme tu fe.*

Comentando esta máxima se enseñaba que los Dioses, diversos en apariencia, eran en el fondo los mismos en todos los pueblos, puesto que correspondían a las mismas fuerzas intelectuales y anímicas, activas en todo el universo. El sabio podía, pues, honrar a los Dioses de su patria, aunque formándose de su esencia una idea diferente del vulgo. Tolerancia para todos los cultos; unidad de los pueblos en la humanidad; unidad de las religiones en la ciencia esotérica: esas ideas nuevas se dibujaban vagamente en el espíritu del novicio, como divinidades grandiosas entrevistadas en el esplendor del poniente. Y la lira de oro continuaba sus graves enseñanzas:

*Venera la memoria
De los héroes bienhechores, espirituales semidivinos.*

Tras estos versos, el novicio veía relucir, como a través de un velo, la divina Psiquis, el alma humana. La ruta celeste brillaba como un reguero de luz. Porque en el culto de los héroes y de los semidioses, el iniciado contemplaba la doctrina de la vida futura y el misterio de la evolución universal. No se revelaba al novicio este gran secreto, pero se le preparaba a comprenderlo, hablándole de una jerarquía de seres superiores a la humanidad, llamados héroes y semidioses, que son sus guías y sus protectores. Se agregaba que ellos servían de intermediarios entre el hombre y la divinidad, que por ellos podía llegar a aproximarse practicando las virtudes heroicas y divinas. “¿Pero de qué modo comunicar con esos invisibles genios?. ¿De dónde viene el alma?. ¿A dónde va?. ¿Por qué ese sombrío misterio de la muerte?”. El novicio no osaba formular estas cuestiones, pero se adivinaban en sus miradas, y por toda respuesta sus maestros le mostraban luchadores en la tierra, estatuas en los templos y almas glorificadas en el cielo, “en la ciudadela ígnea de los dioses”, adonde Hércules había llegado.

En el fondo de los misterios antiguos se relacionaban los dioses todos con el Dios único y supremo. Esta revelación, enseñada con todas sus consecuencias, venía a ser la clave del Cosmos. Por esto la reservaban por completo a la iniciación propiamente dicha. El novicio no sabía nada. Únicamente le dejaban entrever esta verdad a través de lo que le decían de las potencias de la música y del número. Porque los números, enseñaba el maestro, contienen el secreto de las cosas, y Dios es la armonía universal. Las siete modalidades sagradas, constituidas sobre las siete notas del heptacordio, corresponden a los siete colores de la luz, a los siete planetas y a los siete modos de existencia que se reproducen en todas las esferas de la vida material y espiritual, desde la más pequeña a la más grande. Las melodías de estas modalidades, sabiamente fundidas, debían equilibrar el alma y volverla suficientemente armoniosa para vibrar de un modo preciso al soplo de la verdad.

A esta purificación del alma correspondía necesariamente la del cuerpo, que se obtenía por la higiene y la disciplina severa de las costumbres. Vencer sus pasiones era el primer deber de la iniciación. El que en su propio ser no ha formado armonía, no puede reflejar la armonía divina. Sin embargo, el ideal de la vida pitagórica nada tenía de la vida ascética, puesto que el matrimonio

era considerado como santo. Pero se recomendaba la castidad a los novicios y la moderación a los iniciados, como una fuerza y una perfección. “No cedas a la voluptuosidad más que cuando consientas en ser inferior a ti mismo”, decía el maestro. Añadía que la voluptuosidad no existe por sí misma y la comparaba “al canto de las Sirenas, que al aproximarse a ellas se desvanecen, no dejando en el sitio que ocupaban más que huesos rotos y carnes sangrientas sobre un escollo roído por las olas, mientras que el verdadero goce es semejante al concierto de las Musas, que dejan en el alma una celeste armonía”. Pitágoras creía en las virtudes de la mujer iniciada, pero desconfiaba mucho de la mujer natural. A un discípulo que le preguntaba cuándo se le permitiría acercarse a una mujer, le respondió irónicamente: “Cuando estés cansado de tu reposo”.

La jornada pitagórica se ordenaba de la manera siguiente. En cuanto el disco ardiente del sol salía de las ondas azules del mar Jónico y doraba las columnas del templo de las Musas, sobre la morada de los iniciados, los jóvenes pitagóricos cantaban un himno a Apolo, ejecutando una danza dórica de un carácter viril y sagrado. Después de las abluciones de rigor, daban un paseo al templo guardando el silencio. Cada despertar es una resurrección que tiene su flor de inocencia. El alma debía recogerse al comienzo del día y estar virgen para la lección de la mañana. En el bosque sagrado se agrupaban alrededor del maestro o de sus intérpretes, y la lección se prolongaba bajo la frescura de los grandes árboles o a la sombra de los pórticos. A mediodía se dirigía una plegaria a los héroes, a los genios benévolos. La tradición esotérica suponía que los buenos espíritus prefieren aproximarse a la tierra con la radiación solar, mientras que los malos espíritus frecuentan la sombra y se difunden en la atmósfera con la noche. La frugal comida de mediodía se componía generalmente de pan, de miel y de aceitunas. La tarde se consagraba a los ejercicios gimnásticos, luego al estudio, a la meditación y a un trabajo mental sobre la lección de la mañana. Después de la puesta del sol, se oraba en común, se cantaba un himno a los dioses cosmogónicos, a Júpiter celeste, a Minerva providencia, a Diana protectora de los muertos. Durante aquel tiempo, el incienso ardía sobre el altar al aire libre, y el himno mezclado con el perfume subía dulcemente en el crepúsculo, mientras las primeras estrellas perforaban el pálido azul. El día terminaba con la comida de la noche, después de la cual el más joven daba lectura a un libro, comentándolo el de más edad.

Así transcurría la jornada pitagórica, límpida como un manantial, clara como una mañana sin nubes. El año se ritmaba según las grandes fiestas

astronómicas. La vuelta de Apolo hiperbóreo y la celebración de los misterios de Ceres, reunían a los novicios e iniciados de todos grados, hombres y mujeres. Se veían jóvenes de púrpura y azafrán, ejecutando coros acompañados de cánticos, con los movimientos armoniosos de la estrofa y de la antiestrofa que imitó más tarde la tragedia. En medio de aquellas grandes fiestas, en que la divinidad parecía presente en la gracia de las formas y de los movimientos, en la melodía incisiva de los coros, el novicio tenía como un presentimiento de las fuerzas ocultas, de las todopoderosas leyes del universo animado, del cielo profundo y transparente. Los matrimonios, los ritos fúnebres tenían un carácter más íntimo, pero no menos solemne. Una ceremonia original daba base al trabajo de la imaginación. Cuando un novicio salía voluntariamente del instituto para continuar su vida vulgar o cuando un discípulo había traicionado un secreto de la doctrina, lo que sólo ocurrió una vez, los iniciados le elevaban una tumba en el recinto consagrado, como si hubiera muerto. El maestro decía: “Está más muerto que los muertos, puesto que ha vuelto a la mala vida; su cuerpo se pasea entre los hombres, pero su alma ha muerto: lloremosla”. — Y aquella tumba elevada a un vivo le perseguía como su propio fantasma y como un siniestro augurio.

SEGUNDO GRADO - PURIFICACIÓN (KATHARSIS) LOS NÚMEROS - LA TEOGONÍA

Era un dichoso día, “un día de oro”, como decían los antiguos, aquel en que Pitágoras recibía al novicio en su morada y le aceptaba solemnemente como su discípulo. Por lo pronto se entraba en relaciones directas y seguidas con el maestro; penetraba en el patio interior de su habitación, reservada a sus fieles. De ahí el nombre de *esotéricos* (los de adentro) opuesto al de *exotéricos* (los del exterior). La verdadera y trascendente iniciación comenzaba entonces.

Aquella revelación consistía en una exposición completa y razonada de la doctrina oculta, desde sus principios contenidos en la ciencia misteriosa de los números, hasta las últimas consecuencias de la evolución universal, en los destinos y fines supremos de la divina Psiquis, del alma humana. Aquella ciencia de los números era conocida bajo diversos nombres en los templos de Egipto y de Asia. Como ella daba la clave de toda la doctrina, las letras, las figuras geométricas o las representaciones humanas que servían de signos a esa álgebra del mundo oculto, sólo eran comprendidos por el iniciado. Pitágoras formuló esta ciencia en un libro escrito por su mano, llamado *hieros logos*, la palabra sagrada. Este libro no ha llegado a nosotros; pero los escritos

posteriores de los pitagóricos, Filolao, Archytas e Hierocles, los diálogos de Platón, los tratados de Aristóteles, de Porfirio y de Jámblico, nos permiten conocer sus principios. Si ellos son letra muerta para los modernos filósofos, es que sólo se puede comprender su sentido y su alcance por la comparación de todas las doctrinas esotéricas del Oriente.

Pitágoras llamaba matemáticos a sus discípulos porque su enseñanza superior comenzaba por la doctrina de los números. Pero esta matemática sagrada, o ciencia de los principios, era a la vez más trascendente y más viva que la matemática profana, única conocida por nuestros sabios y filósofos. **EL NÚMERO** no se consideraba sólo como una cantidad abstracta, sino como la virtud intrínseca y activa del **UNO** supremo, de **DIOS**, fuente de la armonía universal. La ciencia *de los números* era la de las fuerzas vivas, *de las facultades divinas* en acción, en los mundos, y en el hombre, en el macrocosmos y el microcosmos... Penetrándolos, distinguiéndolos y explicando su juego, Pitágoras formaba nada menos que una teogonía o teología racional.

Una teología verdadera debe dar los principios de todas las ciencias. No será ella la ciencia de Dios más que si muestra la unidad y encadenamiento de las ciencias de la Naturaleza. Sólo merece su nombre con la condición de constituir el órgano y la síntesis de todos los demás. Éste era precisamente el papel que jugaba en los templos egipcios la ciencia del verbo sagrado, formulada y precisada por Pitágoras bajo el nombre de ciencia de los números. Ella tenía la pretensión de dar la clave del ser, de la ciencia y de la vida. El adepto, guiado por el maestro, debía comenzar por contemplar los principios en su propia inteligencia, antes de seguir sus múltiples aplicaciones en la inmensidad concéntrica de las esferas de la evolución.

Un poeta moderno ha presentido esta verdad cuando hace descender a Fausto entre *las Madres* para devolver la vida al fantasma de Elena. Fausto toma la llave mágica, la tierra se desvanece bajo sus pies, el vértigo se apodera de él, se sumerge en el vacío de los espacios. Por fin llega donde están las Madres que velan por las formas originales del gran Todo y hacen brotar los seres del molde de los arquetipos. Esas Madres son los Números de Pitágoras, las fuerzas divinas del mundo. El poeta nos ha dado el escalofrío de su propio pensamiento ante esa sumersión en los abismos de lo Insondable. Para el iniciado antiguo, en quien la vista directa de la inteligencia se despertaba poco a poco como un nuevo sentido, esta revelación interna parecía más bien una ascensión en el sol incandescente de la Verdad, desde donde contemplaba en la plenitud de la Luz los seres y las formas, proyectados en el torbellino de las

vidas por una irradiación vertiginosa.

No llegaba en un día esa posesión interna de la verdad, en que el hombre realiza la vida universal por la concentración de sus facultades. Se necesitan años de ejercicio, el acuerdo tan difícil entre la inteligencia y la voluntad. Antes de manejar la palabra creadora — ¡y cuán pocos llegan! — es preciso deletrear letra por letra y sílaba por sílaba el verbo sagrado.

Pitágoras acostumbraba a dar esta enseñanza en el templo de las Musas. Los magistrados de Crotona lo habían hecho construir a petición suya y bajo su dirección, cerca de su morada, en un jardín cerrado. Los discípulos del segundo grado penetraban allí solos con el maestro. En el interior de aquel templo circular se veían las nuevas Musas de mármol. En pie, en el centro, velaba Hestia envuelta en un velo, solemne y misteriosa. Con su mano izquierda protegía la llama de un hogar, y con su diestra mostraba el cielo. Entre los Griegos y los Romanos, Hestia o Vesta era la guardiana del principio divino latente en todas las cosas. Conciencia del fuego sagrado, tiene su altar en el templo de Delfos, en el Pritaneo de Atenas, y en el más humilde hogar. En el santuario de Pitágoras, simbolizaba la Ciencia divina y central o la Teogonía. A su alrededor, las Musas esotéricas llevaban, además de sus nombres tradicionales y mitológicos, el nombre de las ciencias ocultas y de las artes sagradas que custodiaban. *Urania* guardaba la astronomía y astrología; *Polimnia* la ciencia de las almas en la otra vida, el arte de la adivinación; *Melpómene*, con su careta trágica, la ciencia de la vida y de la muerte, de las transformaciones y de los renacimientos. Esas tres Musas superiores constituían juntas la cosmogonía o física celeste: *Calíope*, *Clío* y *Euterpe* presidían a la ciencia del hombre o psicología con sus artes correspondientes: medicina, magia, moral. El último grupo: *Terpsícore*, *Erato* y *Talía*, abarcaba la física terrestre, la ciencia de los elementos, de las piedras, de las plantas y de los animales.

De este modo, a primera vista, el organismo de las ciencias, calcado en el organismo del universo, aparecía al discípulo en el círculo viviente de las Musas iluminadas por la llama divina.

Después de conducir a sus discípulos dentro de aquel pequeño Santuario, Pitágoras abría el libro del Verbo, y comenzaba su enseñanza esotérica.

“Esas Musas, decía, sólo son las terrestres efigies de las potencias divinas de que vais a contemplar por vuestros propios ojos, la inmaterial y sublime belleza. De igual modo que ellas miran al Fuego de Hestia de que emanan, y que les da el movimiento, el ritmo y la melodía, así debéis

sumergiros en el Fuego central del universo, en el Espíritu divino para difundiros con él en sus manifestaciones visibles”. Entonces con mano poderosa y atrevida, Pitágoras arrebatava a sus discípulos del mundo de las formas y de las realidades; borraba el tiempo y el espacio y los hacía descender con él en la **Gran Mónada**, en la esencia del Ser increado.

Pitágoras le llamaba el Uno primero compuesto de armonía, el Fuego viril que atraviesa todo, el Espíritu que se mueve por sí mismo, el Individuo y el gran No-Manifestado, donde los mundos efímeros manifiestan el pensamiento creador, el Único, el Eterno, el Inmutable, oculto bajo las cosas múltiples que pasan y cambián. “La esencia en sí se subtrae al hombre, dice el pitagórico Filolao. Sólo conocemos las cosas de este mundo donde lo finito se cambia con lo infinito. ¿Y cómo podemos conocerlas?. Porque hay entre nosotros y las cosas una armonía, una relación, un principio común; y ese principio les es dado por el Uno, que les da con su esencia, la medida y la inteligibilidad. Él es la común medida entre el objeto y el sujeto, la razón de las cosas por la que el Alma participa de la última razón del Uno”. (*En las matemáticas transcendentales, se demuestra algebraicamente que cero multiplicado por infinito es igual a Uno. Cero, en el orden de las ideas absolutas, significa el Ser indeterminado. El Infinito, lo Eterno, en el lenguaje de los templos se simbolizan por un círculo o por una serpiente que se muerde la cola, que significa el Infinito, moviéndose a sí mismo. Y, desde el momento que el Infinito se determina, produce todos los números que en su grande unidad contiene, y que gobierna en una perfecta armonía. Tal es el sentido trascendente del primer problema de la teogonía pitagórica, la razón que hace que la grande Mónada contenga a todas las pequeñas y que todos los números surjan de la grande unidad en movimiento*).

¿Pero cómo aproximarse a Él, al Ser impalpable?. ¿Ha visto alguien jamás al dueño del Tiempo, al alma de los soles, manantial de las inteligencias?. No; y confundiéndose con Él se penetra en su esencia. Es parecido a un fuego invisible colocado en el centro del universo, cuya llama ágil circula en todos los mundos y mueve la circunferencia. Agregaba Pitágoras que la obra de la Iniciación consistía en aproximarse al gran Ser, procurando tener con Él puntos de semejanza, volviéndose tan perfecto como posible fuera, dominando las cosas con la inteligencia, volviéndose tan **activo** como él y no **pasivo** como ellas. “Vuestro propio Ser, vuestra alma, ¿No son un microcosmo, un pequeño universo?. Pero ellos están llenos de tempestades y discordias. Se trata de realizar la unidad en la armonía y aquellas discordias han de desaparecer. Entonces y sólo entonces, Dios descenderá en vuestra

conciencia, entonces participaréis de su poder y haréis de vuestra voluntad la piedra del hogar, el altar de Hestia, el trono de Júpiter”.

Dios, la substancia indivisible, tiene pues por número la Unidad que contiene al Infinito, por nombre el de Padre, de Creador o de Eterno-Masculino, por signo el Fuego viviente, símbolo del Espíritu, esencia del Todo. He aquí el primero de los principios.

Pero las divinas facultades son semejantes al loto místico que el iniciado egipcio, acostado en su sepulcro, veía surgir de la negra noche. Al pronto no es más que un punto brillante, luego se abre como una flor, y el centro incandescente se manifiesta como una rosa de luz con mil hojas.

Pitágoras decía que la grande Mónada obra como *Diada creadora*. En el momento que Dios se manifiesta, es doble; esencia invisible y substancia divisible; principio masculino activo, animador, y principio femenino pasivo o materia plástica animada. La Diada representaba, pues, la unión del Eterno-Masculino y del Eterno-Femenino en Dios, las dos facultades divinas esenciales y correspondientes. Orfeo había expresado poéticamente esta idea en este verso:

Jupiter es el Esposo y la Esposa divinos.

Todos los politeísmos han tenido intuitivamente conciencia de esta idea, representando a la Divinidad tan pronto en forma masculina como en forma femenina.

Y esta Natura viviente, eterna, esta grande Esposa de Dios, no es únicamente la terrestre Naturaleza, sino la naturaleza celeste invisible a nuestros ojos corporales, el Alma del mundo, la Luz primordial, unas veces Maia, y otras Isis o Cibele, que vibrando la primera bajo la impulsión divina, contiene las esencias de todas las almas, los tipos espirituales de todos los seres. Es luego Demeter, la tierra viviente y todas las tierras con los cuerpos que contienen, donde aquellas almas vienen a encarnarse. Luego es la Mujer, compañera del Hombre. En la humanidad, la Mujer representa a la Naturaleza; y la imagen perfecta de Dios no es el Hombre solo, sino el Hombre y la Mujer. De ahí su invencible, encantadora y fatal atracción; de ahí la embriaguez del Amor, en que se juega el ensueño de las creaciones infinitas y el oscuro presentimiento de que el Eterno-Masculino y el Eterno-Femenino gozan de una perfecta unión en el seno de Dios. “Honor, pues, a la Mujer, en la tierra y en el cielo, decía Pitágoras con todos los iniciados antiguos; ella nos hace comprender a esta grande mujer, la Naturaleza. Que sea su imagen santificada

y que nos ayude a remontar por grados hasta la grande Alma del Mundo, que procrea, conserva y renueva, hasta la divina Cibeles, que lleva al pueblo de las almas en su manto de Luz”.

La Mónada representa la esencia de Dios, la Dyada su facultad generadora y reproductiva. Ésta genera el mundo, florecimiento visible de Dios en el espacio y el tiempo. Más el mundo real es triple. Pues de igual modo que el hombre se compone de tres elementos distintos pero fundidos uno en otro, cuerpo, alma y espíritu; así el universo está dividido en tres esferas concéntricas: el mundo natural, el mundo humano y el mundo divino. La **Triada** o **ley del ternario** es, pues, la ley constitutiva de las cosas y la verdadera clave de la vida, desde la constitución fisiológica del cuerpo animal, en funcionamiento del sistema sanguíneo y del sistema cerebroespinal, hasta la constitución hiperfísica del hombre, del universo y de Dios. De este modo ella abre como por encanto al espíritu maravillado la estructura interna del universo; ella muestra las correspondencias infinitas del macrocosmos y del microcosmos. Ella obra como una luz que atraviesa las cosas para hacerlas transparentes, y hace brillar a los mundos pequeños y grandes como otras tantas linternas mágicas.

Explicemos esta ley por la correspondencia esencial del hombre y del universo.

Pitágoras admitía que el espíritu del hombre o el intelecto tienen de Dios su naturaleza inmortal, invisible, absolutamente activa. Porque el espíritu es lo que se mueve por sí mismo. Llamaba al cuerpo su parte mortal, divisible y pasiva. Pensaba él que lo que llamamos **alma** está estrechamente unido al espíritu, pero formado por un tercer elemento intermedio que proviene del **flúido cósmico**. El alma se semeja, pues, a un cuerpo etéreo que el espíritu se teje y se construye a sí mismo. Sin ese cuerpo etéreo, el cuerpo material no podría ser animado, y sólo sería una masa inerte y sin vida. (**Doctrina idéntica a la del iniciado San Pablo, que habla del cuerpo espiritual**). El alma tiene una forma semejante a la del cuerpo que vivifica, y le sobrevive después de la disolución o la muerte. Ella se vuelve entonces, según la expresión de Pitágoras repetida por Platón, el sutil vehículo que lleva al espíritu hacia las esferas divinas o le deja caer en las tenebrosas regiones de la materia, según que ella es más o menos buena o mala. Más la constitución y evolución del hombre se repite en círculos que se agrandan sobre toda la escala de los seres y en todas las esferas. Al igual que la humana Psiquis lucha entre el espíritu que la atrae y el cuerpo que la retiene, así la humanidad evoluciona entre el mundo natural y animal, donde ella sumerge sus raíces terrestres y el mundo

divino de los puros espíritus, donde está su manantial celeste y hacia el cual aspira a elevarse. Y lo que pasa en la humanidad pasa en todas las tierras y en todos los sistemas solares en proporciones siempre diversas, en modos siempre nuevos. Extended el círculo hasta el infinito y, si lo podéis, abarcad en un solo concepto los mundos sin límites. ¿Qué encontráis en ellos?. El pensamiento creador, el flúido astral y mundos en evolución: el espíritu, el alma y el cuerpo de la divinidad. Levantando velo tras velo y sondeando las facultades de la divinidad misma, veréis la Triada y la Dyada envolviéndose en la sombría profundidad de la Mónada cómo una eflorescencia de estrellas en los abismos de la inmensidad.

Según esta rápida exposición, se concibe la capital importancia que Pitágoras concedía a la ley del ternario. Se puede decir que ella forma la piedra angular de la ciencia esotérica. Todos los grandes iniciadores religiosos han tenido conciencia de ello, todos los teósofos lo han presentido. Un oráculo de Zoroastro dice:

*El número tres reina en el universo
Y la mónada en su principio.*

El mérito incomparable de Pitágoras está en haberlo formulado con la claridad del genio griego. Hizo de ello el centro de su teogonía y el fundamento de las ciencias. Ya velada la ley en los escritos exotéricos de Platón, pero incomprendida por completo por los filósofos posteriores, esta concepción no ha penetrado en los tiempos modernos más que entre algunos raros iniciados de las ciencias ocultas. *(Entre ellos y en primer término hay que colocar a Fabre d'Olivet (Versos dorados de Pitágoras). Esta concepción viviente de las fuerzas del Universo, penetrándolo de alto a bajo; nada tiene que ver con las especulaciones vacías de los puros metafísicos, como por ejemplo la tesis, la antítesis y la síntesis de Hegel, simples juegos del espíritu).* Se ve desde ahora qué base ancha y sólida el ternario universal ofrecía a la clasificación de las ciencias, el edificio de la cosmogonía y de la psicología.

Del mismo modo que el ternario universal se concentra en la unidad de Dios o en la Mónada, así el ternario humano se concentra en la conciencia del yo y en la voluntad que recoge todas las facultades del cuerpo, del alma y del espíritu en su viviente unidad. El ternario humano y divino, resumido en la Mónada, constituye la **Tetrada sagrada**. Pero el hombre sólo de una manera relativa realiza su unidad. Porque su voluntad que obra sobre todo su ser, no puede, sin embargo, obrar simultánea y plenamente en sus tres órganos; es

decir, en el instinto, en el alma y en el intelecto. El universo y Dios mismo no se le aparecen más que por turno y sucesivamente, reflejados por aquellos tres espejos.

1. Visto a través del instinto y el Kaleidoscopio de los sentidos, Dios es múltiple e infinito, como sus manifestaciones. De ahí el politeísmo, donde el número de los dioses no tiene límite.

2. Visto a través del alma razonable, Dios es doble, es decir, espíritu y materia. De ahí el dualismo de Zoroastro, de los Maniqueos y de varias otras religiones.

3. Visto a través del intelecto puro, es triple, es decir, espíritu, alma y cuerpo en todas las manifestaciones del universo. De ahí los cultos trinitarios de la India (Brahma, Vishnú y Siva) y la trinidad misma del cristianismo (el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo).

4. Concebido por la voluntad que resume el todo, Dios es único y tenemos el monoteísmo hermético de Moisés en todo su rigor. Aquí no hay ya personificación, ni encarnación; salimos del universo visible y entramos en lo absoluto. El Eterno reina solo sobre el mundo reducido a polvo. La diversidad de las religiones proviene, pues, del hecho de que el hombre no realiza la divinidad más que a través de su propio ser, que es relativo y finito, mientras que Dios realiza en todo instante la unidad de los tres mundos en la armonía del universo.

Esta última aplicación demostraría por sí sola la virtud, en cierto modo mágica, del *Tetragrama*, en el orden de las ideas. No solamente se encontraría en él el principio de las ciencias, la ley de los seres y su modo de evolución, sino también la razón de las religiones diversas y de su unidad superior. Era verdaderamente la clave universal. De ahí el entusiasmo con que Lysis habla de esto en los *Versos dorados*, y se comprende ahora por qué los pitagóricos juraban por aquel gran símbolo:

*Yo juro por aquel que grabó en nuestros pechos
La Tétrada sagrada, inmenso y puro símbolo,
Fuente de la Natura, modelo de los Dioses.*

Pitágoras iba mucho más lejos en la enseñanza de los números. En cada uno de ellos definía un principio, una ley, una fuerza activa del universo. Pero él decía que los principios esenciales están contenidos en los cuatro primeros números, porque adicionándolos o multiplicándolos se encuentran todos los demás. De igual modo la infinita variedad de los seres que componen el

universo es producida por las combinaciones de las tres fuerzas primordiales: materia, alma, espíritu bajo la impulsión creadora de la unidad divina que las mezcla y las diferencia, las concentra y las anima. Con los principales maestros de la ciencia esotérica, Pitágoras concedía una grande importancia al **número siete** y al número diez. Siete, siendo el compuesto de tres y cuatro, significa la unión del hombre con la divinidad. Es la cifra de los adeptos, de los grandes iniciados, y como explicación la realización completa de toda cosa por siete grados, representa la ley de la evolución. El **número diez**, formado por la adición de los cuatro primeros y que contiene al precedente, es el número perfecto por excelencia, puesto que representa todos los principios de la divinidad evolucionados y reunidos en una nueva divinidad.

Al terminar la enseñanza de su teogonía, Pitágoras mostraba a sus discípulos las nueve Musas, personificando las ciencias, agrupadas tres por tres, presidiendo al triple ternario evolucionado en nueve mundos, y formando, con Hestia, la Ciencia divina, guardiana del Fuego primordial: **La Década sagrada**.

TERCER GRADO - PERFECCIÓN (TELEIOTHES) COSMOGONÍA Y PSICOLOGÍA LA EVOLUCIÓN DEL ALMA

El discípulo había recibido del maestro los principios de la ciencia. Esa primera iniciación había hecho caer las espesas escamas de la materia, que cubrían los ojos de su espíritu. Desgarrando el velo brillante de la Mitología, ella le había arrancado del mundo visible para lanzarlo ansiosamente a los espacios sin límites y sumergirlo en el sol de la Inteligencia, de donde la Verdad irradia sobre los tres mundos. Pero la ciencia de los números sólo era el preámbulo de la gran iniciación. Armado con estos principios, se trataba ahora de descender de las alturas de lo Absoluto a las profundidades de la naturaleza para coger al vuelo el pensamiento divino en la formación de las cosas y en la evolución del alma a través de los mundos. La cosmogonía y la psicología esotérica tocaban a los más grandes misterios de la vida, a secretos peligrosos y celosamente guardados de las ciencias y de las artes ocultas. Por esto, Pitágoras gustaba de dar aquellas lecciones lejos del día profano, por la noche, al borde del mar, en las terrazas del templo de Ceres, al murmullo ligero de las olas jónicas, de tan melodiosa cadencia, a las lejanas fosforescencias del Kosmos estrellado, o bien de las criptas del santuario, donde las lámparas egipcias de nafta difundían una claridad dulce e igual. Las

mujeres iniciadas asistían a aquellas reuniones nocturnas. A veces, sacerdotes o sacerdotisas, llegados de Delfos o de Eleusis, venían a confirmar las enseñanzas del maestro por la narración de sus experiencias o por la palabra lúcida del sueño clarividente.

La evolución material y la evolución espiritual del mundo son dos movimientos inversos, pero paralelos y concordantes en toda la escala del ser. El uno sólo por el otro se explica, y, vistos en conjunto, explican el mundo. La evolución material representa la manifestación de Dios en la materia por el alma del mundo que la trabaja. La evolución espiritual representa la elaboración de la conciencia en las mónadas individuales y sus tentativas de unirse, a través del ciclo de vidas, con el espíritu divino de que ellas emanan. Ver el universo desde el punto de vista físico, o desde el punto de vista espiritual, no es considerar un objeto diferente, es contemplar el mundo desde los dos extremos opuestos. Desde el punto de vista terrestre, la explicación racional del mundo debe comenzar por la evolución material, puesto que por este lado la vemos; pero haciéndonos ver el trabajo del Espíritu universal en la materia y proseguir el desenvolvimiento de las mónadas individuales, ella conduce insensiblemente al punto de vista espiritual y nos hace pasar del *exterior* al *interior* de las cosas, del revés del mundo a su lado profundo.

Así al menos procedía Pitágoras, que consideraba al universo como un ser vivo, animado por una grande alma y penetrado por una grande inteligencia. La segunda parte de su enseñanza comenzaba, pues, por la cosmogonía.

Si nos fijásemos únicamente en los fragmentos exotéricos de los pitagóricos, la astronomía suya sería semejante a la de Ptolomeo, la tierra inmóvil y el sol girando alrededor, con los planetas y el cielo entero. Pero el principio mismo de esa astronomía nos advierte de que es puramente simbólica. En el centro del universo, Pitágoras coloca el Fuego (del cual el Sol no es más que el reflejo) Más, en el simbolismo del Oriente, el Fuego es el signo representativo del Espíritu, de la Conciencia divina, universal. Lo que nuestros filósofos toman generalmente por la física de Pitágoras y de Platón, no es, pues, otra cosa que una descripción llena de colorido de su filosofía secreta, luminosa para los iniciados; pero tanto más impenetrable al vulgo, cuanto que la hacían pasar por una sencilla física. Busquemos, pues, en ella una especie de cosmografía de la vida de las almas, y nada más. La región sublunar designa la esfera donde se ejerce la atracción terrestre, y es llamada el *círculo de las generaciones*. Los iniciados entendían por eso que la tierra es para nosotros la región de la vida corporal. Allí se hacen todas las operaciones

que acompañan a la encarnación y desencarnación de las almas. La esfera de los seis planetas y del sol responde a categorías ascendentes de espíritus. El Olimpo concebido como una esfera en rotación, es llamado *el cielo de los fijos*, porque es asimilado a la esfera de las almas perfectas. Esta astronomía infantil recubre, pues, una concepción del universo espiritual.

Pero todo nos lleva a creer que los antiguos iniciados, y particularmente Pitágoras, tenían nociones mucho más precisas del universo físico. Aristóteles dice positivamente que los pitagóricos creían en el movimiento de la tierra alrededor del Sol. Copérnico afirma que la idea de la rotación de la tierra alrededor de su eje le vino leyendo, en Cicerón que un tal Aycetas; de Siracusa, había hablado del movimiento diurno de la tierra. A sus discípulos del tercer grado Pitágoras enseñaba el doble movimiento de la tierra. Sin tener las medidas exactas de la ciencia moderna, él sabía, como los sacerdotes de Memfis, que los planetas salidos del Sol giran a su alrededor; que las estrellas son otros tantos sistemas solares gobernados por las mismas leyes del nuestro y que cada uno tiene su rango en el universo inmenso. Él sabía también que cada mundo solar forma un pequeño universo, que tiene su correspondencia en el mundo espiritual y su cielo propio. Los planetas servían para marcar la escala. Pero esas nociones, que habrían revolucionado la mitología popular y que la multitud hubiese tachado de sacrilegios, jamás eran confiadas a la escritura vulgar. Sólo se enseñaban bajo el sello del más profundo secreto. *(Ciertas definiciones extrañas, bajo forma de metáfora, que nos han sido transmitidas y que provienen de la enseñanza secreta del maestro, dejan adivinar, en su sentido oculto, la concepción grandiosa que Pitágoras tenía del Kosmos. Hablando de las constelaciones, llamaban a las Osas Mayor y Menor: las manos de Rhea-Kybeles. Más, Rhea-Kibeles significa esotéricamente la luz astral circulante, la divina esposa del fuego universal o del Espíritu creador, que, concentrándose en los sistemas solares, atrae las esencias inmateriales de los seres, los coge, y los hace entrar en el torbellino de las vidas. El llamaba también a los planetas los perros de Proserpina. Esta expresión singular no tiene sentido más que esotéricamente. Proserpina, la diosa de las almas, presidía a su encarnación en la materia. Pitágoras llamaba, pues, a los planetas, perros de Proserpina, porque guardan y retienen las almas encarnadas como el cancerbero mitológico guarda las almas en el infierno).*

El universo visible, decía Pitágoras, el cielo con todas sus estrellas no es más que una forma pasajera del alma del mundo, de la grande Maia, que concentra la materia esparcida en los espacios infinitos, luego la disuelve y la

disemina en imponderable flúido cósmico. Cada torbellino solar posee una parcela de esa alma universal, que evoluciona en su seno durante millones de siglos, con una fuerza de impulsión y una medida especial. En cuanto a las potencias, a los reinos, a las especies y a las almas en los astros de este pequeño mundo, vienen de Dios, descienden del Padre, es decir, que ellas emanan de un orden espiritual inmutable y superior, así como de una evolución material anterior, es decir, de un sistema solar extinguido. De esas potencias invisibles unas, absolutamente inmortales, dirigen la formación de este mundo, otra esperan su florecimiento en el sueño cósmico o en el divino ensueño para volver a entrar en las generaciones visibles, según rango y según la ley eterna. El alma solar y su fuego central, que mueve directamente a la gran Mónada, elabora la materia en fusión. Los planetas son hijos del Sol. Cada uno de ellos, elaborado por las fuerzas de atracción y de rotación inherentes a la materia, está dotado de un alma semiconsiente salida del alma solar, y tiene su carácter distinto, su papel particular en la evolución. Como cada planeta es una expresión diversa del pensamiento de Dios, como ejerce una función especial en la cadena planetaria, los antiguos sabios han identificado los nombres de los planetas con los grandes dioses, que representan las facultades divinas en acción en el universo.

Los *cuatro elementos*, de que están formados los astros y los seres, designan cuatro estados graduados de la materia. El primero, como el más denso y el más grosero, es el más refractario al espíritu; el último, como el más refinado, tiene por él una grande afinidad. La *tierra* representa el estado sólido; el *agua*, el estado líquido; el *aire*, el estado gaseoso; el *fuego*, el estado imponderable. El quinto elemento, o *etérico*, representa un estado tan sutil de la materia y tan vivaz, que ya no es atómico y está dotado de penetración universal. Es el flúido cósmico original, la luz astral o el alma del mundo.

Pitágoras hablaba en seguida a sus discípulos de las revelaciones de la tierra, según las tradiciones del Egipto y del Asia. Sabía que la tierra en fusión estaba rodeada primitivamente de una atmósfera gaseosa, que, licuada por su enfriamiento sucesivo, había formado los mares. Según su costumbre, él resumía metafóricamente esta idea, diciendo que los mares eran producidos *por las lágrimas de Saturno* (el tiempo cósmico).

Más he aquí los reinos que aparecen, y los invisibles gérmenes, flotando en *el aura* etérea de la tierra, en torbellinos dentro de su manto gaseoso, siendo luego atraídos al profundo seno de los mares y a los primeros, continentes emergidos. Los mundos vegetal y animal, aun confundidos, aparecen casi al mismo tiempo. La doctrina esotérica admite la transformación

de las especies animales, no solamente según la ley de la *selección*, sino también según la ley primaria de la *percusión* de la tierra por los poderes celestes, y de todos los seres vivos por principios inteligibles y fuerzas invisibles. Cuando una nueva especie aparece sobre el globo, es que una raza de almas de un tipo superior se encarna en épocas dadas en los descendientes de la especie antigua, para hacerla subir un escalón remoldeándola y transformándola a su imagen. De este modo la doctrina esotérica explica la aparición del hombre sobre la tierra. Desde el punto de vista de la evolución terrestre, el hombre es la última rama y la corona de todas las especies anteriores. Pero este punto de vista no basta para explicar su entrada en escena, como no bastaría para explicar la formación de la primera alga o del primer crustáceo en el fondo de los mares. Todas esas creaciones sucesivas suponen, como cada nacimiento, la percusión de la tierra por los poderes invisibles que crean la vida. La del hombre supone el reino anterior de una humanidad celeste que preside al nacimiento de la humanidad terrestre y le envía, como las ondas de una marea formidable, nuevos torrentes de almas que se encarnan en su seno y hacen lucir los primeros rayos de un divino día en este ser temeroso, más impulsivo, audaz, que, apenas salido de las tinieblas de la animalidad, se ve obligado a luchar con todos los poderes de la naturaleza para poder vivir.

Pitágoras, instruido por los templos del Egipto, tenía nociones precisas sobre las grandes evoluciones del globo. La doctrina india y la egipcia conocían la existencia del antiguo continente austral que había producido la raza roja y una potente civilización, llamada Atlante por los Griegos. Ella atribuía la emergencia y la inmersión alternativas de los continentes a la oscilación de los polos y admitía que la humanidad había atravesado así por seis diluvios. Cada ciclo interdiluviano trae el predominio de una gran raza humana. En medio de los eclipses parciales de la civilización y de las facultades humanas, hay un movimiento general ascendente.

He aquí, pues, a la humanidad constituida y a las razas lanzadas en su carrera, a través de los cataclismos del globo. Pero sobre este globo, que tomamos al nacer por la base inmutable del mundo y que flota por el espacio, sobre estos continentes que emergen de los mares para desaparecer de nuevo, en medio de estos pueblos que pasan, de estas civilizaciones que se derumban, ¿Cuál es el grande, el punzante, el eterno misterio?. Es el problema interior, el de cada uno y el de todos, es el problema del alma, que descubre en sí misma un abismo de tinieblas y de luz, que se contempla con una mezcla de encanto y de temor, y se dice: “Yo no soy de este mundo, porque él no basta para

explicarme. No vengo de la tierra y voy a otra parte. ¿Pero adónde?”. Es el misterio de Psiquis, que contiene todos los demás.

La cosmogonía del mundo visible, decía Pitágoras, nos ha conducido a la historia de la tierra y ésta al misterio del alma humana. Con él tocamos al santuario de los santuarios, al arcano de los arcanos. Una vez despierta su conciencia, el alma se vuelve para sí misma el más asombroso de los espectáculos. Pero esta misma conciencia no es más que la superficie iluminada de su ser, donde ella sospecha abismos oscuros e insondables. En su ignota profundidad, la divina Psiquis contempla con mirada fascinada todas las vidas y todos los mundos: el pasado, el presente y el futuro que une con la Eternidad. “Conócete a ti mismo y conocerás el universo de los dioses”, he aquí el secreto de los sabios iniciados. Pero para penetrar por esa puerta estrecha de la inmensidad del universo invisible, despertemos en nosotros la vista directa del alma purificada y armémonos con la antorcha de la Inteligencia, de la ciencia de los principios y de los números sagrados.

Pitágoras pasaba así de la cosmogonía física a la cosmogonía espiritual. Después de la evolución de la tierra, contaba la evolución del alma a través de los mundos. Fuera de la iniciación, esta doctrina es conocida bajo el nombre de *transmigración de las almas*. No se han dicho más disparates sobre ninguna parte de la doctrina oculta que sobre ésta, y tanto es ello así, que la literatura antigua y moderna no la conocen más que bajo disfraces pueriles. Platón mismo, el que contribuyó más a popularizarla de todos los filósofos, sólo ha dado resúmenes fantásticos y a veces extravagantes, sea porque su prudencia o sus juramentos le hayan impedido decir todo lo que sabía. Pocos sospechan hoy que esa doctrina haya podido tener para los iniciados un aspecto científico, abrir perspectivas infinitas y dar al alma consuelos divinos. La doctrina de la vida ascensional es el rango común de las tradiciones esotéricas y el coronamiento de la teosofía. Yo añado que ella tiene, para nosotros, una importancia capital. Porque el hombre de hoy rechaza con igual desprecio la inmortalidad abstracta y vaga de la filosofía y el cielo infantil de la religión primaria. Y, sin embargo, la nada y la sequedad del materialismo le causan horror. El aspira inconscientemente a la conciencia de una *inmortalidad orgánica* que responda a la vez a las exigencias de la razón y a las necesidades indestructibles de su alma. Se comprende, además, por qué los iniciados de las religiones antiguas, teniendo conocimiento de esas verdades, las han mantenido tan secretas. Ellas son de naturaleza tal, que producen el vértigo a los espíritus no cultivados. Ellas se ligan estrechamente con los profundos misterios de la generación espiritual, de los sexos y de la

generación en la carne, de donde dependen los destinos de la humanidad.

Se esperaba, pues, con una especie de santo temor esa hora capital de la enseñanza esotérica. Por la palabra de Pitágoras, como por un lento encanto, la pesada materia parecía aligerarse, las cosas de la tierra se volvían transparentes, las del cielo visibles al espíritu. Esfera de oro y azul surcadas de esencias luminosas desarrollaban sus orbes hasta el infinito.

Entonces los discípulos, hombres y mujeres, agrupados alrededor del maestro, en una parte subterránea del templo de Ceres, llamada cripta de Proserpina, escuchaban con una emoción palpitante *la historia celeste de Psiquis*.

¿Qué es el alma humana?. Una parcela de la gran alma del mundo, una brasa del espíritu divino, una mónada inmortal. Más si su posible porvenir se abre en los esplendores insondables de la conciencia divina, su misterioso florecer remonta a los orígenes de la materia organizada. Para llegar a ser lo que es, ha sido necesario que ella atravesara todos los reinos de la naturaleza, toda la escala de los seres, desenvolviéndose gradualmente por una serie de innumerables existencias. El espíritu que moldea los mundos y condena la materia cósmica en masas enormes, se manifiestan con una intensidad diversa y una concentración siempre mayor en los reinos sucesivos de la naturaleza. Fuerza ciega e indistinta en el mineral, individualizada en la planta, polarizada en la sensibilidad y el instinto de los animales, ella tiende hacia la Mónada consciente en esa lenta elaboración; y la Mónada elemental es visible en el animal más inferior. El elemento anímico y espiritual existe, pues, en todos los reinos, aunque solamente en estado de cantidad infinitesimal en los reinos inferiores. Las almas que existen en estado de gérmenes en los reinos inferiores estacionándose allí sin salir de ellos durante inmensos períodos, y sólo después de grandes revoluciones cósmicas, ellas pasan a un reino superior cambiando de planeta. Todo lo que ellas pueden hacer durante el período de vida de un planeta, consiste en subir algunas especies. ¿Dónde comienza la Mónada?. Igual sería preguntar la hora en que se ha formado una nebulosa, o que un sol ha lucido por vez primera. Sea de ello lo que quiera, lo que constituye la esencia de cualquier hombre ha debido evolucionar durante millones de años a través de una cadena de planetas y los reinos inferiores, conservando a través de todas esas existencias un principio individual que por todas partes la sigue. Esa individualidad oscura, pero indestructible, constituye el sello divino de la Mónada en que Dios quiere manifestarse por la conciencia.

Cuando más ascendemos en la serie de los organismos, más la Mónada

desarrolla los principios latentes que en ella están. La fuerza polarizada se vuelve sensible, la sensibilidad instinto, el instinto inteligencia. Y a medida que se enciende la antorcha vacilante de la conciencia, esta alma se vuelve más independiente del cuerpo, más capaz de llevar una existencia más libre. El alma flúida y no polarizada de los minerales y vegetales, está ligada a los elementos de la tierra. La de los animales, fuertemente atraída por el fuego terrestre, allí pasa un cierto tiempo cuando deja su cadáver; luego vuelve a la superficie del globo para reencarnarse en su especie, sin jamás poder abandonar las bajas capas de la atmósfera. Éstas se hallan pobladas de elementales o almas animales, que tienen su papel en la vida atmosférica y una influencia oculta sobre el hombre. El alma humana sola viene del cielo, y a él vuelve después de la muerte. ¿Pero en qué época de su larga existencia cósmica el alma elemental se ha convertido en alma humana?. ¿Por qué crisol incandescente, por qué etérea llama ha pasado para eso?. La transformación no ha sido posible en un período interplanetario más que por el encuentro de almas humanas plenamente formadas, que han desenvuelto en el alma elemental su espiritual principio y han impreso su divino prototipo como un sello de fuego en su substancia plástica.

¡Qué de viajes, qué de encarnaciones, qué de ciclos planetarios a atravesar aún, para que el alma humana así formada se convierta en el hombre que conocemos!. Según las tradiciones esotéricas de la India y de Egipto, los individuos que componen la humanidad actual han comenzado su existencia humana en otros planetas, donde la materia es mucho menos densa que en el nuestro. El cuerpo del hombre era entonces casi vaporoso, sus encarnaciones ligeras y fáciles. Sus facultades de percepción espiritual directa habían sido muy poderosas y muy sutiles en esa primera fase humana: la razón y la inteligencia por oposición, se hallaban en estado embrionario. En ese estado semicorporal, semiespiritual, el hombre veía los espíritus, todo era esplendor y encanto ante su visión, y música para su audición. Él oía hasta la armonía de las Esferas. Ni pensaba, ni reflexionaba; quería apenas. Se dejaba vivir, bebiendo los sonidos, las formas y la luz, flotando como en un sueño, de la vida a la muerte y de la muerte a la vida. He aquí lo que los órficos llamaban *el cielo de Saturno*. Encarnándose sobre planetas más y más densos, según la doctrina de Hermes, es como el hombre se ha materializado. Encarnándose en una materia más espesa, la humanidad ha perdido su sentido espiritual; pero por su lucha más y más fuerte con el mundo exterior, ha desarrollado poderosamente su razón, su inteligencia, su voluntad. La tierra es el último escalón de este descenso en la materia que Moisés llama la salida del paraíso,

y Orfeo la caída en el círculo sublunar. De él puede el hombre remontar penosamente los círculos de una serie de existencias nuevas, y recobrar sus sentidos espirituales por el libre ejercicio de su intelecto y de su voluntad. Entonces solamente, dicen los discípulos de Hermes y de Orfeo, el hombre adquiere por su *acción* la conciencia y el poder de lo divino; entonces solamente llega a ser *hijo de Dios*. Y aquéllos que sobre la tierra han llevado este nombre, han debido, antes de aparecer entre nosotros, descender y remontar la vertiginosa espiral.

¿Qué es, pues, la humilde Psiquis en su origen?. Un soplo que pasa, un germen que flota, un ave batida por los vientos, que emigra de vida en vida. Y sin embargo, de naufragio en naufragio, a través de millones de años, se ha convertido en la hija de Dios y no reconoce más patria que el cielo. He aquí por qué la poesía griega, de un simbolismo tan profundo y tan luminoso, ha comparado el alma al insecto alado, tan pronto gusano como mariposa celeste. ¿Cuántas veces ha sido crisálida y cuántas otras mariposa?. ¡Ella jamás lo sabrá, pero sí siente que tiene alas!

Tal es el vertiginoso pasado del alma humana. El nos explica su presente condición y nos permite entrever su porvenir.

¿Cuál es la situación de la divina Psiquis en la vida terrestre?. Por poco que se reflexione, no se podría imaginar una cosa más extraña y más trágica. Desde que se ha despertado penosamente en el aire espeso de la tierra, el alma está enlazada a los repliegues del cuerpo. Ella no vive, no respira, no piensa más que a través de él, y, sin embargo, él no es ella. A medida que el alma se desarrolla, siente crecer en sí una luz temblorosa, algo de invisible e inmaterial que ella llama su espíritu, su conciencia. Sí; el hombre tiene el sentimiento innato de su triple naturaleza, puesto que distingue en su lenguaje, aun instintivo, su cuerpo de su alma y su alma de su espíritu. Más el alma cautiva y atormentada se agita entre sus dos compañeros como entre la presión de una serpiente de mil repliegues y un genio invisible que la llama, pero cuya presencia no se hace sentir más que por su aleteo y sus resplandores fugitivos. A veces este cuerpo la absorbe hasta tal punto, que Psiquis no vive más que por sus sensaciones y sus pasiones; con él se lanza en las orgías sangrientas de la cólera o en el espeso humo de las voluptuosidades carnales, hasta que se asusta de sí misma por el profundo silencio del compañero invisible. Otras veces, atraída por éste, se pierde en una tal altura de pensamiento que olvida la existencia del cuerpo, hasta que éste le recuerda su presencia con tiránico toque de atención. Y entre tanto, una voz interna le dice que entre ella y el huésped invisible el lazo es indisoluble, aunque la muerte rompa sus lazos con

el cuerpo. Pero, lanzada de una a otra parte en su lucha eterna, el alma busca en vano la felicidad y la verdad. Vanamente ella se busca en sus sensaciones que pasan, en sus pensamientos que se escapan, en el mundo que cambia como un espejismo. No encontrando nada que dure, atormentada, arrojada como una hoja al viento, duda de sí misma y de un mundo divino que no se revela a ella más que por su dolor y su impotencia para alcanzarlo. La ignorancia humana está escrita en las contradicciones de los pretendidos sabios, y la tristeza humana en la sed insondable de la humana mirada. En fin, cualquiera que sea la extensión de sus conocimientos, el nacimiento y la muerte encierran al hombre entre dos límites fatales. Son dos puertas de tinieblas, más allá de las cuales nada ve. La llama de su vida se enciende al entrar por la una y se apaga al salir por la otra. ¿Pasará lo mismo con el alma?. Si no, ¿Qué es ella?.

La respuesta que los filósofos han dado a este angustioso problema, ha sido muy diversa. La de los teósofos de todos los tiempos es la misma, en cuanto a lo esencial. Ella está de acuerdo con el sentimiento universal y con el espíritu íntimo de las religiones. Éstas no han expresado la verdad más que bajo formas supersticiosas o simbólicas. La doctrina esotérica abre perspectivas mucho más vastas, y sus afirmaciones están de acuerdo con las leyes de la universal evolución. He aquí lo que los iniciados, instruidos por la tradición y por las numerosas experiencias de la vida psíquica, han dicho al hombre: lo que se agita en ti, lo que tú llamas tu alma, es un *doblo etérico* del cuerpo que contiene en sí mismo un espíritu inmortal. El espíritu se construye y se teje, por su actividad propia, su cuerpo espiritual. Pitágoras le llama el *sutil carro del alma*, porque está destinado a arrebatarla de la tierra después de la muerte. *Ese cuerpo espiritual es el órgano del espíritu*, su envoltura sensitiva, su instrumento volitivo, y sirve para la animación del cuerpo, que sin ello sería inerte. En las apariciones de los moribundos o de los muertos, ese *doblo* se vuelve visible. Pero eso supone siempre un estado nervioso especial en el vidente. La sutilidad, el poder, la perfección del cuerpo espiritual, varían según la cualidad del espíritu que contiene, y hay entre la substancia de las almas tejidas en la luz astral, pero impregnadas de los flúidos imponderables de la tierra y del cielo, matices más numerosos, diferencias más grandes, que entre todos los cuerpos terrestres y todos los estados de la materia ponderable. Ese cuerpo astral, aunque mucho más sutil, y más perfecto que el terrestre, no es mortal como la Mónada que él contiene. Cambia, se depura, según los medios que atraviesa. El espíritu le moldea, le transforma perpetuamente a su imagen, pero no le abandona, y se desguarnece

de él poco a poco, revistiéndose de sustancias más etéreas. He aquí lo que Pitágoras enseñaba; que no concebía la entidad espiritual abstracta, la Mónada sin forma. El espíritu, actuando en el fondo de los cielos como sobre la tierra, debe tener un órgano; este órgano es el alma viviente, bestial o sublime, oscura o radiante, pero teniendo la forma humana, esta imagen de Dios.

¿Qué ocurre en la muerte?. En la proximidad de la agonía, el alma presiente generalmente su próxima separación del cuerpo. Ella vuelve a ver toda su existencia terrestre en cuadros breves, de una sucesión rápida, de una claridad asombrosa. Pero cuando la vida agotada se detiene en el cerebro, ella se turba y pierde totalmente la conciencia. Si es un alma santa y pura, sus sentidos espirituales se han despertado ya por su disgregación gradual de la material. Ella ha tenido antes de morir, de un modo cualquiera, aunque sólo fuera por introyección de su propio estado, el sentimiento de la presencia de otro mundo. A las silenciosas instancias, a las lejanas llamadas, a los vagos rayos de lo Invisible, la tierra ha perdido ya su consistencia, y cuando el alma se escapa al fin del cadáver frío, dichosa de su liberación, se siente ella arrebatada en una gran luz hacia la familia espiritual a que pertenece. Pero no pasa así con el hombre ordinario, cuya vida ha estado repartida entre los instintos materiales y las aspiraciones superiores. El se despierta con una semiconciencia, como en el torpe sentir de una pesadilla. No tiene ya brazos para coger, ni voz para gritar; pero se acuerda, sufre, existe en un limbo de tinieblas y de espanto. La única cosa que ve es su cadáver, del que está despegado, pero hacia el cual experimenta aún una atracción invencible. Porque por medio de aquél él vivía y ahora ¿Qué es él?. Se busca con espanto en las fibras heladas de su cerebro, en la sangre cuajada de sus venas, y no se encuentra ya. ¿Está muerto?. ¿Está vivo?. Quisiera ver, asirse a alguna cosa; pero no ve, no puede coger nada. Las tinieblas le encierran; a su alrededor, en él todo es caos. No ve más que una cosa, y ésta le atrae, y la causa horror... la fosforescencia siniestra de sus despojos; y la pesadilla comienza de nuevo.

Ese estado puede prolongarse durante meses o años. Su duración depende de la fuerza de los instintos materiales del alma. Pero, buena o mala, infernal o celeste, el alma adquiere poco a poco conciencia de sí misma y de su nuevo estado. Una vez libre de su cuerpo, se escapará en los abismos de la atmósfera terrestre, cuyos ríos eléctricos la llevan de un lado a otro, y donde comienza a ver a los multiformes errantes, más o menos semejantes a ella misma, como resplandores fugaces en una bruma espesa. Entonces comienza una lucha vertiginosa, encarnizada, del alma aun adormecida, para subir a las capas superiores del aire, libertarse de la atracción terrestre y ganar en el cielo

de nuestro sistema plánetario la región que le es propia y los guías amigos pueden únicamente mostrarle. Pero antes de oírlos y verlos, le es necesario con frecuencia un largo tiempo. Esta fase de la vida del alma ha llevado nombres diversos en las religiones y las mitologías. Moisés la llama Horeb, Orfeo el Erebo, el cristianismo el Purgatorio o el *valle de la sombra de la muerte*. Los iniciados griegos la identificaban con el cono de sombra que la tierra arrastra siempre tras de sí, que va hasta la luna, y la llamaban por esta razón el *abismo de Hécate*. En aquel pozo tenebroso giran en torbellinos, según los órficos y los pitagóricos, las almas que tratan de alcanzar el círculo de la luna por medio de esfuerzos desesperados, y que la violencia de los vientos arroja por millares sobre la tierra. Homero y Virgilio las comparan a torbellinos de hojas, a enjambres de pájaros asustados por la tempestad. La luna jugaba un gran papel en el esoterismo antiguo. En su cara vuelta hacia el cielo, se decía que las almas iban a purificar su cuerpo astral antes de continuar su ascensión celeste. Se suponía también que los héroes y los genios estacionaban cierto tiempo sobre su cara vuelta hacia la tierra para revestir un cuerpo apropiado a nuestro mundo antes de venir a reencarnarse. Se atribuía en algún modo a la luna el poder de magnetizar el alma para la encarnación terrestre, y de desmagnetizarla para el cielo. De una manera general, esas expresiones, a las que los iniciados daban un sentido a la vez real y simbólico, significaban que el alma debe pasar por un estado intermedio de purificación y desembarazarse de las impurezas de la tierra antes de proseguir su viaje.

Pero ¿Cómo pintan la llegada de un alma pura a un mundo propio de ella?. La tierra ha desaparecido como una pesadilla. Un sueño nuevo, un desvanecimiento delicioso la envuelve como una carga. Ella no ve más que a su guía alado, que la lleva con la rapidez del relámpago por las profundidades del espacio. ¿Qué decir de su despertar en los valles de un astro etéreo, sin atmósfera elemental, donde todo, montañas, flores, vegetación, está formado en una naturaleza exquisita, sensible y parlante?. ¿Qué decir, sobre todo de esas formas luminosas, hombres y mujeres, que le rodean en sagrado grupo para iniciarle en el santo misterio de su nueva vida?. ¿Son dioses o diosas? No; son almas como ella, y la maravilla es que su pensamiento íntimo florece sobre su semblante, que la ternura, el amor, el deseo o el temor irradian a través de aquellos cuerpos diáfanos en una gama de coloraciones luminosas. Aquí, cuerpos y rostros no son ya las caretas del alma, sino que el alma transparente aparece en su forma verdadera y brilla en la plena luz de su verdad pura. Psiquis ha vuelto ha encontrar su divina patria. Porque la luz secreta, donde se baña, que emana de ella misma y a ella vuelve en la sonrisa

de los seres amados, esa luz de felicidad... es el alma del mundo... y en ella siente la presencia de Dios. Ahora ya no hay más obstáculos; ella amará, sabrá, vivirá sin otro límite que su propia capacidad, su propio vuelo. ¡Oh dicha extraña y maravillosa!. Ella se siente unida a todas sus compañeras por profundas afinidades. Porque en la vida del más allá los que no se aman se repelen, y sólo quienes se comprenden se reúnen, y juntos celebran los divinos misterios en los templos más bellos, en una comunión más perfecta. Serán poemas vivientes siempre nuevos, de los cuales cada alma será una estrofa y donde cada una volverá a vivir su vida en la de las otras. Luego, temblorosa, se lanzará a la luz de arriba, al llamamiento de los Enviados, de los alados Genios, de aquellos que se llaman Dioses porque han escapado del círculo de las generaciones. Conducida por esas inteligencias sublimes, tratará de deletrear el gran poema del Verbo oculto, de comprender lo que pueda distinguir de la sinfonía del universo. Ella recibirá las enseñanzas jerárquicas de los círculos del Amor divino, tratará de ver las Esencias que esparcen en los mundos los Genios animadores, contemplará los espíritus glorificados, rayos vivientes del Dios de los Dioses, y no podrá soportar su esplendor que hace palidecer a los soles como lámparas humeantes. Y cuando vuelva espantada de esos viajes deslumbradores — porque ella siente escalofríos ante aquellas inmensidades —, oirá de lejos la llamada de las voces amadas y volverá a caer en las playas doradas de su astro, bajo el velo rosado de un sueño ondulante lleno de formas blancas, de perfumes y de melodía.

Tal es la vida celeste del alma, que concibe apenas nuestro espíritu manchado por las impurezas de la tierra, pero que adivinan los iniciados, que viven los videntes y que demuestra la ley de las analogías y de las concordancias universales. Nuestras imágenes groseras, nuestro lenguaje imperfecto, tratan en vano de traducir esa vida; pero cada alma viva siente su germen en sus ocultas profundidades. Si en el estado presente nos es imposible demostrarla, la filosofía oculta formula sus condiciones psíquicas. La idea de los astros etéreos, invisibles para nosotros, pero formando parte de nuestro sistema solar y sirviendo de estancia a las almas felices, se encuentra con frecuencia en los arcanos de la tradición esotérica. Pitágoras llama a esto el doble etéreo de la tierra: el *antichtono* iluminado por el fuego central, es decir, por la luz divina. Al fin del *Fedón*, Platón describe ampliamente, aunque de una manera disfrazada, esa tierra espiritual. De ella dice que es tan ligera como el aire y rodeada de una atmósfera etérea. En la otra vida, el alma conserva, pues, toda su individualidad. De su existencia terrestre sólo guarda los recuerdos nobles, y deja caer los otros en ese olvido que los poetas han

llamado las ondas del Leteo. Libertada de sus manchas, el alma humana siente su conciencia como invertida. De la parte externa del universo ha entrado en su parte interna; Cibeles-Maia, el alma del mundo, la ha recogido en su seno con una aspiración profunda. Allí Psiquis terminará su ensueño, ese ensueño roto a todas horas y sin cesar recomenzado en la tierra. Ella lo terminará en la medida de su esfuerzo terrestre y de la luz adquirida; pero lo ensanchará cien veces más. Las esperanzas pulverizadas reflorarán en la aurora de su vida divina; las sombrías puestas de sol de la tierra, se iluminarán en días brillantes. Sí; el hombre, aunque no haya vivido más que una hora de entusiasmo o de abnegación, esa sola nota pura arrancada a la gama disonante de su vida terrestre, se repetirá en su más allá en progresiones maravillosas, en eólicas armonías. Las felicidades fugitivas que nos procuran los encantos de la música, los éxtasis del amor o los transportes de la caridad, no son más que las notas desgranadas de una sinfonía que oiremos entonces. ¿Es decir que esa vida sólo será un largo sueño, una alucinación grandiosa?. ¿Pero qué hay de más verdadero que lo que el alma siente en sí, que lo que ella realiza por su comunión divina con otras almas?. Los iniciados, que son los idealistas consecuentes y trascendentes, siempre han pensado que las únicas cosas reales y duraderas de la tierra son las manifestaciones de la Belleza, del Amor y de la Verdad espirituales. Como el más allá no puede tener otro objeto que esa Verdad, esa Belleza y ese Amor, para quienes de ello han hecho el objeto de su vida, están persuadidos de que el cielo será más verdadero que la tierra.

La vida celeste del alma puede durar cientos o miles de años, según su rango y su fuerza de impulsión. Pero sólo pueden prolongarla indefinidamente los más perfectos, los más sublimes, los que han franqueado el círculo de las generaciones. Esas almas no han alcanzado únicamente el reposo temporal, sino la acción inmortal en la verdad; ellas han creado sus alas. Son inviolables, porque son la luz, gobiernan a los mundos, porque a través de ellos ven. En cuanto a las otras, son conducidas por una ley inflexible a reencarnarse para sufrir una nueva prueba y elevarse a un escalón superior o caer más bajo si desfallecen.

Como la vida terrestre, la vida espiritual tiene su principio, su apogeo y su decadencia. Cuando esta vida se agota, el alma se siente sobrecogida de pesadumbre, de vértigo y de melancolía. Una fuerza invencible la atrae de nuevo hacia las luchas y los sufrimientos de la tierra. Este deseo se mezcla con aprensiones terribles, y un inmenso dolor de dejar la vida divina. Pero el tiempo ha llegado; la ley debe cumplirse. La pesadumbre aumenta y en el alma se produce la oscuridad. Ya no ve a sus compañeras luminosas más que a

través de un velo, y ese velo, cada vez más espeso, le hace sentir la separación inminente. Ella oye sus tristes adioses; las lágrimas de los bienhechores amados la penetran como un rocío celeste que dejará en su corazón la ardiente sed de una felicidad desconocida.

Entonces — con juramentos solemnes — ella promete *acordarse...*, acordarse de la luz en el mundo de las tinieblas, de la verdad en el mundo de la mentira, del amor en el mundo del odio. — ¡La vuelta, la corona inmortal se alcanzan a ese precio! —. Se despierta en una atmósfera espesa. Astro etéreo, almas diáfanas, océanos de luz, todo ha desaparecido. Ya está sobre la tierra, en el abismo del nacimiento y de la muerte. Sin embargo, aun no ha perdido el recuerdo celeste, y el guía alado visible ahora a sus ojos, le designa la mujer que será su madre. Esta lleva en sí el germen de un niño. Pero este germen sólo vivirá si el espíritu le anima. Entonces tiene lugar durante nueve meses el misterio más impenetrable de la vida terrestre, el de la encarnación y de la maternidad.

La fusión misteriosa se opera lentamente, sabiamente, órgano por órgano, fibra por fibra. A medida que el alma se sumerge en aquel antro cálido que hormiguea, a medida que se siente cogida en los repliegues de las vísceras, la conciencia de su vida divina se borra y se extingue. Porque entre ella y la luz de lo alto se interponen las ondas de la sangre, los tejidos de la carne que la ahogan y la llenan de tinieblas. Ya aquella luz lejana, sólo es un resplandor moribundo. Por fin, un dolor horrible la comprime, la aprieta como en un torno; una convulsión sangrienta la arranca del alma maternal y la clava a un cuerpo palpitante. El niño ha nacido, miserable efigie terrestre, y grita espantado. Pero el recuerdo celeste ha entrado en las profundidades ocultas de lo Inconsciente. ¡Este recuerdo sólo revivirá por la Ciencia o por el Dolor, por el Amor o por la Muerte!

La ley de encarnación y desencarnación nos descubre, pues, el verdadero sentido de la vida y de la muerte. Ella constituye el nudo capital en la evolución del alma, y nos permite seguirla, hacia atrás y hacia adelante, hasta las profundidades de la naturaleza y de la divinidad. Porque esta ley nos revela el ritmo y la medida, la razón y el objeto de su inmortalidad. De abstracta o de fantástica, la vuelve viva y lógica, mostrando las correspondencias de la vida y de la muerte. El nacimiento terrestre es una muerte, desde el punto de vista espiritual, y la muerte una resurrección celeste. La alternativa de las dos vidas es necesaria para el desarrollo del alma, y cada una de las dos es, a la vez la consecuencia y la explicación de la otra. Quien se haya penetrado de estas verdades, se encuentra en el corazón de los misterios,

en el centro de la iniciación.

Pero, se me dirá, ¿Qué es lo que nos prueba la continuidad del alma, de la mónada, de la entidad espiritual a través de todas esas existencias, puesto que ella pierde sucesivamente su memoria?. ¿Y qué es lo que os prueba, respondemos, la identidad de vuestra persona durante el estado de vigilia y durante el sueño?. Os despertáis cada mañana de un estado tan extraño, tan inexplicable como la muerte, resucitáis de esa nada y volvéis a caer en ella por la noche. ¿Era la nada?. No, porque habéis soñado, y vuestros sueños han sido para vosotros tan reales como la realidad de la vigilia. Un cambio de las condiciones fisiológicas del cerebro ha modificado las relaciones del alma y del cuerpo y desplazado vuestro punto de vista psíquico. Erais el mismo individuo, pero os encontrábais en otro medio y llevábais otra existencia. En los magnetizados, los sonámbulos y los clarividentes, el sueño desarrolla nuevas facultades que nos parecen milagrosas, pero que son las facultades naturales del alma apartada del cuerpo. Una vez despiertos, esos clarividentes no recuerdan ya lo que han visto, dicho y hecho durante su sueño lúcido; pero recuerdan perfectamente, en uno de sus sueños, lo que ha pasado en el sueño precedente, y predicen lo que ocurrirá en el próximo. Ellos tienen, pues, como dos conciencias, dos vidas alternadas enteramente distintas, pero en las que cada una tiene su continuidad racional, y que se enrollan alrededor de una misma individualidad, como cordones de color diferente alrededor de un hilo invisible.

Tenía, pues, un sentido muy profundo, el que los antiguos poetas iniciados llamaran al sueño el *hermano de la muerte*. Porque un velo de olvido separa el sueño de la vigilia, como pasa con el nacimiento y la muerte, y de igual modo que nuestra vida terrestre se divide en dos partes siempre alternadas, así el alma eterna, en la inmensidad de su evolución cósmica, entre la encarnación y la vida espiritual, entre las tierras y los cielos. Este paso alternativo de un plano del universo al otro, esta inversión de los polos del ser, no es menos necesaria al desarrollo del alma que la alternativa de la vigilia y del sueño lo es a la vida corporal del hombre. Tenemos necesidad de las ondas del Leteo al pasar de una existencia a otra. En ésta, un velo saludable nos oculta el pasado y el porvenir. Pero el olvido no es total y alguna luz se filtra a través del velo. Las ideas innatas prueban, por sí solas, una existencia anterior. Pero hay más: nacemos con un mundo de reminiscencias vagas, de impulsiones misteriosas, de presentimientos divinos. Hay en los hijos nacidos de padres dulces y tranquilos, irrupciones de pasiones salvajes que el atavismo no basta para explicar, y que vienen de una existencia precedente. Hay a veces

en las vidas más humildes, fidelidades inexplicables y sublimes a un sentimiento, a una idea. ¿No vienen de las promesas y de los juramentos de la vida celeste?. Porque el recuerdo oculto que el alma ha guardado de ella, es más fuerte que todas las razones terrestres. Según que el alma se incline hacia aquel recuerdo o que lo abandone, se la ve vencer o sucumbir. La verdadera fe es una muda fidelidad del alma a sí misma. Se concibe por esta razón que Pitágoras, como todos los teósofos, haya considerado la vida corporal como una elaboración necesaria de la voluntad, y la vida celeste como un crecimiento espiritual y un cumplimiento.

Las vidas se siguen y no se parecen, pero se encadenan con una lógica implacable. Si cada una de ellas tiene su ley propia y su destino especial, su enlace está regido por una ley singular que se podría llamar *la repercusión de las vidas*. (*La ley llamada Karma por los brahmanes y los budhistas*). Según esa ley, las acciones de una vida tienen su repercusión fatal en la vida siguiente. No solamente el hombre renacerá con los instintos y las facultades que ha desarrollado en su precedente encarnación, sino que el género mismo de su existencia será determinado en gran parte por el buen o mal empleo que haya hecho de su libertad en la vida precedente. No hay palabra ni acción que deje de tener su eco en la eternidad, dice un proverbio. Según la doctrina esotérica, ese proverbio se aplica a la letra, de una vida a la otra. Para Pitágoras, las injusticias aparentes del destino, las deformidades, las miserias, los golpes de fortuna, las desgracias de todo género, encuentran su explicación en el hecho de que cada existencia es la recompensa o el castigo de la precedente. Una vida criminal engendra una vida de expiación; una vida imperfecta, otra de pruebas. Una vida buena determina una misión; una vida superior, una misión creadora. La sanción moral que se aplica con imperfección aparente desde el punto de vista de una sola vida, se aplica pues con una perfección admirable y una injusticia minuciosa en la serie de las vidas. En esta serie puede haber progresión hacia la espiritualidad y hacia la inteligencia, como puede haber regresión hacia la bestialidad y hacia la materia. A medida que el alma asciende, adquiere una parte más grande en la elección de sus reencarnaciones. El alma inferior sufre su imperio; el alma media elige entre las que se le ofrecen; el alma superior que se impone una misión, la escoge por abnegación. Cuanto más elevada es el alma, más elevada conserva la conciencia, y más clara la irrefragable percepción de la vida espiritual, que reina más allá de nuestro horizonte terrestre, que la envuelve como una atmósfera de luz y envía sus rayos a nuestras tinieblas. La tradición dice también que los iniciadores de primera fila, los divinos profetas de la

humanidad, se han acordado de sus precedentes vidas terrestres. Según la leyenda, Gautama Buddha, Sakya Muni, había encontrado en sus éxtasis el hilo de sus existencias pasadas; y se dice de Pitágoras que manifestaba deber a un favor especial de los Dioses, el recordar algunas de sus vidas anteriores.

Hemos dicho que en la serie de vidas, el alma puede retrogradar o avanzar, según que ella se abandone a su naturaleza, inferior o divina. De ahí una consecuencia importante, cuya verdad siempre ha sentido la conciencia humana con un estremecimiento extraño. En todas las vidas hay luchas que sostener, elecciones que hacer, decisiones que tomar, cuyas consecuencias son incalculables. Pero en el camino ascendente del bien, que atraviesa una serie considerable de encarnaciones, debe haber una vida, un día, una hora quizás, en que el alma, llegada a la plena conciencia del bien y del mal, pueda elevarse por último y soberano esfuerzo a una altura desde donde no tendrá que descender de nuevo y donde comienza el camino de las cimas. De igual modo, sobre la vía descendente del mal, hay un punto donde el alma perversa puede aún volver sobre sus pasos. Pero una vez franqueado ese punto, el endurecimiento es definitivo. De existencia en existencia, el alma rodará hasta el fondo de las tinieblas y perderá su humanidad. El hombre se vuelve demonio, el demonio animal, y su indestructible mónada quedará forzada a recomenzar la penosa, tremenda evolución, por la serie de los reinos ascendentes y de las existencias innumerables. He aquí el infierno verdadero según la ley de evolución; y, ¿No es tan terrible, y más lógico que el de las religiones exóticas?.

El alma puede, pues, ascender o descender en la serie de las vidas. En cuanto a la humanidad terrestre, su marcha se opera según la ley de una progresión ascendente que forma parte del orden divino. Esta verdad, que creemos ser descubrimiento reciente, era conocida y enseñada en los Misterios antiguos. “Los animales son parientes del hombre y el hombre es pariente de los Dioses”, decía Pitágoras. Él desarrollaba filosóficamente lo que también enseñaban los misterios de Eleusis: el progreso de los reinos ascendentes, la aspiración del mundo vegetal al mundo animal, del mundo animal al mundo humano y la sucesión en la humanidad de razas de más en más perfectas. Ese progreso no se cumple de un modo uniforme, sino en ciclos regulares y crecientes, encerrados unos en otros. Cada pueblo tiene su juventud, su madurez y decadencia. Lo mismo pasa con las razas en conjunto: con la raza roja, con la raza negra, con la raza blanca, que han reinado sucesivamente sobre el globo. La raza blanca, aun en plena juventud, no ha alcanzado la madurez en nuestros días. En su apogeo, desarrollará de su seno propio una

raza perfeccionada, por el restablecimiento de la iniciación y por la selección espiritual de los matrimonios. De este modo se siguen las razas; así progresa la humanidad. Los iniciados antiguos iban mucho más lejos que los modernos en sus previsiones. Admitían que había de llegar un momento en que la gran masa de los individuos que componen la humanidad actual, pasaría a otro planeta para comenzar allí un nuevo ciclo. En la serie de los ciclos que constituye la cadena planetaria, la humanidad entera desarrollará los principios intelectuales, espirituales y trascendentes, que los grandes iniciados han cultivado en sí desde esta vida, y los generalizará en una florecencia más amplia. No hay solamente que decir que tal desarrollo abraza no solamente miles, sino millones de años, y que traerá tales cambios en la condición humana, que no podemos imaginarlos. Para caracterizarlos, Platón dice que en aquel tiempo, los Dioses habitarán realmente los templos de los hombres. Es lógico admitir que en la cadena planetaria, es decir, en las evoluciones sucesivas de nuestra humanidad sobre otros planetas, sus encarnaciones serán de naturaleza más y más etérea, que las aproximarán insensiblemente al estado puramente espiritual de esa octava esfera que está fuera del círculo de las generaciones, y por cuyo nombre los antiguos teósofos designaban el estado divino. Es natural también, que no teniendo todos la misma impulsión, quedando muchos en el camino o cayendo de nuevo, el número de los enemigos vaya siempre disminuyendo en esa prodigiosa ascensión. Hay motivos en ella para producir el vértigo a nuestras inteligencias limitadas por la tierra, pero las inteligencias celestes la contemplan sin miedo, como contemplamos nosotros una sola vida. La evolución de las almas así comprendida, ¿No está conforme con la unidad del Espíritu, ese principio de los principios; con la homogeneidad de la Naturaleza, esa ley de las leyes; con la continuidad del movimiento, esa fuerza de las fuerzas?. Visto a través del prisma de la vida espiritual, un sistema solar no constituye solamente un mecanismo material, sino un organismo viviente, un reino celeste, donde las almas viajan de mundo en mundo como el soplo mismo de Dios, que todo lo anima.

¿Cuál es, pues, el objetivo final del hombre y de la humanidad, según la doctrina esotérica?. Después de tantas vidas; de muertes, de nacimientos, de calmas y de despertares, ¿Hay un término a las labores de Psiquis?. Sí, dicen los iniciados: cuando el alma haya definitivamente vencido a la materia, cuando desarrollando todas sus facultades espirituales, haya encontrado en sí misma el principio y el fin de toda cosa, entonces, no siendo la encarnación necesaria, entrará en el estado divino por su unión completa con la divina

inteligencia. Y puesto que apenas podemos presentir la vida espiritual del alma después de cada vida terrestre, ¿Cómo haríamos para imaginar esa vida perfecta, que deberá seguir toda la serie de sus existencias espirituales?. Ese cielo de los cielos será a sus felicidades precedentes lo que el océano es a sus ríos. Para Pitágoras, la apoteosis del hombre no era la inmersión en la inconciencia, sino la actividad creadora en la suprema conciencia. El alma se ha vuelto espíritu puro y no pierde su individualidad; la perfecciona al concluirla, puesto que se junta con su arquetipo en Dios. Ella recuerda todas sus existencias anteriores que le parecen otros tantos escalones para alcanzar el grado desde donde abarca y penetra el universo. En ese estado, el hombre ya no es hombre, como decía Pitágoras: es semi-Dios. Porque él refleja en su ser la ley inefable, de que Dios llena la inmensidad. Para él, saber es poder; amar es crear; ser es irradiar la verdad y la belleza.

¿Es definitivo ese término?. La Eternidad espiritual tiene otras medidas que el tiempo solar, pero ella tiene también sus etapas, sus normas y sus ciclos. Solamente que ellos están muy por encima de las concepciones humanas. Pero la ley de las analogías progresivas en los reinos ascendentes de la naturaleza, nos permite afirmar que llegado el espíritu a ese estado sublime, no puede ya volver atrás, y que si los mundos visibles cambian y pasan, el mundo invisible que es su razón de ser, su manantial y desembocadura, y del cual forma parte la divina Psiquis, es inmortal.

Por tales perspectivas luminosas, Pitágoras terminaba la historia de la *divina Psiquis*. La última palabra había expirado sobre los labios del sabio, pero el sentido de la incomunicable verdad, quedaba suspendido en el aire inmóvil de la cripta. Todos creían haber acabado el sueño de las vidas y despertarse en la grande paz, en el dulce océano de la existencia una y sin límites. Las lámparas de nafta iluminaban tranquilamente la estatua de Perséfone, en pie como celeste segadora, y hacían revivir su historia simbólica en los frescos sagrados del santuario. A veces una sacerdotisa, que entraba en éxtasis bajo la voz armoniosa de Pitágoras, parecía encarnar en su actitud y en su rostro radiante, la inefable belleza de su visión. Y los discípulos — sobrecogidos de un religioso escalofrío — miraban en silencio. Pero pronto el maestro, con gesto lento y seguro, traía a la tierra a la *prophantida* inspirada. Poco a poco sus facciones se distendían, y lánguida caía en los brazos de sus compañeras en letargia profunda, de la que se despertaba confusa, triste y como agitada de su sutil vuelo.

Entonces subían de la cripta a los jardines de Ceres, en la frescura del alba que comenzaba a blanquear sobre el mar al borde del cielo estrellado.

CUARTO GRADO - EPIFANÍA EL ADEPTO - LA MUJER INICIADA - EL AMOR Y EL MATRIMONIO

Acabamos de alcanzar con Pitágoras el pináculo de la iniciación antigua. Sobre aquella cima, la tierra aparece ahogada en sombra como un astro moribundo. Desde allí se abren las siderales perspectivas, y se desenvuelve en un conjunto maravilloso, la vista desde la altura, la epifanía del universo. (*La epifanía o vista desde la altura; la autopsia o vista directa; la teofonía o manifestación de Dios, son otras tantas ideas correlativas y expresiones diversas para señalar el estado de perfección en que el iniciado, que había unido su alma a Dios, contempla la verdad total*). Pero el fin de la enseñanza no era absorber al hombre en la contemplación o en el éxtasis. El maestro había paseado a sus discípulos por las regiones inconmensurables del Kosmos, les había sumergido en los abismos de lo invisible. Del tremendo viaje los verdaderos iniciados debían volver a la tierra. mejores, más fuertes y mejor templados para las pruebas de la vida.

A la iniciación de la inteligencia debía suceder la de la voluntad, la más difícil de todas. Porque ahora se trataba para el discípulo de hacer a la verdad descender en las profundidades de su ser, de hacer la obra en la práctica de la vida. Para alcanzar ese ideal, se precisaba, según Pitágoras, reunir tres perfecciones: realizar la verdad en la inteligencia, la virtud en el alma, la pureza en el cuerpo. Una sabia higiene, una continencia mesurada debían mantener la fuerza corporal. Todo exceso del cuerpo deja una traza y una marcha en el cuerpo astral, organismo vivo del alma y, por consiguiente, en el espíritu. Porque el cuerpo astral concurre a todos los actos del cuerpo material; es él mismo quien los cumple, porque el cuerpo, sin él, sólo es una masa inerte. Es preciso, pues, que el cuerpo esté purificado para que el alma lo esté también. Se precisa asimismo que el alma sin cesar iluminada por la inteligencia, adquiera el valor, la abnegación y la fe, en una palabra, la virtud, y con ella se forme una segunda naturaleza que substituya a la primera. Necesario es, en fin, que el intelecto alcance la sabiduría por la ciencia, de tal modo que en todo sepa distinguir el bien del mal, y ver a Dios en el más pequeño de los seres como en el conjunto de los mundos. A esta altura, el hombre es un *adepto* y, si posee una energía suficiente, entra en posesión de facultades y de poderes nuevos. Los internos sentidos del alma se abren, la voluntad irradia en los demás. Su magnetismo corporal penetrado por los

efluvios de su alma astral, electrizado por su voluntad, adquiere un poder aparentemente milagroso. A veces cura enfermos por la imposición de las manos o por su sola presencia. Con frecuencia penetra en los pensamientos de los hombres con su mirada sola. Otras veces, en estado de vigilia, ve acontecimientos que se producen a larga distancia*. Obra a lo lejos por la concentración del pensamiento y de la voluntad sobre personas que le son afines a distancia, como si su cuerpo astral pudiera transportarse fuera de su cuerpo material. La aparición de moribundos o de muertos a los amigos, es exactamente el mismo fenómeno. Únicamente que la aparición que el moribundo o el alma del muerto produce, generalmente por un deseo inconsciente, en la agonía o en la segunda muerte, el adepto la ejecuta en plena salud y en plena conciencia. Sin embargo, no puede hacerlo más que durante el sueño y casi siempre durante un sueño letárgico. En fin, el adepto se siente como rodeado y protegido por seres invisibles, superiores y luminosos, que le prestan su fuerza y le ayudan en su misión.

Raros son los adeptos, más raros aún los que alcanzan este poder. Grecia sólo conoció tres: Orfeo en la aurora del helenismo; Pitágoras en su apogeo; Apolonio de Tyana en su última decadencia. Orfeo fue el gran inspirado y el gran iniciador de la región griega; Pitágoras, el organizador de la ciencia esotérica y de la filosofía de las escuelas; Apolonio, el estoico moralizador y el mago popular de la decadencia. En los tres, a pesar de los grados y los matices, brilla el rayo divino: el espíritu apasionado por la salvación de la salmas, la indomable energía revestida de mansedumbre y de serenidad. Pero no os aproximéis a esas grandes frentes tranquilas que bullen en silencio. Se siente debajo la hoguera de una voluntad ardiente, pero siempre contenida.

Pitágoras nos representa, pues, un adepto de primer orden con el espíritu científico y la fórmula filosófica que le aproxima más al espíritu moderno. Pero él mismo no podía ni pretendía hacer de sus discípulos adeptos llegados a la perfección. Una grande época siempre tiene en su origen un gran inspirador. Sus discípulos y los que le siguieron forman la cadena imanada y difunden su pensamiento por el mundo. En el cuarto grado de la iniciación, Pitágoras se contentaba con enseñar a sus fieles las aplicaciones de su doctrina a la vida. La *Epifanía*, o vista desde arriba, daba un conjunto de miras profundas y regeneradoras sobre las ilusorias y pasajeras cosas terrestres.

El origen del bien y del mal es un misterio incomprensible para el que no se ha dado cuenta del origen y del fin de las cosas. Una moral que no tiene en cuenta los supremos destinos del hombre, sólo será utilitaria y muy

imperfecta. Además, la libertad humana no existe de hecho para los que se sienten esclavos de sus pasiones; y no existe de derecho para los que no creen en el alma ni en Dios, y para quienes la vida es un relámpago entre dos nadas. Los primeros viven en la servidumbre del alma encadenada a las pasiones; los segundos en la servidumbre de la inteligencia limitada al mundo físico. No ocurre lo mismo al hombre religioso, ni al verdadero filósofo, y con mayor razón al teósofo iniciado, que realiza la verdad en la trinidad de su ser y en la unidad de su voluntad. Para comprender el origen del bien y del mal, el iniciado mira *los tres mundos* con los ojos del espíritu. Ve el mundo tenebroso de la materia y de la animalidad donde domina el inexorable *Destino*. Ve el mundo luminoso del Espíritu, que para nosotros es el mundo invisible, la inmensa jerarquía de las almas libres, donde reina la ley divina y que constituye por sí misma la Providencia en acción. Entre los dos, ve, en un claroscuro, a la humanidad, que le sumerge por su base en el mundo natural y toca por sus cimas al mundo divino. Tiene por genio: *La Libertad*. Porque desde el momento en que el hombre percibe la verdad y el error, queda en libertad para elegir: unirse a la Providencia cumpliendo la verdad, o caer bajo la ley del destino siguiendo el error. El acto de la voluntad, unido al acto intelectual, no es más que un punto matemático, pero de ese punto brota el universo espiritual. Todo espíritu siente parcialmente por instinto lo que el teósofo comprende totalmente por el intelecto, a saber: que el Mal es lo que le hace subir hacia la fatalidad de la miseria, que el Bien es lo que le hace subir hacia la ley divina del Espíritu. Su verdadero destino está en ascender siempre más alto y por su propio esfuerzo. Pero para esto es preciso también que sea libre de bajar a lo más bajo. El círculo de la libertad se ensancha hasta lo infinitamente grande a medida que se sube; se empequeñece hasta lo infinitamente pequeño a medida que se baja. Cuanto más se sube, más libre se es; cuanto más se entra en luz, más fuerza se adquiere para el bien. Cuanto más se descende, más se es esclavo, porque cada caída en el mal disminuye la comprensión de lo verdadero y la capacidad del bien. El Destino reina sobre el pasado, la Libertad sobre el porvenir y la Providencia sobre los dos; es decir, sobre el presente siempre existente, que se puede llamar la Eternidad. *(Esta idea resalta lógicamente del ternario humano y divino, de la trinidad del macrocosmo, que hemos expuesto en los capítulos precedentes. La correlación metafísica del Destino, de la Libertad y de la Providencia ha sido admirablemente deducida por Fabre d'Olivet, en su comentario a los Versos dorados de Pitágoras).* De la acción combinada del Destino, de la Libertad y de la Providencia surgen los destinos innumerables, infiernos y

paraísos de las almas. El mal, como desacuerdo con la ley divina, no es la obra de Dios, sino la del hombre, y no tiene más que una existencia relativa, aparente y transitoria. El bien, como acuerdo con la ley divina, existe solo, real y eternamente. Ni los sacerdotes de Delfos o de Eleusis, ni los filósofos iniciados, quisieron jamás revelar estas profundas ideas al pueblo, que hubiera podido interpretarlas en mal sentido y abusar de ellas. En los Misterios, se representaba simbólicamente esta doctrina por el desplazamiento de Dionisos, pero cubriendo con un velo impenetrable a los profanos, lo que se llamaba *los sufrimientos de Dios*.

Las más grandes discusiones religiosas y filosóficas versan sobre la cuestión del origen del bien y del mal. Acabamos de ver que la doctrina esotérica posee la clave en sus arcanos. Hay otra cuestión capital de que depende el problema social y político: la de *la desigualdad de las condiciones humanas*. El espectáculo del mal y del dolor tiene en sí algo de terrible. Se puede añadir que su distribución, en apariencia arbitraria e injusta, es el origen de todos los odios, de todas las rebeldías, de todas las negaciones. Aquí también, la doctrina profunda trae a nuestras terrestres nieblas, su luz soberana de paz y de esperanza. La diversidad de las almas, de las condiciones, de los destinos, no puede en efecto justificarse más que por la pluralidad de las existencias y por la doctrina de la reencarnación. Si el hombre nace por vez primera en esta vida, ¿Cómo explicar los males sinnúmeros que parecen caer por azar sobre él?. ¿Cómo admitir que hay una eterna justicia, cuando los unos nacen en una condición que lleva fatalmente en sí la miseria y la humillación, mientras otros nacen con fortuna y viven dichosos?. Pero si es cierto que hemos vivido otras vidas, que después de la muerte viviremos otras más, que a través de todas esas existencias reina la ley de recurrencia y de repercusión, entonces las diferencias del alma, de condición, de destino, sólo serán los efectos de las vidas anteriores y las múltiples aplicaciones de aquella ley. Las diferencias de condición provienen de un desigual empleo de la libertad en las vidas precedentes, y las diferencias intelectuales de los hombres que atraviesan la tierra en un siglo pertenecen a grados de evolución extremadamente diversos, que se escalonan desde la semianimalidad de las pobres razas en regresión, hasta los estados angélicos de los santos y hasta la majestad divina del genio. En realidad, la tierra semeja a un navío, y todos los que la habitamos a viajeros que vienen de países lejanos y se dispersan por etapas a todos los puntos del horizonte. La doctrina de la reencarnación da una razón de ser, según la doctrina y la lógica eternas, a los más terribles males, como a las dichas más envidiadas. El idiota nos parecerá comprensible, si

pensamos en que su estupidez, de la que tiene una semiconciencia y por la que sufre, es el castigo de un criminal empleo de la inteligencia en otra vida. Todos los matices de sufrimientos físicos o morales, de dicha o desgracia, en sus innumerables variedades, nos aparecerán como las consecuencias naturales y sabiamente graduadas de los instintos y de las acciones, de las faltas y de las virtudes de un largo pasado, pues el alma conserva en sus profundidades ocultas todo lo que ella acumula en sus diversas existencias. Según la hora y la influencia, los antiguos sedimentos aparecen y desaparecen; y el destino, es decir, los espíritus que lo dirigen, proporcionan el género de encarnación a su rango y calidad. Lysis expresa esta verdad bajo un velo, en sus *versos dorados*:

*Verás cómo los males que a los hombres devoran
De su elección son su fruto, y que esos desdichados
Buscan fuera de sí los bienes que en sí tienen.*

Lejos de debilitar el sentimiento de fraternidad y de solidaridad humana, esta doctrina sólo puede fortificarlo. Debemos a todos ayuda, simpatía y caridad; porque todos somos de la misma raza, aunque llegados a diferentes estados. Todo sufrimiento es sagrado; porque el dolor es el crisol de las almas. Toda simpatía es divina; porque nos hace sentir, como por un efluvio magnético, la cadena invisible que enlaza los mundos todos. La virtud del dolor es la razón del genio. Sí; sabios y santos, profetas y divinos creadores relucen con una más emocionante belleza para los que saben que ellos también han salido de la evolución universal. Esa fuerza que nos admira, ¿Cuántas vidas, cuántas victorias ha precisado para ser conquistada?. Esa luz innata del genio, ¿De qué ciclos ya atravesados le llega?. No lo sabemos. Pero esas vidas han sido, y esos ciclos existen. No se ha engañado pues la conciencia de los pueblos; no han mentido los profetas cuando han llamado a aquellos hombres los hijos de Dios, los enviados del cielo profundo. Porque su misión es deseada por la eterna Verdad, legiones invisibles los protegen y el Verbo viviente habla en ellos.

Hay entre los hombres una diversidad que proviene de la esencia primitiva de los individuos; hay otra, acabamos de decirlo, que proviene del grado de evolución espiritual que han alcanzado. Desde este último punto de vista, se reconoce que los hombres pueden clasificarse en cuatro grupos, que comprenden todas las subdivisiones y todos los matices.

1º En la mayor parte de los hombres, la voluntad obra sobre todo en el

cuerpo. Se les puede llamar *instintivos*. Son propios, no solamente para los trabajos corporales, sino también para el ejercicio y desarrollo de su inteligencia en el mundo físico, por consiguiente en el comercio y la industria.

2° En el segundo grado del desarrollo humano, la voluntad, y por consiguiente la conciencia, reside en el alma, es decir, en la sensibilidad reaccionada por la inteligencia, que constituye el entendimiento. Son los *anímicos* o *pasionales*. Según su temperamento, son propios para hombres de guerra, artistas o poetas. La mayoría de los hombres de letras y de los eruditos, son de esta clase. Porque viven en las ideas relativas modificadas por las pasiones y ceñidas por un horizonte limitado, sin elevarse hasta la Idea pura y la Universalidad.

3° En una tercera clase de hombre mucho más raros, la voluntad ha adquirido el hábito de obrar principal y soberanamente sobre el intelecto puro, de arrancar la inteligencia de la tiranía de las pasiones y de los límites de la materia, lo que da a todas sus concepciones un carácter de universalidad. Son los *intelectuales*. Esos hombres forman héroes, mártires de la patria, poetas de primer orden en fin, y sobre todo verdaderos filósofos y sabios, los que, según Pitágoras y Platón, debieran gobernar la humanidad. En esos hombres, la pasión no se ha extinguido, porque sin ésta nada se hace; ella constituye el fuego y la electricidad en el mundo moral. Sólo que en ellos las pasiones se han vuelto siervas de la inteligencia, mientras que en la categoría precedente la inteligencia es muy frecuentemente esclava de las pasiones.

4° El más alto ideal humano es realizado por la cuarta clase de hombres, que posee el poder de la inteligencia sobre el alma y sobre el instinto, y que a ello agrega el poder de la voluntad sobre todo su ser. Por el dominio y posesión de todas sus facultades, ellos ejercen la supremacía. Han realizado la unidad en la trinidad humana. Gracias a esa concentración maravillosa, que enfoca todas las potencias de la vida, su voluntad, proyectándose sobre los demás, adquiere una fuerza casi ilimitada, una magia radiante y creadora. Esos hombres han llevado distintos nombres en la historia. Son los hombres primordiales, *los adeptos, los grandes iniciados*, genios sublimes que metamorfosean a la humanidad. Son tan raros, que se los puede contar en la historia; la Providencia los siembra en el tiempo con largos intervalos, como a los astros en el cielo. *(Esa clasificación de los hombres corresponde a los cuatro grados de la iniciación pitagórica y constituye el fondo de todas las iniciaciones, hasta la de los primitivos francmasones que poseían algunos restos de la doctrina esotérica. — Véase Fabre d'Olivet, Les Vers dorés de Pythagore).*

Es evidente que esta última categoría escapa a toda regla, a toda clasificación. Pero una constitución de la sociedad humana, que no tiene en cuenta las tres primeras categorías, que no da a cada una de ellas su función normal y los medios necesarios para desarrollarse, sólo es externa y no *orgánica*. Claro está que en una época primitiva, que remonta probablemente a los tiempos védicos, los Brahmanes de la India fundaron la división de la sociedad en castas sobre el principio ternario. Pero con el tiempo, esa división tan justa y tan fecunda, se cambió en privilegio sacerdotal y aristocrático. El principio de la vocación y de la iniciación se transformó en principio de herencia. Las castas cerradas terminaron por petrificarse, y la decadencia irremediable de la India fue su resultado. El Egipto, que conservó bajo todos los Faraones la constitución ternaria, con las castas movibles y abiertas, el del examen a todas las funciones civiles y militares, vivió cinco o seis mil años sin cambiar su constitución. En cuanto a Grecia, su temperamento móvil la hizo pasar rápidamente de la aristocracia a la democracia, y de ésta a la tiranía. Giró ella en ese círculo vicioso como un enfermo que va de la fiebre a la letargia para volver a la fiebre. Quizá necesitaba aquella excitación para producir su obra sin par la traducción de la sabiduría profunda, pero oscura, del Oriente a un lenguaje claro y universal; la creación de lo Bello por el Arte y la fundación de la ciencia abierta y razonada, sucediendo a la iniciación secreta e intuitiva. Sin embargo, debió tanto como los otros pueblos todo esto a su organización religiosa, y a ésta también debió sus más elevadas inspiraciones. Social y políticamente hablando, se puede decir que ella vivió siempre en lo provisional y lo excesivo. En su calidad de adepto, Pitágoras había comprendido, desde la cumbre de la iniciación, los principios eternos que rigen a la Sociedad, y perseguía el plan de una grande reforma según aquellas verdades. Veremos en seguida como él y su escuela naufragaron en las tempestades de la democracia.

Desde las puras cimas de la doctrina, la vida de los mundos se desenvuelve según el ritmo de la Eternidad. ¡Espléndida epifanía!. Pero a los rasgos mágicos del firmamento sin nubes, la tierra, la humanidad nos abren también sus secretas profundidades. Preciso es encontrar lo infinitamente grande en lo infinitamente pequeño, para sentir la presencia de Dios. Esto es lo que experimentaban los discípulos de Pitágoras cuando el maestro les mostraba, para coronar su enseñanza, cómo la eterna Verdad se manifiesta en la unión del Hombre y de la Mujer, en el matrimonio. La belleza de los números sagrados que ellos habían comprendido y contemplado en lo Infinito, iban a volverla a encontrar en el corazón mismo de la vida, y Dios brotaba

para ellos en el misterio de los Sexos y del Amor.

La antigüedad había comprendido una verdad capital que las épocas siguientes han desconocido con frecuencia. La mujer, para cumplir bien con sus funciones de esposa y de madre, tiene necesidad de una enseñanza, de una especial iniciación. De ahí la iniciación puramente femenina, es decir, completamente reservada a las mujeres. Existía en la India, en los tiempos védicos, en que la mujer era sacerdotisa en el altar doméstico. En Egipto, se remonta a los misterios de Isis. Orfeo la organizó en Grecia. Hasta la extinción del paganismo la vemos florecer en los misterios dionisiacos, así como en los templos de Juno, de Diana, de Minerva y de Ceres. Consistía en ritos simbólicos, en ceremonias, en fiestas nocturnas, luego, en una enseñanza especial dada por sacerdotisas ancianas o por el sumo sacerdote, y que se relacionaba con las más íntimas cuestiones de la vida conyugal. Se daban consejos y reglas concernientes a las relaciones entre los sexos, las épocas del año o del mes favorables a las concepciones dichosas. Se daba la mayor importancia a la higiene física y moral de la mujer durante el embarazo, a fin de que la obra sagrada, la creación del niño, se cumpliera según las leyes divinas. En una palabra, se enseñaba la ciencia de la vida conyugal y el arte de la maternidad. Este último se extendía mucho más allá del nacimiento del niño. Hasta siete años, los niños permanecían en el gineceo, donde el marido no penetraba, bajo la dirección exclusiva de la madre. La sabia antigüedad pensaba que el niño es una planta delicada, que precisa, para no atrofiarse, de la cálida atmósfera materna. El padre la deformaría; es preciso para hacerla florecer los besos y las caricias de la madre; se precisa el amor poderoso, envolvente de la mujer para defender de los ataques del exterior a esa alma asustada de la vida. Por cumplir en plena conciencia estas altas funciones — que eran miradas como divinas en la antigüedad —, la mujer era realmente la sacerdotisa de la familia, la custodia del fuego sagrado de la vida, la Vesta del hogar. La iniciación femenina puede ser considerada como la verdadera razón de la belleza de la raza, de la fuerza de las generaciones, de la duración de las familias en la antigüedad griega y romana. *(Montesquieu y Michelet son casi los únicos autores que han prestado atención a la virtud de los esposos griegos. Ni uno ni otro han dicho su causa, que indico aquí).*

Al establecer una sección para las mujeres en su Instituto, Pitágoras no hizo más que depurar y profundizar lo que antes de él existía. Las mujeres iniciadas por él, recibían, con los ritos y los preceptos, los principios supremos de su función. Él daba así a quienes eran dignas, la conciencia de su importante papel. Les revelaba la transfiguración del amor en el matrimonio

perfecto, que es la penetración de dos almas, en el centro mismo de la vida y de la verdad. ¿No es el hombre en su fuerza el representante del principio y del espíritu creador?. ¿No es la mujer en toda su potencia una personificación de la naturaleza, en su fuerza plástica, en sus realizaciones maravillosas, terrestres y divinas?. Que esos dos seres lleguen a compenetrarse completamente, cuerpo, alma, espíritu, y formarán unidos un resumen del universo. Más para creer en Dios, la mujer tiene necesidad de verlo vivir en el hombre; y para ello es preciso que el hombre sea iniciado. Sólo así es capaz por su profunda inteligencia de la vida, por su voluntad creadora, de fecundar el alma femenina, transformarla por el ideal divino. Y este ideal la mujer se lo devuelve multiplicado en sus pensamientos vibrantes, en sus sensaciones sutiles, en sus profundas adivinaciones. Ella le devuelve su imagen transfigurada por el entusiasmo, *llega a ser* su ideal. Porque ella lo *realiza* por el poder del amor en su propia alma. Por éste, aquél se vuelve viviente y visible, se hace su carne y su sangre. Si el hombre crea por el deseo y la voluntad, la mujer, física y espiritualmente, genera por el amor.

En su papel de amante, de esposa, de madre o de inspirada, la mujer no es menos grade, y es más divina aún que en el hombre. Porque amar es olvidar. La mujer que se olvida y que se abisma en su amor, es siempre sublime. Ella encuentra en ese aniquilamiento su renacimiento celeste, su corona de luz y la radiación inmortal de su ser.

El amor reina como soberano en la literatura de hace dos siglos. No es el amor puramente sensual que se enciende en la belleza del cuerpo como en los poetas antiguos; tampoco es el culto soso de un ideal abstracto y convencional como en la Edad Media, no; es el amor a la vez sensual y psíquico que dejado en completa libertad y en plena fantasía individual se da libre carrera. Con gran frecuencia los dos sexos se hacen la guerra en el amor mismo. Rebeldías de la mujer contra el egoísmo y la brutalidad del hombre; desprecio del hombre por la falsía y vanidad de la mujer; gritos de la carne, cóleras impotentes de las víctimas de la voluptuosidad, de los esclavos de la orgía. En medio de ello, pasiones profundas, atracciones terribles y tanto más poderosas cuanto que encuentran obstáculos en las conveniencias mundanas y las instituciones sociales. De ahí esos amores llenos de tempestades, de hundimientos morales, de catástrofes trágicas, sobre las que se fundan casi exclusivamente el poema o el drama modernos. Se diría que el hombre fatigado, no encontrando a Dios ni en la ciencia ni en la religión, lo busca ansiosamente en la mujer. Y hace bien; porque sólo a través de la iniciación de las grandes verdades, Él lo encontrará en Ella y Ella en Él. Entre esas almas

que se ignoran recíprocamente y que se ignoran a sí mismas, que a veces se separan maldiciéndose, hay como una sed inmensa de penetrarse y de encontrar en esa función la dicha imposible. A pesar de las aberraciones y desbordamientos que de ello resultan; esa busca desesperada es necesaria; ella sale de un divino inconsciente y será un punto vital para la reedificación del porvenir. Porque cuando el hombre y la mujer se hayan encontrado en sí mismos uno y otro por el amor profundo y la iniciación, su fusión será la fuerza radiante y creadora por excelencia de su trascendente compenetración.

El amor psíquico, el amor pasión de alma no ha entrado en la literatura, y por ella en la conciencia universal, más que desde hace poco. Pero en la iniciación antigua tiene su fuente. Si la literatura griega lo deja apenas sospechar, consiste en que era una excepción rarísima. También proviene del secreto profundo de los misterios. Sin embargo, la tradición religiosa y filosófica ha conservado la traza de la mujer iniciada. Tras la poesía y filosofía oficiales, algunas figuras de mujeres aparecen medio veladas, pero luminosas. Conocemos ya a la Pitonisa Teoclea que inspiró a Pitágoras; más tarde vendrá la sacerdotisa Corinna, rival, con frecuencia afortunada, de Píndaro, que fue a su vez el más iniciado de los líricos griegos; en fin, la misteriosa Diotima aparece en el banquete de Platón para dar la revelación suprema sobre el Amor. Al lado de esas figuras excepcionales, la mujer griega ejerció su verdadero sacerdocio en el hogar y el gineceo. Su creación propia fueron justamente esos héroes, esos artistas esos poetas cuyos cantos, mármoles y acciones sublimes admiramos. Ella los concibió con el misterio del amor, los moldeó en su seno con el deseo de la belleza, los hizo florecer incubándolos bajo sus alas maternales. Agreguemos que para el hombre y la mujer realmente iniciados, la creación del niño tiene un sentido infinitamente más bello, un alcance más grande que para nosotros. El padre y la madre, sabiendo que el alma del niño prexiste en su nacimiento terrestre, convierten la concepción en un acto sagrado, la vuelta de un alma a la encarnación. Entre el alma encarnada y la madre, hay casi siempre un profundo grado de semejanza. Como las mujeres malas y perversas atraen los espíritus demoníacos, las madres tiernas atraen los divinos espíritus. Esa alma invisible que se espera, que va a venir y que viene — tan misteriosa y fijamente —, ¿No es cosa divina?. Su nacimiento, su aprisionamiento en la carne será cosa dolorosa. Porque si entre ella y su cielo dejado, un velo grosero se interpone, si cesa de recordarlo, ¡Oh! no sufre menos por ello. Y santa y divina es la tarea de la madre que debe crearle una nueva morada, endulzarle su prisión y facilitarle la prueba.

Así la enseñanza de Pitágoras que había comenzado en las profundidades de lo absoluto por la trinidad divina, terminaba en el centro de la vida por la trinidad humana. En el Padre, en la Madre y en el Hijo, el iniciado sabía reconocer ahora el Espíritu, el Alma y el Corazón del viviente Universo. Esta última iniciación constituía para él la base de la obra social, concebida a la altura y en toda la belleza de la idea, edificio al que cada iniciado debía llevar su piedra.

** Citaremos dos hechos célebres de ese género, absolutamente auténticos. El primero pasó en la antigüedad. El héroe del mismo es el ilustre filósofo magno Apolonio de Tyana.*

Primer hecho. — Segunda vista de Apolonio de Tyana. — “Mientras esos hechos (el asesinato del emperador Domiciano) ocurrían en Roma, Apolonio los veía en Efeso. Domiciano fue agredido por Clemente hacia el mediodía: la misma fecha, en el mismo momento, Apolonio disertaba en los jardines que conducían al Xystes. De repente, bajó un poco la voz, como sobrecoigido por algún temor súbito. Continuó su discurso, pero su lenguaje no tenía la fuerza ordinaria, como pasa a los que hablan pensando en otra cosa. Luego se calló como quien ha perdido el hilo de su discurso, lanzó hacia tierra terribles miradas, dio tres o cuatro pasos hacia el frente, y exclamó: “¡Hiere al tirano!”. Se hubiese dicho que veía, no la imagen del hecho en un espejo, sino el hecho mismo en toda su realidad. Los de Efeso (pues el pueblo entero asistía al discurso de Apolonio) quedaron mudos de asombro. Apolonio se detuvo, como hombre que busca la salida de un acontecimiento dudoso. Por fin exclamó: “¡Tened valor, Efesios, el tirano ha sido muerto hoy!. ¿Qué digo, hoy?. ¡Por Minerva!. Acaba de ser muerto ahora mismo, mientras que yo me interrumpía”. Los Efesios creyeron que Apolonio se había vuelto loco; deseaban vivamente que hubiese dicho la verdad, pero temían que resultara para ellos algún peligro de aquel discurso...; mas pronto llegaron mensajeros a anunciar la buena buena y dar testimonio en favor de la ciencia de Apolonio; pues la muerte del tirano, el día que fue consumada, la hora del mediodía el autor de la muerte que viera Apolonio, todos esos detalles se encontraron perfectamente conformes con los que los Dioses le habían mostrado el día de su discurso a los Efesios”. —Vida de Apolonio de Tyana, por Filostrato, traducida por Chassang.

Segundo hecho. — Segunda vista de Swedenborg. — El segundo

hecho se relaciona con el mayor vidente de los tiempos modernos. Se puede discutir sobre la realidad objetiva de las visiones de Swedenborg; pero no se puede dudar de su segunda vista, atestiguada por una multitud de hechos. La visión que Swedenborg tuvo a treinta leguas de distancia del incendio de Estocolmo, hizo mucho ruido en la segunda mitad del siglo XVIII. El célebre filósofo alemán Kant hizo ejecutar investigaciones a un amigo de Suecia en Gothenburgo, ciudad donde el hecho había ocurrido, y he aquí lo que de ello escribe a una de sus amigas:

“El hecho que sigue me parece sobre todo tener la mayor fuerza demostrativa y cortar toda clase de controversia: “Era en 1759 cuando M. de Swedenborg, hacia fines del mes de Septiembre, un sábado, hacia las cuatro de la tarde volviendo de Inglaterra, se detuvo en Gothenburg. M. William Castel le invitó a su casa en compañía de unas quince personas más. Hacia las seis, M. de Swedenborg, que había salido, volvió al salón pálido y consternado y dijo que en aquel mismo momento había estallado un gran incendio en Estocolmo, en el Sudermaln, y que el fuego se extendía con violencia hacia su casa...; dijo que ya la casa de uno de sus amigos, que nombraba, estaba convertida en cenizas y que la suya propia estaba en peligro. A las ocho, después de una nueva salida, dijo con alegría: “Gracias a Dios, el incendio se ha apagado en la tercera puerta que precede a la mía”. La noche misma informaron al gobernador. El domingo por la mañana, Swedenborg fue llamado por aquel funcionario, que le interrogó sobre lo dicho. Swedenborg describió exactamente el incendio, su comienzo, su fin y su duración. El mismo día, la noticia se esparció por toda la población, que se emocionó tanto más cuanto que el gobernador le había prestado atención y que muchas personas estaban con cuidado por sus bienes y por sus amigos. El lunes por la tarde llegó a Gothenburgo una estafeta que el comercio de Estocolmo había despachado durante el incendio. En aquellas cartas, se describía el incendio exactamente del modo que acababa de decirse. ¿Qué se puede alegar contra la autenticidad de ese acontecimiento?. El amigo que me ha escrito ha examinado todo esto, no solamente en Estocolmo, sino hace dos meses en el Gothenburgo; él conoce allí muy bien las casas más respetables y ha podido informarse completamente en esa población, donde viven aún la mayor parte de los testigos oculares, dado el poco tiempo (nueve años) transcurridos desde 1759”. — Carta a Mlle. Charlotte de Knoblch citada por Matter, Vida de Swedenborg.

V LA FAMILIA DE PITÁGORAS - LA ESCUELA Y SUS DESTINOS

Entre las mujeres que seguían la enseñanza del maestro, se encontraba una joven de gran belleza. Su padre era de Crotona y se llamaba Brontinos. Ella Llamábase Theano. Pitágoras frisaba entonces en los sesenta años. Pero su gran dominio de las pasiones y una vida pura consagrada por completo a su misión, habían conservado intacta su fuerza viril. La juventud del alma, esa llama inmortal, que el gran iniciado extrae de su vida espiritual y que nutre por las fuerzas ocultas de la naturaleza, brillaba en él y subyugaba a los que le rodeaban. El mago griego no estaba en la decadencia, sino en el apogeo de su poder. Theano fue atraída hacia Pitágoras por la irradiación casi sobrenatural que emanaba de su persona. Grave, reservada, había buscado al lado del maestro la explicación de los misterios que amaba sin comprender. Pero cuando a la luz de la verdad, al dulce calor que la envolvía poco a poco, sintió su alma florecer en el fondo de sí misma como la rosa mística de mil hojas, cuando sintió que ese florecimiento que venía de él y de su palabra, ella se enamoró silenciosamente del maestro con un entusiasmo sin límites y un amor apasionado.

Pitágoras no había tratado de atraerla. Su afecto pertenecía a todos sus discípulos. Sólo pensaba en su escuela, en Grecia, en el porvenir del mundo. Como muchos grandes adeptos, había renunciado a la mujer para darse a su obra. La magia de su voluntad, la pasión espiritual de tantas almas como había formado, y que le quedaban ligadas como a un padre adorado, el incienso místico de todos esos amores inexpressados que subían hasta él, y ese perfume exquisito de simpatía humana que unía a los hermanos pitagóricos, todo ello substituía a la voluptuosidad, la dicha y el amor. Pero un día que meditaba solo sobre el porvenir de su Escuela, en la cripta de Proserpina, vio venir hacia él, grave y resuelta, aquella hermosa virgen a quien jamás había hablado a solas. Theano se arrodilló ante él y sin levantar la cabeza bajada hasta la tierra, suplicó al maestro, — ¡A él, que podía todo! — que la libertara de un amor imposible y desgraciado que consumía su cuerpo y devoraba su alma. Pitágoras quiso saber el nombre de aquel a quien amaba. Después de largas

vacilaciones, Theano confesó que era él, pero que pronto a todo, se sometería a su voluntad. Pitágoras nada respondió. Animada por aquel silencio, levantó ella la cabeza y le lanzó una mirada suplicante, de la que se escapaba la savia de una vida y el perfume de un alma ofrecida en holocausto al maestro.

El sabio se conmovió; sabía vencer a sus sentidos; había dominado su imaginación; pero el relámpago de aquella alma había penetrado en la suya. En aquella virgen madurada por la pasión, transfigurada por un pensamiento de abnegación absoluta, había encontrado a su compañera y entrevisto una realización más completa de su obra. Pitágoras levantó a la joven emocionado, y Theano pudo leer en los ojos del maestro que sus destinos quedaban unidos para siempre.

Por su matrimonio con Theano, Pitágoras estampó *el sello de la realización* a su obra. La asociación, la fusión de las dos vidas fue entera. Un día que preguntaba a la esposa del maestro cuanto tiempo necesitaba una mujer para volver a ser pura, después de haber tenido comercio con un hombre, respondió: “Si con su marido se purifica en el mismo instante, si con otro, jamás”. Hay muchas mujeres que responderán sonriendo, que para decir esas palabras es preciso ser la mujer de Pitágoras y amarle como le amaba Theano.

Tiene razón. No es el matrimonio lo que justifica el amor, es el amor lo que justifica el matrimonio. Theano entró tan completamente en el pensamiento de su esposo, que después de la muerte de éste, ella sirvió de centro a la orden pitagórica, y un autor griego cita como una autoridad su opinión sobre la doctrina de los Números. Ella dio a Pitágoras dos hijos: Arimmestes y Telauges, y una hija: Damo. Telauges fue más tarde el maestro de Empédocles y le transmitió los secretos de la doctrina.

La familia de Pitágoras ofreció a la orden un verdadero modelo. Se llamó a su casa el templo de Ceres y a su patio el templo de las Musas. En las fiestas domésticas y religiosas, la madre dirigía el coro de las mujeres y Damo el coro de los jóvenes. Damo fue por todos conceptos, digna de su padre y de su madre. Pitágoras le había confiado ciertos escritos, con prohibición expresa de comunicarlos a nadie fuera de la familia. Después de la dispersión de los pitagóricos, Damo cayó en extrema pobreza. Le ofrecieron una elevada suma por el precioso manuscrito. Pero, fiel a la voluntad de su padre, rehusó siempre entregarlo. Pitágoras vivió treinta años en Crotona. En veinte años aquel hombre extraordinario había adquirido tal poder, que los que le llamaban semidios no parecía que exagerasen. Aquel poder era un prodigio: jamás filósofo alguno lo ejerció semejante. Su influencia se extendía no

solamente a la escuela de Crotona y a sus ramificaciones en las otras ciudades de las costas italianas, sino también a la política de todos esos pequeños Estados. Pitágoras era un reformador en toda la fuerza de la palabra. Crotona, colonia aquea, tenía una constitución aristocrática. El *consejo de los mil*, compuesto de las grandes familias, ejercía allí el poder legislativo y vigilaba al poder ejecutivo. Las asambleas populares existían, pero con poderes restringidos. Pitágoras, que quería que el Estado fuese un orden y una armonía, no estaba conforme ni con la presión oligárquica, ni con el caos de la demagogia. Aceptando tal cual era la constitución dórica, trató sencillamente de introducir en ella un nuevo engranaje. La idea era atrevida: crear sobre el poder político un poder científico, con voz deliberativa y consultiva en las cuestiones vitales, y que fuera la clave de bóveda, el regulador supremo del Estado. Sobre el consejo de los mil, organizó el *consejo de los trescientos*, elegidos por el primero, pero reclutados entre los iniciados sólo. Su número bastaba para tal labor. Porfirio cuenta que dos mil ciudadanos de Crotona renunciaron a su vida habitual y se reunieron para vivir juntos con sus mujeres y sus hijos, después de haber puesto sus bienes en común. Pitágoras quería a la cabeza del Estado un gobierno científico, menos misterioso, pero colocado tan alto como el sacerdocio egipcio. Lo que realizó por un momento, fue el sueño de todos los iniciados que se ocuparon de política: introducir el principio de la iniciación y del examen en el gobierno del Estado, y reconciliar en esta síntesis superior el principio electivo o democrático con un gobierno constituido por la selección de la inteligencia y de la virtud. El consejo de los trescientos formó una especie de orden político, científico y religioso, del que Pitágoras era jefe visible. Se comprometían en él por un juramento solemne y terrible a un secreto absoluto como en los Misterios. Esas sociedades o *hetarias* se difundieron de Crotona, donde estaba la sociedad madre, a casi todas las ciudades de la grande Grecia, donde ejercieron una poderosa acción política. La orden pitagórica tendía también a conquistar la cabeza del Estado en toda la Italia meridional. Tenía ramificaciones en Tarento, Heraclea, Metaponte, Regium, Himere, Catania, Agrigente, Sybaris, según Aristoxene hasta entre los Etruscos. En cuanto a la influencia de Pitágoras sobre el gobierno de las grandes y ricas ciudades, nada se podría imaginar más elevado, más liberal, más pacificador. Por todas partes donde aparecía, restablecía el orden, la justicia, la concordia. Llamado por un tirano de Sicilia, le decidió por su sola elocuencia a renunciar a las riquezas mal adquiridas y abdicar un poder usurpado. En cuanto a las ciudades, las hizo independientes y libres, de sujetas que estaban unas a otras. Tan bienhechora era su acción, que

cuando iba a las ciudades, decían: “No es para enseñar, sino para curar”.

La influencia soberana de un gran espíritu y de un gran carácter, esa magia del alma y de la inteligencia, excita celos tanto más temibles, odios tanto más violentos, cuanto que es inatacable. El imperio de Pitágoras duraba desde hacía un cuarto de siglo, el adepto infatigable alcanzaba la edad de noventa años, cuando llegó la reacción. La chispa partió de Sybaris, la rival de Crotona. Hubo allí una sublevación popular y el partido aristocrático fue vencido. Quinientos desterrados pidieron asilo a los Crotoniatas, y los Sybaritas exigieron su extradición. Temiendo la cólera de una ciudad enemiga, los magistrados de Crotoniatas iban a acceder a su exigencia, cuando Pitágoras intervino. A sus instancias se rehusó el entregar a aquellos desgraciados suplicantes a adversarios implacables. Entonces, Sybaris declaró la guerra a Crotona. Pero el ejército de los Crotoniatas, mandado por un discípulo de Pitágoras, el célebre atleta Milón, batió compleamente a los Sybaritas. El desastre de Sybaris fue total y la ciudad fue tomada, saqueada, destruida y transformada en un desierto. Es imposible admitir que Pitágoras haya aprobado tales represalias. Ellas eran contrarias a sus principios y a los de todos los iniciados. Pero ni él, ni Milón pudieron refrenar las pasiones desencadenadas de un ejército victorioso, atizadas por antiguos celos y excitadas por un ataque injusto.

Toda venganza, bien de los individuos, bien de los pueblos, trae un choque de retroceso de las pasiones. La Némesis de ésta fue terrible; las consecuencias cayeron sobre Pitágoras y su orden. Después de la toma de Sybaris, el pueblo pidió la repartición de las tierras. No contento con haberlo obtenido, el partido democrático propuso un cambio de constitución que arrebatara sus privilegios al Consejo de los mil y suprimía el Consejo de los trescientos, no admitiendo ya más que una autoridad sola: el sufragio universal. Naturalmente, los pitagóricos que formaban parte del Consejo de los mil se opusieron a una reforma contraria a sus principios y que socavaba por su base la obra paciente del maestro. Ya los pitagóricos eran el objeto de ese odio sordo que el misterio y la superioridad excitan siempre entre las masas. Su actitud política levantó contra ellos los furores de la demagogia, y un odio personal contra el maestro trajo la explosión.

Un cierto Cylón se había presentado en otros tiempos a la Escuela. Pitágoras, muy severo en la admisión discipulos, le rechazó a causa su carácter violento e imperioso. Aquel candidato despedido era un adversario venenoso. Cuando la opinión pública comenzó a agitarse contra Pitágoras, organizó un club opuesto al de los pitagóricos, una gran sociedad popular. Logró atraer a él

a los principales conductores del pueblo y preparó en sus asambleas una revolución que debía comenzar por la expulsión de los pitagóricos. Ante una multitud tempestuosa, Cylón sube a la tribuna popular y lee extractos robados del libro secreto de Pitágoras, titulado: la Palabra sagrada (*hieros logos*). Los desfigura, los disfraza. Algunos oradores tratan de defender a los hermanos del silencio, que respetan hasta a los animales. Se les responde con carcajadas. Cylón sube y vuelve a subir a la tribuna, para demostrar que el catecismo religioso de los pitagóricos es atentatorio a la libertad. “Y es poco decir, agrega el tribuno. ¿Qué es ese maestro, ese pretendido semidiós, a quien se obedece ciegamente y que no tiene más que dar una orden para que todos sus hermanos exclamen: ¡El maestro lo ha dicho! qué es, repito, sino el tirano de Crotona y el peor de los tiranos, un tirano oculto?. ¿De qué está formada esa amistad indisoluble que une a todos los miembros de las hetairas pitagóricas que la forman, sino del desdén y el desprecio para el pueblo?. Siempre tienen en su boca esa palabra de Homero, que el príncipe debe ser el pastor de su pueblo. Eso significa que, para ellos, el pueblo sólo es un vil rebaño. Sí, la misma existencia de la orden es una conspiración permanente contra los derechos populares. En tanto que no se la destruya, no habrá libertad en Crotona”. Uno de los miembros de la asamblea popular, animado por un sentimiento de lealtad, exclamó: “Que al menos se permita a Pitágoras y a los Pitagóricos venir a justificarse a nuestra tribuna, antes de condenarlos”. Pero Cylón respondió con altanería: “¿No os han arrebatado los Pitagóricos el derecho de juzgar y de decidir de los negocios públicos?. ¿Con qué derecho podrían pedir hoy que se les escuche?. No os han escuchado al despojaros del derecho de ejercer justicia; pues bien, a vuestra vez castigad sin escuchar!”. Truenos de aplausos respondían a esas palabras vehementes y los espíritus se exaltaban más y más.

Una tarde que los cuarenta principales miembros de la orden estaban reunidos en casa de Milón, el tribuno amotinó a sus bandas. Cercaron éstas la casa. Los Pitagóricos, con el maestro entre ellos, atrancaron las puertas. La multitud furiosa prendió fuego a la casa. Treinta y ocho Pitagóricos, los mejores discípulos del maestro y el mismo Pitágoras perecieron, la flor de la orden, unos en las llamas del incendio y los otros asesinados por el pueblo. Sólo Archippo y Lysis escaparon solamente del degüello.

(Ésta es la versión de Diógenes de Laercio sobre la muerte de Pitágoras. — Según Dicearco, citado por Porfirio el maestro escapó al desastre con Archippo y Lysis y anduvo de ciudad en ciudad hasta llegar a Metaponte, donde se dejó morir de hambre en el templo de las Musas. Los

habitantes de Metaponte pretendían, por el contrario, que el sabio, acogido por ellos, había muerto tranquilamente en su ciudad. Mostraron ellos a Cicerón, su casa, su silla y su familia. Hay que notar que largo tiempo después de la muerte del maestro, las ciudades que habían perseguido más a Pitágoras cuando el movimiento democrático, reclamaron el honor de haberle acogido y salvado. Las ciudades del golfo de Tarento se disputaban las cenizas del filósofo con el mismo encarnizamiento con que las ciudades de la Jonia se disputaban el haber visto nacer a Homero. — Véanse estos hechos discutidos en el libro concienzudo de M. Chaignet: Pitágoras y la filosofía pitagórica).

De este modo murió aquel gran sabio, aquel hombre divino, que había tratado de hacer entrar su sabiduría en el gobierno de los hombres. La matanza de los pitagóricos fue señal de una revolución democrática en Crotona y en el golfo de Tarento. Las ciudades de Italia arrojaron de sí a los desdichados discípulos del maestro. La orden fue dispersada, pero sus restos se esparcieron por Sicilia y Grecia, sembrando en todas partes la palabra del maestro. Lysis llegó a ser maestro de Epaminondas. Después de nuevas revoluciones, los pitagóricos pudieron volver a Italia con la condición de no formar ya un cuerpo político. Una conmovedora fraternidad los unió siempre; se consideraban como una sola y grande familia. Uno de ellos cayó en la miseria y enfermó, fue recogido por un posadero. Antes de morir dibujó sobre la puerta de la casa algunos signos misteriosos, y dijo a su huésped: “No os inquietéis; uno de mis hermanos pagará mi deuda”. Un año después, un extranjero pasó por la misma posada, vio aquellos signos y dijo al posadero: “Soy pitagórico; uno de mis hermanos ha muerto aquí: decidme lo que os debo por él”. La orden subsistió durante 250 años en cuanto a las ideas, a las tradiciones del maestro, viven hasta nuestro días.

La influencia regeneradora de Pitágoras sobre Grecia, fue inmensa. Ella se ejerció misteriosamente, pero de un modo seguro por medio de los templos por donde pasó. Le hemos visto en Delfos dando una nueva fuerza a la ciencia adivinatoria, afirmar la autoridad de los sacerdotes, y formar por su arte una Pitonisa modelo. Gracias a aquella reforma interior que despertó el entusiasmo de los iniciados, Delfos fué, más que nunca, el centro moral de los griegos. Bien se vio esto durante las guerras médicas. Apenas habían pasado treinta años desde la muerte de Pitágoras, cuando el ciclón de Asia, predicho por el sabio de Samos, estalló sobre las costas de la Hélade. En aquella lucha épica de Europa contra el Asia bárbara, Grecia, que representaba la libertad y la civilización, tiene tras ella la ciencia y el genio de Apolo. Es un soplo

patriótico y religioso el que subleva y acalla la naciente rivalidad de Esparta y Atenas. Él inspira a los Milcíades y los Temístocles. En Marathón el entusiasmo es tal, que los Atenienses creen ver dos guerreros, blancos como la luz, combatiendo en sus filas... Unos reconocen en ellos a Teseo y Echetos, otros a Cástor y Pólux. Cuando la invasión de Jerjes, diez veces más formidables que la de Darío, desborda por las Termópilas y sumerge la Hélade, la Pitia desde lo alto de su trípode, indica la salvación a los enviados de Atenas, y ayuda a Temístocles a vencer con los navíos de Salamina. Las páginas de Herodoto estremecen como su palabra jadeante: “Abandonad las moradas y las altas colinas de la ciudad construida en círculo...; el fuego y el terrible Marte, montado sobre un carro sirio, arruinará vuestras torres...; los templos vacilan, de sus muros fluye un sudor frío, de su cima gotea una sangre negra...; salid de mi santuario. Que un muro de madera os sea inexpugnable fortaleza. ¡Huir!, volved la espalda a los infantes y a los jinetes innumerables. ¡Oh divina Salamina! ¡Tú serás funesta a los hijos de la mujer!”. *(En el lenguaje de los templos, el término de hijos de la mujer designaba el grado inferior de la iniciación, mujer, teniendo aquí el significativo de Naturaleza. Sobre este grado estaban los hijos del hombre o iniciados del Espíritu y del Alma, los hijos de los Dioses, o iniciados de las ciencias cosmogónicas y los hijos de Dios o iniciados de la ciencia suprema. La Pitia llama a los Persas hijos de la mujer, designándolos por el carácter de su religión. Tomadas al pie de la letra, sus palabras no tendrían sentido)*. En la narración de Esquilo la batalla comienza por un grito que se parece al pean, al himno de Apolo: “Pronto el Sol de los blancos caballos corredores esparció por el mundo su luz resplandeciente. En este instante, un clamor inmenso, modulado como un sacro cántico, se eleva de las filas de los griegos; y los ecos de la isla responden a él en mil voces brillantes”. ¿Hay para admirarse, porque embriagados por el vino de la victoria, los helenos, en la batalla de Mycale, frente al Asia, vencida, hayan elegido por grito de asamblea: Hebé, la eterna juventud?. Sí, el aliento de Apolo pasa a través de aquellas asombrosas guerras médicas. El entusiasmo religioso, que logra milagros, lleva consigo a los vivos y a los muertos, ilumina los trofeos y dora las tumbas. Todos los templos han sido saqueados, más el de Delfos ha quedado en pie. El ejército persa se aproximaba para expoliar la ciudad santa. Todo el mundo temblaba. Pero el Dios solar ha dicho por voz de su pontífice: “Yo me defenderé solo”. Por orden del templo, la ciudad es evacuada; los habitantes se refugian en las grutas del Parnaso, y sólo los sacerdotes quedan en el pórtico del santuario con la guardia sagrada. El ejército persa entra en la ciudad, muda como una tumba;

sólo las estatuas le ven pasar. Una nube sombría se forma en el fondo del desfiladero; el trueno retumba y el rayo fulgura sobre los invasores. Dos rocas enormes quedan encima del Parnaso y aplastan a un gran número de persas. (*“Aún se las ve en el cercado de Minerva”, dice Herodoto, VIII, 39. — La invasión de los galos que tuvo lugar 200 años más tarde, fue rechazada de análoga manera. Entonces también se formó una tempestad, el rayo cayó varias veces sobre los galos; el suelo tiembla bajo sus pies: ven apariciones sobrenaturales; y el templo de Apolo se salva. Esos hechos parecen probar que los sacerdotes de Delfos poseían la ciencia del fuego cósmico y sabían manejar la electricidad por los poderes ocultos, como los magos caldeos. — Véase Amadeo Thierry, Histoire des Galouis, I, 246*). Al mismo tiempo salen clamores del templo de Minerva, y las llamas brotan del suelo, bajo los pasos de los asaltantes. Ante aquellos prodigios, los bárbaros espantados retroceden; su ejército huye aterrorizado. El Dios se ha defendido por sí mismo.

¿Hubieran ocurrido esas maravillas, esas victorias, que la humanidad cuenta como suyas; hubieran tenido lugar, si treinta años antes Pitágoras no hubiera aparecido en el santuario delfico, para en él encender de nuevo el fuego sagrado?. ¿Podemos dudarlo?.

Unas palabras más sobre la influencia del maestro en la filosofía. Antes de él había físicos de un lado, moralistas del otro; Pitágoras hizo entrar la moral, la ciencia y la religión en su vasta síntesis. Esta síntesis no es otra cosa que la doctrina esotérica que hemos tratado de volver a encontrar en plena luz en el fondo mismo de la iniciación pitagórica. El filósofo de Crotona no fue el inventor, sino el ordenador luminoso de esas verdades primordiales en el orden científico. Hemos elegido su sistema como el cuadro más favorable para una exposición completa de la doctrina de los Misterios y de la verdadera Teosofía.

Los que no han seguido al maestro con nosotros, habrán comprendido que en el fondo de esta doctrina brilla el sol de la Verdad-Una. De ellas se ven los esparcidos rayos en las filosofías y las religiones; pero su centro allí está. ¿Qué es preciso para llegar a él?. La observación y el razonamiento no bastan. Se precisa además, y sobre todo, la *intuición*. Pitágoras fue un adepto, un iniciado de primer orden. Poseyó la vista directa del espíritu, la clave de las ciencias ocultas y del mundo espiritual. Tomaba sus materiales en el manantial primero de la Verdad. Y como a esas facultades trascendentales del alma intelectual y espiritualizada unía la observación minuciosa de la naturaleza física y la clasificación magistral de las ideas por su alta razón, nadie mejor que él para construir el edificio de la ciencia del Kosmos.

Edouard Schure – Los Grandes Iniciados III – Orfeo, Pitágoras y Platón

A decir verdad, ese edificio jamás fue destruido. Platón, que tomó de Pitágoras toda su metafísica, tuvo de ella completa idea, aunque la haya difundido con menos rigor y nitidez. La escuela alejandrina ocupó sus cimas superiores. La ciencia moderna ha tomado su planta baja y consolidado los cimientos. Un gran número de escuelas filosóficas, de sectas místicas o religiosas ha habitado los diferentes compartimientos. Pero ninguna filosofía abarcó jamás el conjunto. Este conjunto es el que hemos tratado de mostrar aquí en su armonía y su unidad.

LIBRO VII
PLATÓN
LOS MISTERIOS DE ELEUSIS

Los hombres han llamado al Amor Eros, porque tiene alas; los Dioses le han llamado Pteros, porque tiene la virtud de darlas.

Platón (El Banquete).

En el cielo aprender es ver,
En la tierra es acordarse.

Dichoso quien atravesó los Misterios.
Él conoce la fuente y el fin de la vida.

Píndaro.

PLATÓN

LOS MISTERIOS DE ELEUSIS

Después de haber tratado de hacer revivir en Pitágoras al más grande de los iniciados de la Grecia y a través de él el fondo primordial y universal de la verdad religiosa y filosófica, podríamos no hablar de Platón, que no ha hecho más que dar a aquella verdad una forma más fantástica y más popular. Más, he aquí la razón que nos detendrá un momento ante la noble figura del filósofo ateniense:

Sí, hay una doctrina madre y síntesis de las religiones y de las filosofías. Ella se desenvuelve y profundiza en el curso de las edades; pero el fondo y el centro permanecen los mismos. Hemos encontrado sus grandes líneas. ¿Basta esto?. No; es preciso mostrar además la razón providencial de sus formas diversas, según las razas y las edades. Es preciso restablecer la cadena de los grandes iniciados, que fueron los verdaderos Maestros de la humanidad. Entonces la fuerza de cada uno de ellos se multiplicará por la de todos los demás, y la unidad de la verdad aparecerá en la diversidad misma de su expresión. Como todas las cosas, Grecia ha tenido su aurora, su pleno sol y su decadencia. Es la ley de los días, de los hombres, de los pueblos, de las tierras y de los cielos. Orfeo es el iniciado de la aurora, Pitágoras el del mediodía, Platón el del poniente de la Helenia, poniente de púrpura ardiente que viene a ser lo rosado de una aurora nueva, la de una humanidad. Platón sigue a Pitágoras, como en los misterios de Eleusis el portaantorcha seguía al gran Hierofante. Con él vamos a penetrar otra vez más y por un camino nuevo, a través de las avenidas del santuario, hasta el corazón del templo, para la contemplación del gran arcano.

Pero antes de ir a Eleusis, escuchemos un instante a nuestro guía, el divino Platón. Que nos haga ver él mismo su horizonte natal; que nos cuente la historia de su alma y nos conduzca al lado de su maestro querido.

I LA JUVENTUD DE PLATÓN Y LA MUERTE DE SÓCRATES

Nació en Atenas, en la ciudad de la Belleza y de la Humanidad. Lo ilimitado se ofrecía a sus jóvenes miradas. El Atica abierta a todos los vientos avanza como la proa de un navío en el mar Egeo y domina como reina el cielo de las islas, blancas sirenas sentadas sobre el azul oscuro de las ondas. Creció al pie de la Acrópolis, bajo la custodia de Pallas Atenea, en aquella ancha llanura encuadrada por montañas violáceas y envueltas en un azul luminoso, entre el Pentélico con sus laderas de mármol, el Hymete coronado de pinos odoríferos donde zumban las abejas, y la tranquila bahía de Eleusis.

Muy sombrío y azaroso fue el ambiente político durante la infancia y la juventud de Platón, que coincidieron con aquella implacable guerra del Peloponeso; lucha fratricida entre Esparta y Atenas, que preparó la disolución de Grecia. Habían terminado los grandes días de las guerras Médicas y se habían puesto los soles de Maratón y de Salamina. El año del nacimiento de Platón (429 antes de J. C.) es el de la muerte de Pericles, el más grande hombre de Estado de Grecia, tan íntegro como Arístides, tan hábil como Temístocles, el más perfecto representante de la civilización helénica, el fascinador de aquella democracia turbulenta, patriota ardiente, pero que supo conservar la serenidad de un semidiós en medio de las tempestades populares. La madre de Platón debió contar a su hijo una escena, a la cual asistió de seguro dos años antes del nacimiento del futuro filósofo. Los espartanos habían invadido el Atica; Atenas, amenazada ya en su existencia nacional, había luchado durante todo un invierno, y Pericles fue el alma de la defensa. En aquel año sombrío, una ceremonia imponente tuvo lugar en el Cerámico. Los féretros de los guerreros muertos por la patria fueron colocados sobre carros fúnebres, y el pueblo fue convocado ante la tumba monumental destinada a reunir sus restos. Aquel mausoleo parecía el símbolo magnífico y siniestro de la tumba que Grecia se cavaba a sí misma, por su lucha criminal. Entonces fue cuando Pericles pronunció el más hermoso discurso que nos ha conservado la antigüedad. Tucídides lo ha transcrito en sus tablas de bronce, y aquellas palabras brillan como un escudo en el frontón de un templo: “La

tumba de los héroes es el universo entero y no está en las columnas recargadas de fastuosas inscripciones”. ¿No respiran estas palabras la conciencia de Grecia y de su inmortalidad?.

Más una vez muerto Pericles, ¿Qué quedaba de la antigua Grecia, qué vivía en sus hombres de acción?. En el interior de Atenas las discordias de una democracia decadente; en el exterior, la invasión lacedemónica siempre a las puertas, la guerra por tierra y por mar, y el oro del rey de Persia circulando como un veneno corruptor en manos de los tribunos magistrados. Alcibíades había reemplazado a Pericles en el favor del pueblo. Aquel tipo de la juventud dorada de Atenas había llegado a ser el hombre del día. Político aventurero, intrigante lleno de seducción, condujo alegremente su patria a la ruina. Platón le había observado bien; más tarde trazó, como un maestro, la psicología de aquel carácter. Compara el deseo furioso de poder que llena el alma de Alcibíades, a un gran zángano alado “alrededor de quien las pasiones coronadas de flores, perfumadas con esencia, embriagadas con vino y con todos los placeres desenfrenados, vienen a zumbar, alimentándole, educándole, armándole en fin con el aguijón de la ambición. Entonces aquel tirano del alma escoltado por la demencia, se agita con furor; si encuentra a, su alrededor pensamientos y sentimientos honrados que pudieran aún hacerle enrojecer, los mata y los arroja de sí, hasta que ha purgado al alma de toda templanza y la ha llenado con el fervor que le arrastra”.

El cielo de Atenas tuvo colores bastante sombríos durante la juventud de Platón. A los veinticinco años asistió a la toma de Atenas por los Espartanos después de la desastrosa batalla naval de Egos Pótamos. Luego vio la entrada de Lisandro en su ciudad natal; lo que significaba el fin de la independencia de Atenas. Vio los *largos muros* construidos por Temístocles, demolidos a los sonos de una música festiva y al enemigo triunfante bailar literalmente sobre las ruinas de su patria. Luego llegaron los treinta tiranos y sus proscripciones.

Aquellos espectáculos entristecieron el alma juvenil de Platón, pero no pudieron turbarla. Aquella alma era tan dulce, tan límpida, tan abierta como la bóveda del cielo sobre el Acrópolis. Platón era un joven de alta estatura, ancho de espalda, grave, recogido, casi siempre silencioso; pero cuando abría la boca, una sensibilidad exquisita, una dulzura encantadora emanaban de sus palabras. En él nada de saliente, de excesivo. Sus actitudes variadas se disimulaban como fundidas en la armonía superior de su ser. Una gracia alada, una modestia natural ocultaba la seriedad de su espíritu; una ternura casi femenina servía de velo a la firmeza de su carácter. En él la virtud se revestía

con una sonrisa y el placer con una castidad ingenua. Pero lo que constituía la marca dominante, extraordinaria, única de aquella alma, era que el nacer parecía haber hecho un pacto misterioso con la eternidad. Sí, las cosas eternas parecían vivir únicamente en el fondo de sus grandes ojos; las otras pasaban por ellos como vanas apariencias por un espejo profundo. Tras las formas visibles, cambiantes, imperfectas del mundo y de los seres, le aparecían formas invisibles, perfectas, pero siempre radiantes, de aquellos seres que ve el espíritu y que son sus modelos eternos. He aquí por qué el joven Platón, sin haber formulado su doctrina, no sabiendo tan siquiera que un día sería filósofo, tenía ya conciencia de la realidad divina del Ideal y de su omnipotencia. He aquí por qué al ver llorar a las mujeres, los carros fúnebres, los ejércitos, las fiestas y los duelos, su mirada parecía ver otra cosa y decir: “¿Por qué lloran y por qué lanzan gritos de alegría?. Creen ser y no son. ¿Por qué no puedo unirme a lo que nace y a lo que muere?. ¿Por qué no puedo amar más que a lo invisible que ni nace ni muere nunca, sino que es siempre?”.

El Amor y la Armonía, he aquí el fondo del alma de Platón, pero ¡qué Amor y qué Armonía!. El Amor de la Belleza eterna y de la Armonía que abarca el Universo. Cuanto más grande y profunda es un alma, más tiempo tarda en conocerse a sí misma. Su primer entusiasmo le lanzó a las artes. Platón pertenecía a una familia distinguida, puesto que su padre pretendía descender del rey Codrus y su madre de Solón. Su juventud fue la de un ateniense rico, rodeado de todos los lujos y de todas las seducciones de una época de decadencia. A ella se entregó sin excesos ni gazmoñería, viviendo como sus iguales, gozando noblemente de una buena herencia, rodeado y festejado por numerosos amigos. Él nos ha descrito demasiado bien la pasión del amor en todas sus fases en su *Fedro*, para que no haya experimentado sus transportes y crueles desilusiones. Un solo verso nos queda de él, tan apasionado como un verso de Safo, tan chispeante de luz como una noche estrellada sobre el mar de las Cícladas: “Quisiera ser el cielo, a fin de ser todo ojos para mirarte”. Buscando la Belleza suprema a través de todos los modos y todas las formas de lo bello, cultivó sucesivamente la pintura, la música y la poesía. Ésta parecía que iba a responder a todas sus necesidades, y terminó por fijar sus deseos. Platón tenía una maravillosa facilidad para todos los géneros. Sentía con intensidad igual la poesía amorosa y ditirámica, la epopeya, la tragedia, la misma comedia con su más fina sal ática. ¿Qué le faltaba para llegar a ser un Sófocles y levantar al teatro de Atenas de su decadencia inminente?. Esa ambición le tentó: sus amigos le excitaban. A los veintisiete años había compuesto varias tragedias e iba a presentar una al concurso.

Por esta época fue cuando Platón encontró a Sócrates discutiendo con varios jóvenes en los jardines de la Academia. Hablaba de lo Justo y de lo Injusto, de la Belleza, la Verdad y el Bien. El poeta se aproximó al filósofo, le escuchó, volvió al día siguiente y varios consecutivos. Al cabo de algunas semanas una revolución completa se había hecho en su espíritu. El feliz joven, el poeta lleno de ilusiones ya no se reconocía. El curso de sus pensamientos, el objetivo de su vida habían cambiado. Otro Platón acababa de nacer en él, bajo la palabra de aquel que se llamaba a sí mismo: “partero de almas”. ¿Qué había pasado?. ¿Por medio de qué sortilegio aquel razonador con cara de sátiro había arrancado del lujo, de las voluptuosidades, de la poseía, al bello, al genial Platón, para llevarle al gran renunciamiento que supone la sabiduría?.

Sócrates era un hombre muy sencillo, pero también un gran original. Hijo de un escultor, esculpió las tres gracias durante su adolescencia; luego tiró el cincel, diciendo que le gustaba más esculpir su alma que el mármol. A partir de aquel momento, consagró su vida a la busca de la sabiduría. Se le veía en los gimnasios, en la plaza pública, en el teatro, conversar con los jóvenes, los artistas, los filósofos, y preguntar a cada uno la razón de lo que afirmaba. Hacía algunos años que los sofistas habían caído sobre la ciudad de Atenas como una nube de langostas. El sofista es la falsificación y la negación viva del filósofo, como el demagogo es la falsificación del hombre de Estado, el hipócrita la falsificación del sacerdote, el mago negro la falsificación infernal del verdadero iniciado. El tipo griego del sofista es más sutil, más razonador, más corrosivo que los otros; pero el género pertenece a todas las civilizaciones en decadencia. Los sofistas pululan en ellas tan fatalmente como los gusanos en un cuerpo descompuesto. Llámense ateos, nihilistas o pesimistas, los sofistas de todos los tiempos se parecen. Siempre niegan a Dios y al alma, es decir, a la verdad y a la vida supremas. Los del tiempo de Sócrates, los Pródicos, los Gorgias y los Protágoras decían que no hay diferencia entre la verdad y el error. Se alababan de probar cualquier idea y su contraria, afirmando que no hay más justicia que la fuerza, ni otra verdad que la opinión del sujeto. De este modo, contentos de sí mismos, vividores, haciéndose pagar caro sus lecciones, lanzaban a los jóvenes hacia el vicio, la intriga y la tiranía.

Sócrates se aproximaba a los sofistas con su dulzura insinuante, su fina hombría de bien, como un ignorante que quiere instruirse. Sus ojos brillaban inteligentes y llenos de benevolencia. Luego, de pregunta en pregunta, les forzaba a decir lo contrario de lo que habían pretendido al principio y a confesar implícitamente que no sabían ni aun de lo que hablaban. Sócrates

demostraba en seguida que los sofistas no conocían la causa y el principio de nada, aunque pretendían poseer la ciencia universal. Después de haberlos reducido al silencio, no se jactaban de su victoria; daba gracias a sus adversarios sonriendo por haberle instruido con sus respuestas, agregando que saber que no se sabe nada, es el principio de la verdadera sabiduría. ¿Qué es lo que creía y afirmaba el mismo Sócrates?. Él no negaba a los dioses, les daba el mismo culto que sus conciudadanos; pero decía que su naturaleza era impenetrable y confesaba no comprender nada de la física y metafísica que se explicaba en las escuelas. Lo importante, decía, es creer en lo Justo y en lo Verdadero y aplicarlo en la vida. Sus argumentos adquirían una gran fuerza en su boca, porque él en todo daba ejemplo: ciudadano irreprochable, intrépido soldado, juez íntegro, amigo fiel y desinteresado, dueño absoluto de todas sus pasiones.

De modo que la táctica de la educación moral cambia según los tiempos y los medios. Pitágoras, ante sus discípulos iniciados, hacía caer la moral de las alturas de la cosmogonía. En Atenas, en la plaza pública, entre los Cleón y los Gorgias, Sócrates hablaba del sentimiento innato de lo Justo y de lo Verdadero para reconstruir el mundo y el Estado social quebrantado. Y ambos, uno en el orden descendente de los principios, el otro en el orden ascendente, afirmaban la misma verdad. Pitágoras representa los principios y el método de la más elevada iniciación. Sócrates anuncia la era de la ciencia abierta. Para no salirse de su papel de vulgarizador, se negó a iniciarse en los misterios de Eleusis. Pero no por eso dejaba de tener el sentido y la fe de la verdad total y suprema que enseñaba los grandes Misterios. Cuando hablaba de ellos, el bueno, el espiritual Sócrates, cambiaba de aspecto, como un Fauno inspirado del que se apodera un dios. Sus ojos se encendían, un rayo pasaba sobre su cabeza calva, y de su boca caía una de esas sentencias luminosas y sencillas que iluminaban el fondo de las cosas.

¿Por qué Platón quedó tan irresistiblemente hechizado y subyugado por aquel hombre?. Porque comprendió al verle la superioridad del Bien sobre lo Bello. Porque lo Bello sólo realiza lo Verdadero en el espejismo del arte, mientras que el Bien se cumple en el fondo mismo de las almas. Rara y poderosa fascinación, porque los sentidos no intervienen en ella. La vista de un verdadero justo hizo inclinar el alma de Platón hacia un ensueño más divino.

Aquel hombre le mostró la inferioridad de la belleza y de la gloria, tales como las había concebido hasta entonces, ante la belleza y la gloria del alma en acción, que atrae para siempre otras almas a su verdad, mientras que las

pompas del Arte sólo logran hacer relumbrar un momento una verdad engañosa bajo un velo que lleva a la decepción. Aquella Belleza radiante, eterna, que es “el Esplendor de la Verdad”, mató a la belleza cambiante y engañosa en el alma de Platón. He aquí por qué Platón, olvidando y dejando todo lo que hasta entonces había amado, entregó su alma a Sócrates, en la flor de su juventud. Gran Victoria de la Verdad sobre la Belleza y que tuvo incalculables consecuencias para la historia del espíritu humano.

Entre tanto los amigos de Platón esperaban verle debutar como poeta en la escena. Les invitó en su casa a un gran festín, y todos se admiraron de que él quisiera dar tal fiesta en aquel momento, porque era costumbre no darla hasta después de haber obtenido el premio, y cuando la tragedia coronada se había representado. Pero nadie rehusaba una invitación del rico joven en quien las Musas y las Gracias se hallaban en compañía de Eros. Su casa servía hacía mucho tiempo de punto de reunión a la juventud elegante de Atenas. Platón gastó una fortuna para aquel banquete. Se puso la mesa en el jardín. Jóvenes provistos de antorchas iluminaban la escena. Las tres más hermosas hetairas de Atenas asistieron. El festín duró toda la noche. Se cantaron himnos al Amor y a Baco. Las tocadoras de flautas bailaron sus danzas más voluptuosas. Por fin, rogaron a Platón que recitara uno de sus ditirambos. Se levantó entonces sonriente y dijo: “Este festín es el último que os doy. A partir de hoy renuncio a los placeres de la vida para consagrarme a la sabiduría y seguir las enseñanzas de Sócrates. Sabedlo todos: renuncio también a la poesía, porque he reconocido su impotencia para expresar la verdad que yo busco. Ya no haré ni un solo verso vov a quemar en vuestra presencia todos los que he compuesto”. Un solo grito de asombro y de protesta se elevó de todos los puntos de la mesa, alrededor de la cual estaban acostados, en lechos suntuosos, los convidados coronados de rosas. De aquellos semblantes enrojecidos por el vino, la alegría, los chistes de la comida, unos expresaban la sorpresa, otros la indignación. Hubo entre los elegantes y los sofistas risas de incredulidad y de desprecio. Se tachó de locura y sacrilegio el proyecto de Platón; le incitaron a que volviese sobre sus pasos. Pero Platón afirmó estar resuelto, con una calma y seguridad tan grande, que no sufrían réplica. Por fin terminó diciendo: “Doy las gracias a todos los que han querido tomar parte en esta fiesta de adiós; pero no retendré conmigo más que a quienes quieran compartir mi nueva vida. Los amigos de Sócrates serán en adelante mis únicos amigos”. Estas palabras pasaron como una escarcha sobre un campo de flores. Apareció súbitamente en aquellos semblantes risueños, el aire triste y embarazado de gentes que asisten a un entierro. Las cortesanas se levantaron y

se hicieron transportar en sus literas, lanzando una mirada de decepción sobre el dueño de la casa. Los elegantes y los sofistas se marcharon, despidiéndose con palabras irónicas y regocijadas: “¡Adiós, Platón!. ¡Sé dichoso!. ¡Tú volverás a nuestro campo!. ¡Adiós!. ¡Adiós!”.

Dos jóvenes serios quedaron únicamente a su lado. Entonces cogió de la mano a aquellos amigos fieles, y, dejando allí las ánforas de vino medio vacías, las rosas deshojadas, las liras y las flautas esparcidas entre copas llenas, Platón les condujo al patio interior de su casa. Allí vieron, amontonados sobre un altarcillo, una pirámide de rollos de papiros. Eran las obras poéticas de Platón. El poeta, tomando una antorcha, les dio fuego con una sonrisa, pronunciando estas palabras: “Vulcano, ven aquí; Platón te necesita”. (*Fragmento de las obras completas de Platón, conservado bajo el título “Platón quema sus poesías”*).

Cuando la llama se extinguió revoloteando en los aires, los dos amigos sintieron las lágrimas en los ojos y dijeron silenciosamente adiós a su futuro maestro. Pero Platón, solo ya, no lloraba. Una paz, una serenidad maravillosa llenaban todo su ser. Pensaba en Sócrates, a quien iba a ver. El alba naciente rozaba las terrazas de las casas, las columnatas, los frontis de los templos; y pronto el primer rayo de sol hizo brillar el casco de Minerva en la cima de la Acrópolis.

II LA INICIACIÓN DE PLATÓN Y LA FILOSOFÍA PLATÓNICA

Tres años después que Platón era discípulo de Sócrates, éste fue condenado a muerte por el Areópago y murió rodeado de sus discípulos, bebiendo la cicuta.

Pocos acontecimientos históricos han sido tan debatidos como éste. Hay pocos, sin embargo, de que se hayan comprendido peor las causas y el alcance. Se acepta hoy que el Areópago tuvo razón, desde su punto de vista, para condenar a Sócrates como enemigo de la religión del Estado, porque, al negar los Dioses, arruinaba las bases de la república ateniense. Mostraremos en seguida que esta aserción contiene dos errores profundos. Recordemos por de pronto que Víctor Cousin ha osado escribir al frente de la *Apología de Sócrates*, en su bella traducción de las obras de Platón: “Anytus, hay que decirlo, era un ciudadano recomendable; el Areópago, un tribunal equitativo y moderado; y si hubiera que admirarse de algo, sería de que Sócrates hubiera sido acusado tan tarde, y que no haya sido condenado por más fuerte mayoría”. El filósofo, ministro de Instrucción pública, no había visto que, de tener razón sería preciso condenar a la vez a la filosofía y a la religión, para glorificar únicamente la política de la mentira, de la violencia y de lo arbitrario. Porque, si la filosofía arruina por fuerza las bases del estado social, sólo es una pomposa locura; y si la religión sólo puede subsistir suprimiendo la investigación de la verdad, entonces sólo es una funesta tiranía. Tratemos de ser más justos a la vez hacia la religión y la filosofía griegas.

Hay un hecho capital y decisivo que ha escapado a la mayor parte de los historiadores y de los filósofos modernos. En Grecia, las persecuciones, muy raras contra los filósofos, no partieron jamás de los templos, sino siempre de los hombres de la política. La civilización helénica no ha conocido la lucha entre los sacerdotes y los filósofos, que juegan tan gran papel en la nuestra, desde la destrucción del esoterismo cristiano en el siglo segundo de nuestra era. Tales pudo profesar tranquilamente que el mundo viene del agua; Heráclito, que sale del fuego; Anaxágoras, decir que el sol es una masa de fuego incandescente. Demócrito, pretender que todo procede de los átomos.

Ningún templo se inquietó por ello. En los templos se sabía todo eso y aún más. Se sabía también que los pretendidos filósofos que niegan los Dioses, no podían destruirlos en la conciencia nacional, y que los filósofos verdaderos creían en ellos al modo de los iniciados y veían en ellos los símbolos de las grandes categorías de la jerarquía espiritual, de lo Divino que penetra la Naturaleza, de lo Invisible que gobierna lo Visible. La doctrina esotérica servía pues de lazo entre la verdadera filosofía y la verdadera religión. He aquí el hecho profundo, primordial y final, que explica su acuerdo secreto en la civilización helénica.

¿Quién acusó a Sócrates?. Los sacerdotes de Eleusis, que habían maldecido a los autores de la guerra del Poloneso, sacudiendo el polvo de sus vestiduras hacia el Occidente, no pronunciaron una palabra contra él. En cuanto al templo de Delfos, le dio el más bello testimonio de aprecio que se pueda dar a un hombre. La Pitia, consultada sobre lo que Apolo pensaba de Sócrates, respondió (*Jenofonte, Apología de Sócrates*): “No hay ningún hombre más libre, más justo, más sensato”. Los dos motivos de la acusación lanzada contra Sócrates: de corromper a la juventud y de no creer en los Dioses, sólo fueron un pretexto. Sobre la segunda, el acusado respondió victoriosamente a sus jueces: “Creo en mi espíritu familiar, y a mayor razón debo creer en los Dioses, que son los grandes espíritus del universo”. ¿Por qué entonces ese odio implacable contra el justo?. Había él combatido la injusticia, desenmascarado la hipocresía, mostrado lo falso de tantas vanas pretensiones. Los hombres perdonan todos los vicios y todos los ateísmos, pero no perdonan a quienes les quitan la careta. Por eso los verdaderos ateos que se reunían en el Areópago, hicieron morir al justo y al inocente, acusándole del crimen que ellos cometían. En su defensa admirable reproducida por Platón, Sócrates lo explica con una perfecta sencillez: “Son mis investigaciones infructuosas para encontrar hombres sabios entre los Atenienses, las que han excitado contra mí tantas peligrosas enemistades; de ahí todas las calumnias difundidas sobre mi persona; porque todos los que me oyen creen que yo sé todas las cosas, sobre las que desenmascaro la ignorancia de los otros... Intrigantes, activos y numerosos, hablando de mí según un plan concertado y con elocuencia muy capaz de seducir, hace mucho tiempo que os han llenado los oídos con los ruidos más pérfidos y persiguen Sin descanso su sistema de calumnia. Hoy concitan contra mí a Melitus, Anytus y Lycón. Melitus representa a los poetas; Anytus, a los políticos y los artistas; Lycón, a los oradores”. Un poeta trágico sin talento, un rico malvado y fanático, un demagogo desvergonzado, lograron hacer condenar a muerte al mejor de los hombres. Y aquella muerte le ha

hecho inmortal. Pudo él decir con firmeza a sus jueces: “Creo más en mis dioses que ninguno de los acusadores. Tiempo es de que nos despidamos, yo para morir y vosotros para vivir. ¿Quién de nosotros sale mejor librado?. Ninguno lo sabe, excepto Dios”. (*Platón, Apología de Sócrates*).

Lejos de quebrantar la verdadera religión y sus símbolos nacionales, Sócrates hacía cuanto podía para afirmarlo. Hubiese sido el mayor sostén de su patria, sí su patria hubiese sabido comprenderle. Como Jesús, murió perdonando a sus verdugos y fue para toda la humanidad el modelo de los sabios mártires. Él representa el definitivo advenimiento de la iniciación individual y de la Ciencia abierta.

La serena imagen de Sócrates muriendo por la verdad y pasando su última hora hablando con sus discípulos de la inmortalidad del alma, se imprimió en el corazón de Platón como el más bello de los espectáculos y el más santo de los misterios. Aquella fue su primera, su grande iniciación. Más tarde, debía estudiar la Física, la Metafísica y muchas otras ciencias; pero siempre fue el discípulo de Sócrates. El nos ha legado su viviente imagen, poniendo en boca de su maestro los tesoros de su propio pensamiento. Esa flor de modestia hace de él un discípulo ideal, como el fuego del entusiasmo le convierte en poeta de los filósofos. Aunque sepamos que no fundó su escuela hasta la edad de cincuenta años y murió a la de ochenta, no podemos figurárnosle más que siendo joven. Porque la eterna juventud es el patrimonio de las almas que, a la profundidad del pensamiento, unen un candor divino.

Platón había recibido de Sócrates el gran impulso, el principio activo y viril de su vida, su fe en la justicia y en la verdad. Debió la ciencia y la substancia de sus ideas a su iniciación en los Misterios. Su genio consiste en la forma nueva, a la vez poética y dialéctica, que supo darles. Aquella iniciación no la tomó solamente en Eleusis. Él la buscó en todas las fuentes accesibles del mundo antiguo. Después de la muerte de Sócrates, empezó a viajar. Siguió las lecciones de varios filósofos del Asia Menor. De allí fue a Egipto, para ponerse en relación con sus sacerdotes, y pasó a través de la iniciación de Isis. No alcanzó, como Pitágoras, el grado superior del adeptado, en el cual se adquiere la vista efectiva y directa de la verdad divina, con poderes sobrenaturales desde el punto de vista terrestre. Se detuvo en el tercer grado, que confiere la perfecta claridad intelectual con el dominio de la inteligencia sobre el alma y el cuerpo. Luego se fue a la Italia meridional para entrar en relaciones con los pitagóricos, sabiendo muy bien que Pitágoras había sido el mayor de los sabios griegos. Compró a peso de oro un manuscrito del Maestro. Habiendo así estudiado la tradición esotérica de Pitágoras en su

misma fuente, tomó de aquel filósofo las ideas madres y el esqueleto de su sistema. (“*Lo que Orfeo ha promulgado por oscuras alegorías, dice Proclus, Pitágoras lo enseñó después de haber sido iniciado en los misterios, y Platón tuvo de ello conocimiento pleno por los escritos órficos y pitagóricos*”). *Esta opinión de la escuela alejandrina sobre la filiación de las ideas platónicas, está plenamente confirmada por el estudio comparado de las tradiciones órficas, y pitagóricas con los escritos de Platón. Esta filiación, mantenida secreta durante siglos, no fue revelada más que por los filósofos alejandrinos, porque ellos fueron los primeros en publicar el sentido esotérico de los Misterios*).

Vuelto a Atenas, Platón fundó allí su escuela, tan celebrada bajo el nombre de Academia. Para continuar la obra de Sócrates, era preciso difundir la verdad. Pero Platón no podía enseñar públicamente las cosas que los pitagóricos recubrían con un triple velo. Los juramentos, la prudencia, su objetivo mismo se lo prohibían. Es la doctrina esotérica misma lo que aparece en sus Diálogos, pero disimulada, mitigada, cargada con una dialéctica razonadora como un peso extraño; disfrazada ella misma como leyenda, mito o parábola. No se presenta aquí con el conjunto imponente que le dio Pitágoras y que hemos tratado de reconstruir, edificio fundado sobre una base inmutable, y cuyas partes están fuertemente cimentadas, sino por fragmentos analíticos. Platón, como Sócrates, se coloca sobre el terreno mismo de los jóvenes de Atenas, de los mundanos, de los retóricos y de los sofistas. Les combate con sus propias armas. Pero su genio siempre está allí; a cada instante rompe como un águila la red de la dialéctica, para elevarse con osado vuelo a las verdades sublimes que son su patria y su aire natal. Esos diálogos tienen un encanto vivo y único; en ellos se saborea, al lado del entusiasmo de Delfos y Eleusis, una claridad maravillosa, la sal ática, la malicia del bonachón Sócrates, la ironía fría y alada del sabio.

Nada más fácil que encontrar las diferentes partes de la doctrina esotérica en Platón, y de cubrir al mismo tiempo los manantiales en que ha bebido. La doctrina de las ideas tipos de las cosas, expuesta en *Fedro*, es un corolario de la doctrina de los *Números sagrados* de Pitágoras. (*Véase aquella doctrina expuesta en el libro precedente*). El *Timeo* da una exposición muy confusa y embrollada de la cosmogonía esotérica. — En cuanto a la doctrina del alma, de sus emigraciones y de su evolución, pasa a través de toda la obra de Platón, pero en ninguna parte aparece tan claramente como en el *Banquete*, en *Fedón*, y en la *leyenda de Er*, colocada al fin de ese diálogo. — Distinguimos a Psiquis bajo un velo, pero ¡cuán bella y

conmovedora brilla al través, con sus formas exquisitas y su gracia divina!

Hemos visto en el libro precedente que la clave del Cosmos, el secreto de su constitución, de arriba abajo se encuentra en el principio *de los tres mundos*, reflejados por el microcosmo y el macrocosmo, en el ternario humano y divino. Pitágoras había magistralmente formulado y resumido esta doctrina bajo el símbolo de la *Tetrada sagrada*. Aquella doctrina del Verbo viviente, eterno, constituía el gran arcano, la fuente de la magia, el templo de diamante del iniciado, su ciudadela inexpugnable sobre el océano de las cosas. Platón no podía ni quería revelar aquel arcano de su enseñanza pública. Por de pronto el juramento de los misterios le cerraba la boca. Además, todos no habrían comprendido, el vulgo hubiese profanado indignamente ese misterio teogónico que contiene la generación de los mundos. Para combatir la corrupción de las costumbres y el desencadenamiento de las pasiones políticas, era precisa otra cosa. Con la gran iniciación, iba a cerrarse pronto la puerta del más allá, esa puerta que no se abre luminosamente, más que a los grandes profetas, a los rarísimos, a los verdaderos iniciados.

Platón reemplazó la doctrina de los Tres mundos por tres conceptos, que, a falta de la iniciación organizada, fueron durante dos mil años como tres caminos abiertos sobre el supremo objetivo. Esos tres conceptos se relacionan igualmente con el mundo humano y el mundo divino; ellos tienen la ventaja de unirse con él, aunque de una manera abstracta. Aquí se muestra el genio vulgarizador y creador de Platón. Lanza torrentes de luz sobre el mundo, poniendo en línea, una junto a otra, las ideas del Bien, de lo Bello y de lo Verdadero. Analizándolas una a otra, demostró que son tres rayos salidos del mismo foco, que al reunirse constituyen el foco mismo, es decir, Dios.

Persiguiendo el Bien, es decir, lo Justo, el alma se purifica; se prepara a conocer la Verdad, primera e indispensable condición de su progreso. — Continuando, ensanchando la idea de lo Bello, el alma alcanza la Belleza intelectual, esa luz inteligible, madre de las cosas, animadora de las formas, substancia y órgano de Dios. Sumergiéndose en el alma del mundo, el alma humana siente nacer sus alas. — Persiguiendo la idea de lo Verdadero, alcanza la pura Esencia, los principios contenidos en el Espíritu puro, reconoce su inmortalidad por la identidad de su principio con el principio divino. Perfección: epifanía del alma.

Abriendo esas grandes vías al espíritu humano, Platón ha definido y creado, fuera de los sistemas estrechos y de las religiones particulares, *la categoría del Ideal*, que debía reemplazar por siglos y reemplaza hasta nuestros días a la *iniciación orgánica y completa*. Desembarazó las tres vías

sagradas que conducen a Dios, como la vía sagrada de Atenas conducía a Eleusis por la puerta del Cerámico. Habiendo penetrado en el interior del templo con Hermes, Orfeo y Pitágoras, juzgamos mucho mejor de la solidez y de la rectitud de esas anchas rutas construidas por el divino ingeniero Platón. El reconocimiento en la Iniciación nos justifica y da la razón de ser del Idealismo.

El **Idealismo** es la afirmación osada de las verdades divinas por el alma que se interroga en su soledad y juzga de las realidades celestes por las facultades íntimas y sus voces interiores. — La **Iniciación** es la penetración de esas mismas verdades por la experiencia del alma, por la visión directa del espíritu, por la resurrección interna. En el supremo grado, es la comunicación del alma con el mundo divino.

El **Ideal** es una moral, una poesía, una filosofía; la **Iniciación** es una acción, una visión, una presencia sublime de la Verdad. El Ideal es el ensueño y el lamento de la patria divina; la Iniciación, ese templo de los elegidos, es su clara remembranza, la posesión misma.

Construyendo la categoría del Ideal, el iniciado Platón creó un refugio; abrió el camino de salvación a millones de almas que no pueden llegar en esta vida a la iniciación directa, pero aspiran dolorosamente a la verdad. Platón hizo así de la filosofía el vestíbulo de un santuario futuro, convidando a él a todos los hombres de buena voluntad. El idealismo de sus numerosos hijos paganos o cristianos, nos aparece como la sala de espera de la grande iniciación.

Esto nos explica la inmensa popularidad y la fuerza radiante de las ideas platónicas. He aquí por qué la Academia de Atenas, fundada por Platón, duró siglos y se prolongó en la gran escuela de Alejandría. He aquí por qué los primeros Padres de la Iglesia rindieron homenaje a Platón; he aquí por qué San Agustín tomó de él las dos terceras partes de su teología. Dos mil años habían pasado desde que el discípulo de Sócrates había exhalado el último suspiro a la sombra de la Acrópolis. El cristianismo, las invasiones de los bárbaros, la Edad Media había pasado sobre el mundo. Pero la antigüedad renacía de sus cenizas. En Florencia, los Médicis quisieron fundar una academia y llamaron a un sabio griego, desterrado de Constantinopla, para organizarla. ¿Qué nombre le dio Marsilio Ficino? La llamó la academia platónica. Hoy mismo, después que tantos sistemas filosóficos, construidos uno sobre otros se han hundido en el polvo; hoy, que la ciencia ha investigado la materia en sus últimas transformaciones y se vuelve a encontrar enfrente de lo inexplicado y de lo invisible; hoy aún, Platón vuelve a nosotros. Siempre

Edouard Schure – Los Grandes Iniciados III – Orfeo, Pitágoras y Platón

sencillo y modesto, pero radiante de juventud eterna, nos tiende el ramo sagrado de los Misterios, el ramo de mirto y de ciprés con el narciso: *la flor del alma* que promete el divino renacimiento en una nueva Eleusis.

III LOS MISTERIOS DE ELEUSIS

Los misterios de Eleusis fueron en la antigüedad griega y latina, objeto de una veneración especial. Los mismos autores que pusieron en ridículo las fábulas mitológicas, no osaron tocar al culto de las “Grandes diosas”. Su reino, menos ruidoso que el de los Olímpicos, se mostró más seguro y más eficaz. En tiempo inmemorial, una colonia griega llegada de Egipto había traído a la tranquila bahía de Eleusis el culto de la grande Isis, bajo el nombre de Demeter o la madre universal. Desde aquel tiempo, Eleusis había continuado siendo un centro de iniciación.

Demeter y su hija Perséfone presidían los pequeños y los grandes misterios; de ahí su prestigio. Si el pueblo reverenciaba la tierra madre en Ceres, diosa de la agricultura, los iniciados veían en ella la luz celeste, madre de las almas y la Inteligencia divina, madre de los dioses cosmogónicos. Su culto estaba servido por sacerdotes pertenecientes a la más antigua familia sacerdotal del Atica. Se llamaban hijos de la Luna, es decir, nacidos para ser mediadores entre la Tierra y el Cielo, salidos de la esfera donde se encuentra el puente lanzado entre las dos regiones, por el cual las almas descienden y suben. Desde el origen sus funciones habían consistido en “cantar, en este abismo de miserias, las delicias de la celeste estancia y enseñar los medios de volver a encontrar el carriño”. De aquí su nombre de Eumólpidos o “cantores de las melodías bienhechoras”, dulce regeneradoras de los hombres. Los sacerdotes de Eleusis enseñaron siempre la gran doctrina esotérica que de Egipto le llegara. Pero en el curso de las edades la revistieron con todo el encanto de una mitología plástica y encantadora. Por un arte sutil y profundo, aquellos magos supieron servirse de las pasiones terrestres para expresar celestes ideas. Aprovecháronse del atractivo de los sentidos, de la pompa de las ceremonias, de las seducciones del arte, para insinuar en el alma una vida mejor y en el espíritu la inteligencia de las verdades divinas. En parte alguna los misterios aparecen bajo una forma tan humana, tan vívida y coloreada.

El mito de Ceres y de su hija Proserpina forma el corazón del culto de Eleusis. (*Véase el himno homérico a Deméter*). Como una teoría brillante, toda la iniciación eleusiana gira y se desenvuelve alrededor de aquel círculo luminoso. Más, en su sentido íntimo, este mito es la representación simbólica

de la historia del alma, de su descenso a la materia, de sus sufrimientos en las tinieblas del olvido, y luego de su reascensión y de su vuelta a la vida divina. — En otros términos, es el drama de la caída y de la redención bajo su forma helénica.

Se puede afirmar por otra parte, que para el ateniense cultivado e iniciado del tiempo de Platón, los misterios de Eleusis ofrecían el complemento explicativo, el contraste luminoso de las representaciones trágicas de Atenas. Allí, en el teatro de Baco, ante el pueblo alborotado y clamoroso, los encantamientos terribles de Melpómene evocaban al hombre terrestre cegado por sus pasiones, perseguido por la Némesis de sus crímenes, cargado con un Destino implacable y con frecuencia incomprensible. Allí resonaban las luchas de Prometeo, las imprecaciones de las Erinias; allí rugían las desesperaciones de Edipo y los furores de Orestes. Allí reinaban el Terror sombrío y la Piedad lamentable. En Eleusis, en el recinto de Ceres, todo se iluminaba. El círculo de las cosas se extendía para los iniciados devenidos videntes. La historia de Psiquis-Perséfone era para cada alma una revelación sorprendente. La vida se explicaba como una expiación o como una prueba. Acá y allá, en su presente terrestre, el hombre descubría las zonas estrelladas de un pasado, de un porvenir divino. Después de las angustias de la muerte, las esperanzas, las liberaciones, los goces elíseos y a través de los pórticos del templo abierto, los cantos de los bienaventurados, la luz emergente de un maravilloso más allá.

He aquí lo que eran los Misterios frente a la Tragedia: el drama divino del alma completando, explicando el drama terrestre del hombre.

Los Misterios menores se celebraban en el mes de febrero, en Agrae, pueblo vecino de Atenas. Los aspirantes que habían sufrido un examen preliminar y dado pruebas de su buen nacimiento, de su educación y de su honradez, eran recibidos a la entrada de un recinto cerrado, por el sacerdote de Eleusis llamado *hieroceryx* o heraldo sagrado, asimilado a Hermes, cubierto como él con el petaso y portador del caduceo. Era el guía, el mediador, el intérprete de los Misterios. Él conducía a los aspirantes hacia un pequeño templo de columnas jónicas, dedicado a *Koré*, la gran Virgen Perséfone. El gracioso santuario de la diosa se ocultaba en el fondo de un valle tranquilo, en medio de un bosque sagrado, entre grupos de tejos y algunos álamos blancos. Entonces las sacerdotisas de Proserpina, las hierofántidas, salían del templo con peplos inmaculados, brazos desnudos, coronadas de narcisos. Se colocaban en línea en lo alto de la escalera y entonaban una melopea grave, al modo dórico. Decían ellas acentuando sus palabras, con solemne ademán:

“¡Oh aspirantes de los Misterios!, aquí estáis en el pórtico de Proserpina. Todo cuanto vais a ver va a sorprenderos. Sabréis que vuestra vida presente no es más que un tejido de sueños mentirosos y confusos. El sueño que os rodea de una zona de tinieblas, lleva vuestros ensueños y vuestros días en su flujo, como los restos flotantes que se desvanecen a la vista. Pero al otro lado, se extiende una zona de luz eterna. ¡Que Perséfone os sea propicia y os enseñe ella misma a franquear el río de las tinieblas y a penetrar hasta la Deméter celeste!”.

Luego, la prophantida, o profetisa que dirigía el coro, descendía tres escalones y profería esta maldición con voz solemne, con mirada terrible: “¡Pero desgraciados aquellos que vinieran a profanar los Misterios!. Porque la diosa perseguirá sus corazones perversos durante toda su vida y en el reino de las sombras no dejará su presa!”.

En seguida transcurrían varios días dedicados a abluciones, ayunos, oraciones e instrucciones.

En la noche del último día, los neófitos se reunían en la parte más secreta del bosque sagrado para asistir en él al *rapto de Perséfone*. La escena se representaba al aire libre por las sacerdotisas del templo. La costumbre se remontaba muy lejos y el fondo de aquella representación, la idea dominante, fue siempre la misma, aunque la forma variase mucho en el curso de las edades. En tiempo de Platón, gracias al desarrollo reciente de la tragedia, la antigua severidad hierática había cedido el puesto a un gusto más humano, más refinado, y a una tendencia pasional. Guiados por el hierofante, los poetas anónimos de Eleusis habían hecho de aquella escena un pequeño drama que se desarrollaba poco más o menos de este modo:

(Los neófitos llegan de a dos, a un claro del bosque. En el fondo se ven rocas ante una gruta, rodeadas de un bosque de mirtos y de algunos álamos. Delante una pradera, donde hay ninfas recostadas alrededor de un manantial. En el fondo de la gruta, donde se ve a Perséfone sentada sobre un sitial. Desnuda hasta la cintura como una Psíquis, su busto esbelto emerge castamente de unos lienzos arrollados como un vapor azul a su talle. Parece dichosa, inconsciente de su belleza, y borda un amplio velo de hilos multicolores. Deméter, su madre, está en pie cerca de ella, tocada con el kalathos, cetro en mano).

HERMES *(el heraldo de los Misterios, a los concurrentes).*

— Demeter nos hace dos regalos excelentes: los frutos para que no

vivamos como las bestias, y la iniciación, que da una esperanza más dulce a los que de ella participan, en cuanto al fin de esta vida y por toda la eternidad. Prestad atención a las palabras que vais a oír, a las cosas que vais a ver.

DEMÉTER (*con voz grave*). — Hija amada de los Dioses, habita en esta gruta hasta mi vuelta y borda mi velo. El cielo es tu patria, el universo es tuyo. Tú ves a los Dioses; ellos acuden a tu voz. Pero no escuches la voz de Eros el astuto, de suaves miradas y pérfidos consejos. Guárdate de salir de la gruta y no recojas jamás las flores seductoras de la tierra; su perfume embriagador y funesto te haría perder la luz del cielo y hasta el recuerdo. Teje mi velo, y vive dichosa hasta mi vuelta, con las ninfas tus compañeras. Entonces, en mi carro de fuego, tirado por serpientes, te volveré a los esplendores del Eter, sobre la vía láctea.

PERSÉFONA. — Sí, madre augusta y temible, por esta luz que te rodea y que me es cara, lo prometo, y que los Dioses me castiguen si no cumplo mi juramento. (*Deméter sale*).

EL CORO DE LAS NINFAS. — ¡Oh Perséфона! ¡Oh Virgen, Oh casta prometida del Cielo, que bordas la figura de Dios sobre tu velo!. Que no conozcas jamás las vanas ilusiones y los males innumerables de la tierra. La eterna verdad te sonrío. Tu esposo celeste, Dyonisos, te espera en el Empíreo. A veces se te aparece bajo la forma de un Sol lejano; sus rayos te acarician; él respira tu aliento y tú bebes su luz... De antemano os poseéis... ¡Oh Virgen!; ¿Quién es más feliz que tú?

PERSÉFONA. — Sobre este azul de interminables pliegues bordó mi aguja de marfil las infinitas figuras de los seres de todas las cosas. He terminado la historia de los Dioses; he bordado el Caos terrible de cien cabezas y mil brazos. De allí deben salir los seres mortales. ¿Quién, pues, los hizo nacer?. El Padre de los Dioses me lo ha dicho; es Eros. Pero nunca le he visto, ignoro su forma. ¿Quién me describirá su rostro?

LAS NINFAS. — No pienses en ello. ¿Por qué esa vana pregunta?

PERSÉFONA (*se levanta y arroja el velo*). — ¡Eros!, el más antiguo y sin embargo el más joven de los Dioses, fuente inagotable de los goces y las lágrimas — pues así me han hablado de ti —, Dios terrible, sólo desconocido, único Invisible de los Inmortales y único deseable. ¡Misterioso Eros!, ¡qué turbación, qué vértigo me arrebató a tu nombre!

EL CORO. — No trates de saber más. Las cuestiones peligrosas han perdido a hombres y aun a Dioses.

PERSÉFONA (*fija en el vacío sus ojos llenos de espanto*). — ¿Es un recuerdo?. ¿Es un presentimiento terrible?. ¡El Caos..., los hombres..., el

abismo de las generaciones, el grito de los nacimientos, los clamores furiosos del odio y de la guerra... el abismo de la muerte!. Oigo, veo todo eso y ese abismo me atrae, me sujeta; es preciso que a él descienda. Eros me sume en él, con su antorcha incendiaria. ¡Ah!, voy a morir. Lejos de mí este sueño horrible. *(Se cubre la cara con las manos y solloza)*.

EL CORO. — ¡Oh virgen divina!, sólo es un sueño; más tomaría cuerpo, llegaría a ser la fatal realidad, y tu cielo desaparecería como un vano sueño, si cedieras a tu deseo culpable. Obedece a esta advertencia saludable, vuelve a tomar tu aguja y teje tu velo. ¡Olvida al astuto, imprudente, criminal Eros!.

PERSÉFONA *(quita las manos de su rostro, que ha cambiado de expresión. Sonríe a través de sus lágrimas)*. — ¡Qué locas sois!. ¡Qué insensata era!. Recuerdo ahora, lo he oído decir en los misterios olímpicos: Eros es el más bello de los dioses; sobre un carro alado preside las evoluciones de los Inmortales, a la mezcla de las esencias primeras. Él es quien conduce a los hombres osados, a los héroes, desde el fondo del Caos a las cumbres del Éter. Sabe todo; como el Fuego Príncipe, atraviesa todos los mundos, tiene las llaves de la tierra y del cielo. ¡Quiero verle!.

EL CORO. — ¡Desgraciada!. ¡Detente!.

EROS *(sale del bosque bajo la forma de un adolescente alado)*. — ¿Me llamas, Perséфона?. Aquí me tienes.

PERSÉFONA *(se vuelve a sentar)*. — Dicen que eres astuto y tu semblante es la inocencia misma; te dicen todopoderoso y pareces débil niño; te llaman traidor y cuanto más miro tus ojos, más se regocija mi corazón, más confianza adquiero en ti, hermoso mozo risueño. Dicen que eres sabio y hábil. ¿Puedes ayudarme a bordar este velo?.

EROS. — De buena gana: aquí estoy, cerca de ti, a tus pies. ¡Qué maravilloso velo!. Parece empapado en el azul de tus ojos. ¡Qué admirables figuras ha bordado tu mano, menos bellas que la divina bordadora, que no se ha visto nunca en un espejo!. *(Sonríe malicioso)*.

PERSÉFONA. — ¡Verme yo misma!. ¿Sería ello posible?. *(Se ruboriza)*. ¿Pero reconoces tú estas figuras?.

EROS. — ¿Que si las conozco?: la historia de los Dioses. Pero ¿Por qué detenerte en el Caos?. Ahí es donde la lucha comienza. ¿No tejerás la guerra de los Titanes, el nacimiento de los hombres y sus amores?.

PERSÉFONA. — Mi ciencia se detiene aquí y me falta la memoria. ¿No me ayudarás a bordar lo que sigue?.

EROS *(le lanza una mirada inflamada)*. — Sí, Perséфона; pero con

una condición, y es que, para comenzar, vengas a coger conmigo una flor de la pradera, la más hermosa de todas.

PERSÉFONA (*seria*). — Mi madre Augusta y sabia me lo ha prohibido. “No escuches la voz de Eros, me dijo, ni recojas las flores de la pradera. Si desobedeces, serás la más miserable de los Inmortales”.

EROS. — Comprendo. Tu madre no quiere que conozcas los secretos de la tierra y de los infiernos. Si respirases las flores de la pradera te serían revelados.

PERSÉFONA. — ¿Los conoces?

EROS. — Todos; y ya lo ves, soy por esto más joven y más ágil. ¡Oh hija de los dioses!, el abismo tiene terrores y escalofríos que el cielo ignora; pero no comprende el cielo quien no ha atravesado por la tierra y los infiernos.

PERSÉFONA. — ¿Puedes hacérmelos comprender?

EROS. — Sí; ¡mira! (*Toca la tierra con la punta de su arco; de ella sale un gran narciso*).

PERSÉFONA. — ¡Oh, qué admirable flor!. Hace temblar y surgir en mi corazón una divina reminiscencia. A veces, dormida sobre una cumbre de mi astro amado, que dora un eterno poniente, al despertar he visto flotar, en la púrpura del horizonte, una estrella de plata por el seno nacarado del cielo verde pálido. Me parecía entonces que ella era la antorcha del inmortal esposo, promesa de los dioses del divino Dionisos. Pero la estrella bajaba, bajaba... y la antorcha moría a lo lejos. Esta flor maravillosa parece aquella estrella.

EROS. — Yo que transformo y uno todas las cosas, yo que hago de lo pequeño la imagen de lo grande, de la profundidad el espejo del cielo; yo que mezclo el cielo y el infierno sobre la tierra, que elaboro todas las formas en el profundo océano, he hecho renacer tu estrella del abismo bajo la forma de una flor, para que puedas tocarla, cogerla y respirarla.

EL CORO. — ¡No olvides que esa magia puede ser un lazo que te tiende!

PERSÉFONA. — ¿Cómo llamas a es flor?

EROS. — Los hombres la llaman Narciso; yo la llamo Deseo. Ve cómo te mira, cómo se vuelve hacia ti. Sus blancos pétalos se estremecen como si vivieran, de su corazón de oro se escapa un perfume que llena toda la atmósfera de voluptuosidad. En cuanto te lleves esta flor mágica a tu rostro, verás, en un cuadro inmenso y maravilloso, los monstruos del abismo, la tierra profunda y el corazón de los hombres. Nada quedará oculto para ti.

PERSÉFONA. — ¡Oh flor maravillosa de embriagador perfume!, mi corazón palpita, mis dedos arden al tomarte. Quiero respirarte, apretarte contra

mis labios, saturarme de tu embelesador perfume, ponerte sobre mi corazón, aunque tuviera que morir.

(La tierra se entreabre al lado de ella. De la grieta abierta y negra se ve surgir lentamente, hasta la mitad del cuerpo, a Plutón, sobre un carro tirado por dos caballos negros. Coge a Perséfone en el instante en que toma la flor, y la atrae violentamente hacia sí. Ella se retuerce inútilmente en sus brazos y lanza un grito. En seguida el carro se hunde y desaparece. Su rodar se pierde a lo lejos como un trueno subterráneo. Las ninfas huyen gimiendo hacia el bosque. Eros se escapa lanzando una gran carcajada).

LA VOZ DE PERSÉFONA (bajo tierra). — ¡Madre mía!. ¡Socorro!. ¡Madre mía!.

HERMES. — ¡Oh aspirantes de los misterios, cuya vida se halla aún oscurecida por los vapores de una mala vida!, ésta es vuestra historia. Guardad y meditaad esta expresión de Empédocles: “la generación es una destrucción terrible, que hace pasar a los vivos al lado de los muertos. En otro tiempo habéis vivido la verdadera vida y luego, atraídos por un encanto, habéis caído al abismo terrestre, subyugados por el cuerpo. Vuestro presente sólo es un sueño letal. El pasado y el porvenir, existen solos realmente. Aprended a recordarlo, aprended a prever”.



Durante esta escena, la noche había cerrado, fúnebres antorchas se encendían entre los cipreses negros, al lado del pequeño templo, y los espectadores se alejaban en silencio, perseguidos por los cánticos desolados de las hierofántidas, que clamaban: “¡Perséfone! ¡Perséfone!”. Habían terminado los pequeños misterios. Los neófitos se habían convertido en *mistos*, es decir, *velados*. Volvían a sus habituales ocupaciones, pero el *gran velo de los misterios* se había extendido sobre sus ojos. Entre ellos y el mundo exterior se había interpuesto una nube. Al mismo tiempo un ojo interno se había abierto en su espíritu, por el cual veían vagamente otro mundo lleno de formas atractivas, que se movían en abismos, por turno, espléndidos y tenebrosos.

Los grandes misterios que eran la continuación de los pequeños y que se llamaban también las *Orgías sagradas*, sólo se celebraban cada cinco años, en el mes de septiembre, en Eleusis.

Esas fiestas, completamente simbólicas, duraban nueve días; en el octavo se distribuía a los mistos las insignias de la iniciación, el tirso y una

canastilla llamada cisto, rodeada de ramas de hiedra. Ésta contenía objetos misteriosos cuya comprensión debía dar el secreto de la vida. Pero la canastilla estaba cuidadosamente cerrada y sellada. Sólo era permitido abrirla al fin de la iniciación y ante el hierofante.

Luego se entregaban a una alegría desbordante, agitaban antorchas, las pasaban de uno a otro, lanzando gritos de entusiasmo. Aquel día, un cortejo llevaba de Atenas a Eleusis la estatua de Dionisos coronado de mirtos, que se llamaba Iacchos. Su llegada a Eleusis anunciaba el gran renacimiento, porque representaba al espíritu divino que penetra en todas las cosas, al regenerador de las almas, al mediador entre la tierra y el cielo.

Esta vez entraban en el templo por la puerta mística para pasar en él la noche santa, o noche de la iniciación.

Al principio penetraban bajo un vasto pórtico comprendido en el recinto exterior. Allí el heraldo, con terribles amenazas y el grito *¡Eskato Bebeloi!* (¡fuera de aquí los profanos!), se separaba a los intrusos que conseguían a veces deslizarse en el recinto con los mistos. A éstos hacía jurar, bajo pena de muerte, no revelar nada de lo que vieran. Entonces agregaba: “Estáis aquí en el umbral subterráneo de Perséfone. Para comprender la vida futura y vuestra presente condición, preciso es haber atravesado por el imperio de la muerte; es la prueba de los iniciados. Es preciso saber desafiar a las tinieblas para gozar de la luz”. Enseguida se revestían de la piel de cervato, imagen de la laceración y desgarramiento del alma sumergida en la vida corporal. Luego se apagaban las antorchas y las lámparas y entraban en el laberinto subterráneo.

Los mistos tanteaban al principio en las tinieblas. Pronto oían ruidos, gemidos y voces terribles. Relámpagos acompañados de truenos surcaban la oscuridad. A su resplandor se veían visiones terroríficas: a veces un monstruo, quimera o dragón; otras un hombre lacerado bajo los pies de una esfinge o una larva humana. Estas apariciones eran tan repentinas que no había tiempo de distinguir al artífice que las producía, y la oscuridad completa que las sucedía, redoblaba su horror. Plutarco relaciona el terror que daban esas visiones con el estado de un hombre en su lecho de muerte.

La escena más extraña y que tocaba a la magia verdadera, ocurría en una cripta donde un sacerdote frigio, vestido con un ropaje asiático abigarrado, de rayas verticales, rojas y negras, estaba en pie ante un brasero de cobre, que iluminaba vagamente la sala, con luz intermitente. Con un gesto que no admitía réplica, obligaba a los recién llegados a sentarse a la entrada, y lanzaba al brasero grandes puñados de perfumes narcóticos. La sala se llenaba de espesos torbellinos de humo y pronto se distinguía una multitud confusa de

formas cambiantes, animales y humanas. A veces, eran largas serpientes que se estiraban cual sirenas y se enrollaban en un nudo interminable; otras, bustos de ninfas voluptuosamente inclinados, con los brazos extendidos, se transformaban en murciélagos; cabezas encantadoras de adolescentes en otras de perro. Y todos esos monstruos, tan pronto bellos como asquerosos, flúidos, aéreos, decepcionantes, irreales, que tan pronto aparecían como desaparecían, giraban, brillaban, daban vértigo, envolvían a los mystos fascinados, como para impedirles el paso. A veces el sacerdote de Cibeles extendía su varita en medio de los vapores, y el efluvio de su voluntad parecía imprimir a la ronda multiforme un movimiento de torbellino y una vitalidad inquietante. — ¡Pasad!, decía el frigio. Los mistos se levantaban y entraban en el círculo. Entonces, la mayor parte se sentían rozados de un modo extraño, otros rápidamente tocados por invisibles manos o violentamente lanzados a tierra. Algunos retrocedían de miedo y volvían a salir por donde habían entrado. Los más valientes sólo pasaban después de intentarlo varias veces, porque una firme resolución desvanecía por completo el sortilegio. *(La ciencia contemporánea sólo vería en esos fenómenos sencillas alucinaciones o sugerencias. La ciencia del esoterismo antiguo atribuía a ese género de hechos, que con frecuencia se producían en los Misterios, un valor a la par subjetivo y objetivo. Ella creía en la existencia de espíritus elementales, sin alma individualizada y sin razón, semiconscientes, que llenan la atmósfera terrestre, y son en cierto modo las almas de los elementos. La magia, que es la voluntad puesta en obra en el manejo de las fuerzas ocultas, los hace visibles a veces. De ellos habla Heráclito, cuando dice: “La naturaleza está en todas partes llena de demonios”. Platón les llama demonios de los elementos; Paracelso, elementales. Según este médico teósofo del siglo XVI, son atraídos por la atmósfera magnética del hombre, en ella se electrizan y son capaces entonces de revestir todas las formas imaginables. Cuanto más se entrega el hombre a sus pasiones tanto más llega a ser presa de ellos, sin sospecharlo. El mago puede dominarlos únicamente, y servirse de ellos, pero constituyen una esfera de ilusiones decepcionantes y de locuras, que debe dominar y franquear a su entrada en el mundo oculto. A ello se refiere Bulwer, llamándolos guardianes del umbral en su curiosa novela Zanoni).*

Entonces se llegaba a una sala circular muy grande, iluminada fúnebremente por raros candelabros. En el centro una columna sola, un árbol de bronce, cuyo follaje metálico se extiende sobre todo el techo. *(Es el árbol de los sueños mencionado por Virgilio en el descenso de Eneas a los Infiernos, en el libro VI de la Eneida, que reproduce las escenas principales*

de los misterios de Eleusis. con ampliaciones poéticas). En aquel follaje se ocultan e incrustan quimeras, gorgonas, arpías, buhos y esfinges, imágenes parlantes de todos los males terrestres, de todos los demonios que se encarnizan con el hombre. Esos monstruos reproducidos en metales relucientes, se enrollan a las ramas, y desde arriba parecen acechar su presa. Bajo el árbol se encuentra Plutón-Aidonea, en un trono magnífico, con manto de púrpura. Bajo él la nebrida, su mano sostiene el tridente, su frente está pensativa. Al lado del rey de los Infiernos, que no sonríe nunca, está su esposa: la alta, la esbelta Perséfone. Los mistos la reconocen bajo las facciones de la hierofántida que había ya representado a la diosa en los Misterios memores. Es bella aún, más bella quizá en su melancolía; más, ¡cuán cambiada bajo su traje de luto, con adornos de plata y bajo la diadema de oro!. Ya no es la Virgen de la gruta; ahora conoce la vida del fondo y por ella sufre. Reina sobre los poderes inferiores, es soberana entre los muertos, pero extraña en su imperio. Pálida sonrisa ilumina su semblante ensombrecido por la sombra del Infierno. ¡Ah!. En aquella sonrisa hay la ciencia del Bien y del Mal, el encanto inexplicable del dolor sentido y mudo. El sufrimiento enseña la piedad. Acoge ella a los mistos con una mirada de compasión y ellos se arrodillan y depositan a sus pies coronas de narciso. Entonces reluce en sus ojos una llama mortecina, esperanza perdida, ¡lejano recuerdo del cielo!.

De repente, al extremo de una galería ascendente brillan antorchas y, como un sonido de trompeta, una voz clama: “¡Venid mistos! ¡Iacchos ha vuelto!. Deméter espera a su hija. ¡Evohé!”. Los ecos sonoros del subterráneo repiten ese grito. Perséfone se levanta sobre su trono, como despertada en sobresalto de un largo sueño, y penetrada por un pensamiento fulgurante: “¡La Luz! ¡Madre mía! ¡Iacchos!”. Quiere andar, pero Aidonea la retiene por la tela de su traje y vuelve a caer sobre su trono como muerta. Entonces las luces se apagan de repente, y una voz exclama: “¡Morir, es renacer!”. Entonces los mistos se abalanzan hacia la galería de los héroes y de los semidioses, hacia la abertura del subterráneo, donde les esperan Hermes y el porta-antorchas. Les quitan la piel de cervato, les rocían con agua lustral, les revisten con lino fresco y les llevan al templo espléndidamente iluminado, donde les recibe el hierofante, el gran sacerdote de Eleusis, anciano majestuoso, vestido de púrpura.

Y ahora, dejemos hablar a Porfirio. He aquí cómo cuenta la iniciación suprema de Eleusis:

“Coronados de mirtos, entramos, con los otros iniciados, en el vestíbulo del templo — ciegos aún —; pero el hierofante, que está en el interior, pronto

nos va a abrir los ojos. Más antes — porque no hay que hacer nada con precipitación — lavémonos con el agua sagrada. Porque se nos ruega que entremos con el corazón y las manos limpias en el recinto sagrado. Conducidos ante el hierofante, nos lee, en un libro de piedra, cosas que no debemos divulgar, bajo pena de muerte. Digamos sólo que ellas se armonizan con el lugar y la circunstancia. Reiríais quizá si las oyeseis fuera del Templo; pero aquí no tenéis ninguna gana de ello al escuchar las palabras del anciano, porque siempre se porta como tal, y al mirar los símbolos revelados. *(Los objetos de oro, encerrados en el canastillo, eran: la piña (símbolo de la fecundidad, de la generación), la serpiente en espiral (evolución universal del alma; caída en la materia y rendición por el espíritu), el huevo (recordando la esfera o perfección divina, objetivo del hombre).* Y estáis muy lejos de la risa cuando Deméter confirma, por su idioma particular y sus signos, por vivos centelleos de luz, nubes amontonadas sobre nubes, todo lo que hemos visto y oído de su sacerdote sagrado; entonces, finalmente, la luz de una serena maravilla llena el Templo; vemos los puros campos de Elíseo; oímos el coro de los bienaventurados; entonces, no es solamente por una externa apariencia o por una interpretación filosófica, sino en hecho y realidad, como el hierofante se convierte en el creador (**δημιουργός**) y el revelador de todas las cosas; el Sol sólo es su porta-antorchas, la Luna su oficiante cerca del altar, y Hermes su Heraldo místico. Pero la última palabra se ha pronunciado: **Konx Om Pax**”. *(Esas palabras misteriosas no tienen sentido alguno en griego. Eso prueba, en todo caso, que son muy antiguas y vienen del Oriente. Wilford les da un origen sánscrito. Knox vendría de Kansha, significando: el objeto del más profundo deseo: Om de Oum, alma de Brahma, y Pax de Pasha, giro, cambio, ciclo. La bendición suprema del hierofante de Eleusis significaba, pues: ¡Que tus deseos se cumplan; vuelve al alma universal!).*

El rito se ha consumado y nosotros somos Videntes (**ζποπται**) para siempre.

¿Qué decía, pues, el gran hierofante?. ¿Cuáles eran esas palabras sagradas, esa revelación suprema?.

Los iniciados aprendían que la divina Perséfone, que habían visto en medio de los terrores y suplicios de los infiernos, era la imagen del alma humana encadenada a la materia en esta vida, o entregada en la otra a quimeras y tormentos más grandes aún, si ha vivido esclava de sus pasiones. Su vida terrestre es una expiación o una prueba de existencias precedentes. Pero el alma puede purificarse por la disciplina, puede acordarse y presentir

por el esfuerzo combinado de la intuición, la razón y la voluntad, y participar de antemano de las vastas verdades de que ella debe tomar posesión plena y entera en el inmenso más allá. Únicamente entonces Perséfone volverá a ser la pura, la luminosa, la Virgen inefable, dispensadora del amor y de la alegría. — En cuanto a su madre Ceres, era en los misterios el símbolo de la Inteligencia divina y del principio intelectual del hombre, que éste debe alcanzar para obtener su perfección.

De creer a Platón, Jámblico, Proclus y todos los filósofos alejandrinos, los mejores de los iniciados tenían en el interior del templo visiones de un carácter extático y maravilloso. He citado el testimonio de Porfirio. He aquí el de Proclus: “En todas las iniciaciones y misterios, los dioses (esa palabra significa aquí toda clase de espíritus) muestran muchas formas de sí mismos y aparecen bajo gran variedad de figuras; a veces es una luz sin forma, otras esta luz reviste una forma humana, otras una forma diferente”. (*Proclo, Comentario de la República de Platón*). He aquí el pasaje de Apuleyo: “Me aproximé a los confines de la muerte y habiendo alcanzado el umbral de Proserpina, de él volví, habiendo sido llevado a través de todos los elementos (espíritus elementales de la tierra, del agua, del aire y del fuego). En las profundidades de media noche, vi al Sol con luz espléndida al mismo tiempo que a los dioses infernales y a los dioses superiores y aproximándome a estas divinidades, les pagué el tributo de una piadosa adoración”.

Por vagos que sean estos testimonios, parecen relacionarse con fenómenos ocultos. Según la doctrina de los misterios, las visiones extáticas del templo se producían a través del más puro de los elementos: la luz espiritual asimilada a la Isis celeste. Los oráculos de Zoroastro la llaman la Naturaleza que habla por sí misma, es decir, un elemento por medio del cual el Mago da una expresión visible e instantánea al pensamiento, y que sirve igualmente de cuerpo y de vestidura a las almas, que son los más bellos pensamientos de Dios. Por esta razón el hierofante, si tenía el poder de producir ese fenómeno, de poner a los iniciados en relación con las almas de los héroes y de los dioses (ángeles y arcángeles), era asimilado en ese momento al Creador, al Demiurgo; el Porta-antorcha al Sol, es decir, a la luz hiperfísica; y el Hermes a la palabra divina que es su intérprete. Cualesquiera que fueran los efectos de estas visiones, no hay más que una voz en la antigüedad sobre la exaltación serena que producían las últimas revelaciones de Eleusis. Entonces una felicidad desconocida, una paz sobrehumana descendía al corazón de los iniciados. La vida parecía vencida, el alma libertada, el ciclo temible de las existencias, terminado. Todos se volvían a

considerar con una alegría límpida, una certidumbre inefable, el puro éter del alma universal.

Acabamos de hacer revivir el drama de Eleusis con su sentido íntimo y oculto. He indicado el hilo conductor que atraviesa el laberinto, he mostrado la gran unidad que domina a su riqueza y a su complejidad. Por una armonía sabia y soberana, un lazo estrecho unía las ceremonias variadas al drama divino que formaba el centro ideal, el foco luminoso de aquellas fiestas religiosas. Así los iniciados se identificaban poco a poco con la acción. De simples espectadores se convertían en actores y reconocían al fin que el drama de Perséfone pasaba en ellos mismos. ¡Y qué sorpresa, qué gozo en ese descubrimiento!. Si sufrían, si luchaban como ella en la vida presente, tenían ellos como la esperanza de volver a encontrar la felicidad divina, la luz de la Grande Inteligencia. Las palabras del hierofante, las escenas y las revelaciones del templo les daban la certidumbre de ello. No hay que decir que cada uno comprendía estas cosas según su grado de cultura y su capacidad intelectual. Porque, como dice Platón, y ello es verdad para todos los tiempos, hay muchas personas que llevan el tirso y la varita, y pocos inspirados. Después de la época de Alejandro, las Eleusinas fueron contaminadas en cierto modo por la decadencia pagana, pero su fondo sublime subsistió y las salvó de la destrucción que sufrieron los otros templos. Por la profundidad de su doctrina sagrada, por el esplendor de su presentación, los Misterios se mantuvieron durante tres siglos frente al cristianismo creciente. Ellos reunían entonces a los escogidos, que, sin negar que Jesús fuese una manifestación de orden heroico y divino, no querían olvidar, como lo hacía ya la Iglesia de entonces, la vieja ciencia y la doctrina sagrada. Fue preciso un edicto de Teodosio ordenando arrasar el templo de Eleusis, para dar fin a aquel culto augusto, donde la magia del arte griego había logrado incorporarse las más altas doctrinas de Orfeo, de Pitágoras y de Platón.

Hoy el asilo de la antigua Demeter ha desaparecido sin dejar huella en la bahía silenciosa de Eleusis, y la mariposa, el insecto de Psiquis que atraviesa el golfo azulado los días de primavera, recuerda que aquí en otra época la Gran Desterrada, el Alma humana, evocó a los Dioses y reconoció su eterna patria.